



13
CCIC

pp

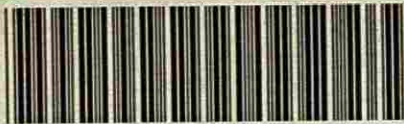
PC4803

P4

1900

A615p





1020015213

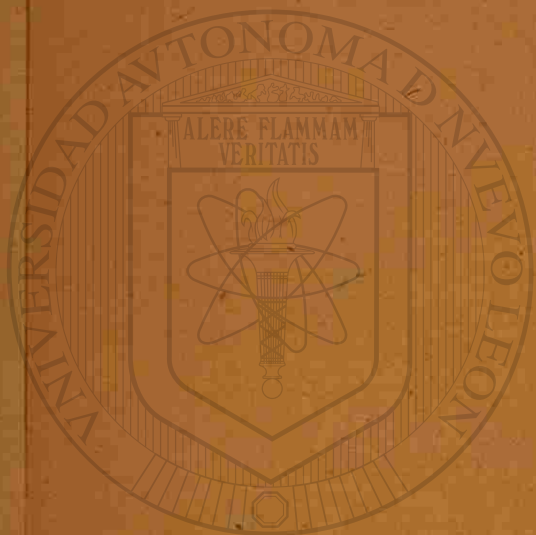


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL PLACER
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

85-3=6

D.

OBRAS DE GABRIEL D' ANNUNZIO

que se hallan de venta en esta Casa Editorial

Las novelas de la Rosa

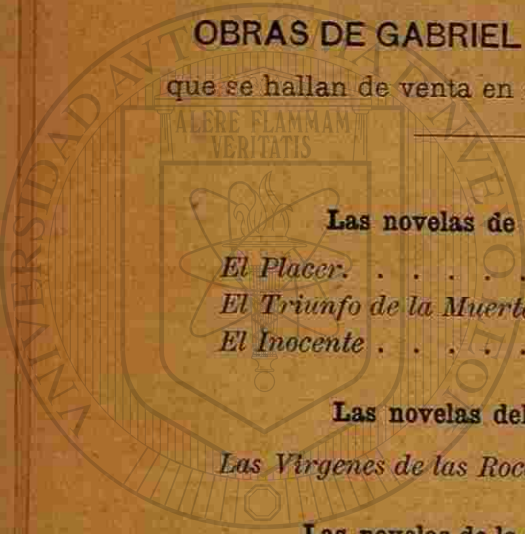
- El Placer* 2 tomos
- El Triunfo de la Muerte* . . . 2 >
- El Inocente* 1 >

Las novelas del Lirio

- Las Virgenes de las Rocas...* . 1 >

Las novelas de la Granada

- El Fuego* 1 >



UANI

Núm. Clas. N
 Núm. Autor AG156
 Núm. Adc. 31093
 Proceden. _____
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasific. _____
 Catálogo _____

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PLACER—Tomo I



La estrechó fuertemente por las muñecas...

LAS NOVELAS DE LA ROSA

El Placer

POR

GABRIEL D' ANNUNZIO

TRADUCCION

de

EMILIO REVERTER DEL MAS



EDICIÓN ILUSTRADA CON LÁMINAS DE JOSÉ PASSOS

ACERVO DE LITERATURA

114762

TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"WALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

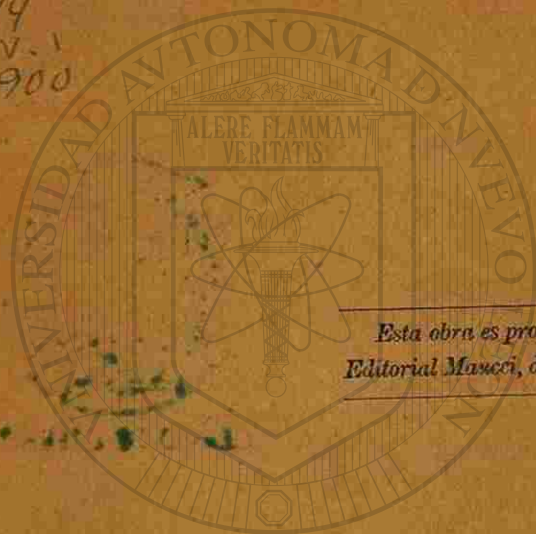
BARCELONA
Editorial Maucci.--Consejo de Ciento, 296
BUENOS AYRES
Maucci Hermanos Cuyo, 1070
MÉXICO
Maucci Hermanos
1.ª del Relox, 1

1900

31093

PC4803

p4
v. 1
1900



Esta obra es propiedad de la Casa
Editorial Maucci, de Barcelona.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

Imprenta de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1923 MONTERREY, MEXICO

A FRANCISCO PAOLO MICHETTI

Este libro compuesto en tu casa por el huésped bien acogido, va á tí, como en acción de gracias, como un *ex-voto*.

En el cansancio de la larga y grave fatiga, tu presencia me era fortificante y consoladora como el mar. En los desalientos que seguían al doloroso y capcioso artificio del estilo, la limpida sencillez de tu razonamiento me servía de ejemplo y de enmienda.

En las dudas que segulan á los esfuerzos del análisis, no era raro que un aforismo tuyo, profundo, me sirviera de luz.

A tí que estudias todas las formas y todas las metamorfosis del espíritu, como estudias todas las formas y todas las metamorfosis de las cosas, á tí que entiendes las leyes por las que se desenvuelve la vida interior del hombre, como entiendes las leyes del dibujo y del color, á tí que eres tan agudo conocedor de almas, cuanto gran artifice de pintu-

ra, debo yo el ejercicio y el desarrollo de la más noble entre las facultades del intelecto, debo el hábito de la observación, y debo, especialmente el método. Yo estoy ahora como tú, convencido de que sólo para nosotros existe un solo objeto de estudio: la Vida.

Estamos, en verdad, muy lejanos del tiempo, en que, mientras tú en la galeria Sciarra, procurabas penetrar los secretos del Vinci y Tiziano, yo te dirigía un saludo de rimas suspirantes.

*all' Ydeale che non ha tramonti,
alla Bellezza che non sa dolori.*

No obstante, un voto de aquel tiempo se ha cumplido.

Hemos vuelto juntos á la dulce patria, á tu vasta casa. No cuelgan de las paredes los tapices de los Medicis, ni concurren damas á nuestros decamarones, ni los coperos y los lebreles de Paolo Verones giran en torno á las mesas, ni los frutos sobrenaturales llenan la vajilla que galleazzo Maria Sforza ordenó á Maffeo de Clivate. Nuestro deseo es menos soberbio, y nuestro vivir más primitivo, tal vez hasta más homérico y más heróico si valen los banquetes á lo largo del resonante mar dignos de Ajacio, que interrumpen los ayunos laboriosos.

Sonríó cuando pienso que este libro, en el cual yo estudio con tristeza, tanta corrupción y tanta depravación, y tantas sutilezas y falsedades y crueldades vanas, ha sido escrito en medio de la sencilla y serena paz de tu casa, entre los últimos

cantares de la siega y las primeras pastorales de la nieve, mientras juntamente con mis páginas crecía la cara vida de tu hijo.

Ciertamente, si en mi libro existe piedad humana y alguna bondad; doy gracias á tu hijo.

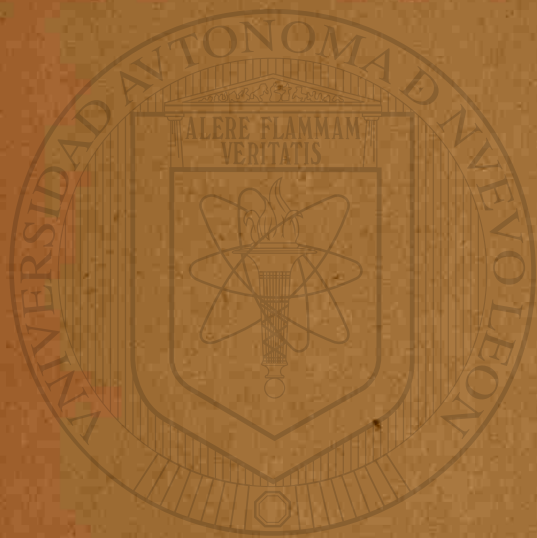
Nada entenece y consuela como una vida que se abre. Hasta el espectáculo de la aurora cede á esa maravilla.

Hé aquí pues el libro. Si leyéndolo, los ojos se van más allá, y ves á tu Jorge extenderte las manos y reírte con su redondo rostro como en la divina estrofa del cántico, *semihante labello*, interrumpe la lectura. Y los piecitos rosados delante de tí, presen las páginas donde está representada toda la miseria del placer; y esa presión inconsciente, sea un símbolo y un augurio.

Ave Jorge. Amigo y maestro gran merced.

En el Convento: segundo Carmelo, 1889.

G. d' A.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

EL PLACER

I

Moría el año, dulcemente. El sol de San Silvestre derramaba un esplendor velado, suave, tibio y áureo, casi primaveral, en el cielo de Roma. Todas las calles de la ciudad eterna estaban en extremo animadas y concurridas por gentes del pueblo, como en los domingos de Mayo. Sobre la plaza Barberini y en la plaza de España una multitud de carruajes pasaba atravesando á la carrera, y el rumor confuso y continuo de la muchedumbre que poblaba las dos plazas, subiendo por la Trinidad de Monti y por la vía Sixtina, llegaba atenuado hasta las habitaciones del palacio Zuccari.

Los salones iban llenándose poco á poco del perfume que exhalaban las frescas y odorosas flores

aprisionadas en ricos búcaros de porcelana de Sévres. Sumergidas en elegantes copas de fino cristal de Bohemia, anchas y espesas rosas se elevaban sutilmente de una especie de tallo dorado, alargándose á guisa de un lirio adiamantado, semejante á los que surgen de detrás de la Virgen en la esfera de Sandro Bötticelli de la galería Borghese. Ninguna otra forma de copa iguala en elegancia á aquella forma; las flores, dentro de aquella prisión diáfana parecen espiritualizarse y dar la imagen de una religiosa ó amorosa oferta.

Andrés Sperelli esperaba en sus habitaciones á una amante. Todo cuanto le rodeaba revelaba, en efecto, un especial cuidado amoroso. El tronco de enebro ardía en la chimenea, y la pequeña mesa del thé estaba dispuesta y preparada con tazas y salvillas de fina loza de Castel Durante, adornadas con historietas mitológicas de Lucio Dolci, de una forma antigua y de inimitable gracia, en las que, debajo de las figuras, aparecían escritos en caracteres cursivos y orlados de negro exámetros de Ovidio. La luz entraba atenuada por cortinajes de brocatel rosa con granadas de plata con hojas y con motas. Como quiera que el sol del mediodía hería los cristales, la florida trama de las cortinillas de croché se dibujaba sobre el tapete.

El reloj de la torre de la Trinidad de Monti hizo sonar las tres y media. Faltaba media hora. Andrés Sperelli se levantó del diván en que estaba tendido y dirigióse á abrir una de las ventanas; después, dió algunos pasos por la habitación; abrió un libro, leyó algunas líneas y lo cerró; por último buscó en

torno de sí alguna cosa, con mirada irresoluta. El ansia de la espera lo pinchaba tan agudamente que tenía necesidad de moverse, de hacer algo, de distraer su pena interna con algún acto material. Se acercó á la chimenea, se inclinó á coger las tenazas para avivar el fuego y puso sobre el montón de leña ardiente, un nuevo tronco de enebro. El montón se agitó; los carbones resplandecieron y rodaron hasta lá lámina de metal que protegía el tapiz; la llama se dividió en varias lenguas azuladas que brillaban y se apagaban; los tizones humearon.

Entonces surgió en el espíritu del espectador un recuerdo. Precisamente delante de aquella chimenea, Elena gustaba entretenerse, antes de vestirse tras una hora de intimidad.

Tenía mucho arte para acumular los troncos sobre los morillos. Cogía las pesadas tenazas con las dos manos y con rara habilidad desmochaba los tizones para evitar las chispas. Su cuerpo sobre la alfombra, durante aquella operación un poco fatigosa, por los movimientos de los músculos y por el ondular de la sombra parecía sonreírse por todas sus junturas, por todos sus pliegues, por todos sus huecos, inundado de una palidez ambarina que traía al pensamiento la Danae del Correggio. Y ella tenía también las extremidades de las figuras del gran artista: las manos y los pies pequeños y flexibles, casi pudiéramos decir arbóreas como las estatuas de Dafne en su principio primísimo de la metamorfosis fabulosa.

Apenas había terminado la operación, los leños llameaban y despedían un súbito resplandor. La ro-

jiza y ardiente luz de los troncos y la del helado crepúsculo, que entraba por los cristales, luchaban algún tiempo en la habitación. El olor del enebro ardiente producía á la cabeza un ligero aturdimiento. Elena parecía presa de una especie de locura infantil á la vista de la hoguera. Tenía la costumbre, un poco cruel, de deshojar sobre la alfombra todas las flores que había en los búcaros, al final de cada entrevista de amor. Cuando volvía á la habitación, vestida ya, poniéndose los guantes ó pidiendo que se los abrochase, sonreía en medio de aquella devastación, y nada igualaba á la gracia del movimiento que cada vez hacia, levantando un poco la falda y avanzando primero un pie y después otro, para que el amante inclinando la atase los lazos de los zapatos, todavía sueltos.

El sitio no había cambiado casi en nada. De todos los objetos que Elena había mirado y tocado surgían en tropel los recuerdos y las imágenes del tiempo lejano, revivían tumultuariamente. Después de cerca de dos años, Elena estaba para traspasar de nuevo aquellos umbrales. Dentro de media hora, seguramente que ella habría llegado, se encontraría sentada en aquella butaca, quitándose el velo que cubría su rostro, un poco jadeante, como otras veces; y habría dejado oír de nuevo su dulce y melodiosa voz. Todo cuanto allí había y de nuevo la rodeara, habría sonreído á su voz y á sus sonrisas, después de dos años.

El día de la gran despedida fué precisamente el 25 de Marzo de 1885, fuera de la Puerta Pía, en un carruaje. La fecha había quedado esculpida en la

memoria de Andrés. Al esperarla, ahora, podía evocar todos los acontecimientos de aquel día, con una lucidez infalible. La visión del paisaje se le aparecía en una luz ideal, como uno de esos paisajes soñados en que las cosas parecen ser visibles desde lejos por una irradiación que se prolonga por sus formas.

El carruaje cerrado corría con un rumor igual, al trote de los caballos que lo arrastraban: las murallas de la antigua ciudad patricia pasaban por delante de las portezuelas, blanquecinas, casi oscilantes, con un movimiento continuo y dulce. De vez en cuando se presentaba una gran puerta de hierro, á través de la cual veíase un sendero flanqueado por altos paredones, ó un claustro de verdura habitado por estatuas latinas ó un largo pórtico vegetal donde aquí y allí rayos de sol resplandecían pálidamente.

Elena callaba, envuelta en su amplia mantilla de blonda, con un velo sobre la cara, con las manos encerradas en la gamuza. El aspiraba con delicia el sutil olor del heliotropo que exhalaba la preciosa pelliza, mientras sentía contra su brazo la forma y el calor del brazo de la amada. Ambos se creían lejos de los demás, solos; pero de improvviso pasaba la carroza negra de un prelado, ó un correo á caballo, ó un grupo de cléricos violáceos, ó una recua de animales.

A medio kilómetro del puente, ella dijo:

—Bajemos.

En la campiña, la luz fría y clara parecía un surtidor de agua, y los árboles que ondulaban veneci-

dos por el viento, semejaban por una ilusión visual que sus ondulaciones se comunicaran á todas las cosas.

Ella dijo, apoyándose en él y vacilando sobre el terreno quebrado:

—Yo parto esta noche. Está es la última vez...

Después calló: al poco rato habló de nuevo, á intervalos, sobre la necesidad de la ruptura, con un acento lleno de tristeza. El viento furioso le arrebatava las palabras de sus labios. El la interrumpió, cogiéndole la mano y buscando con sus dedos entre los botones de los guantes la carne de las muñecas.

—¡No más! ¡No más!

Avanzaban luchando contra la ventolera que azotaba sus rostros. Y él, junto á la mujer, en aquella soledad grave y solemne, se sintió invadir de improviso el alma por el orgullo de una vida más libre, por una superabundancia de fuerzas.

—¡No partas! ¡No partas! Yo te quiero todavía, siempre...

Le desnudó la muñeca y metió los dedos en la manga, atormentándole la piel con un movimiento inquieto, que significaba el deseo de mayor posesión.

Ella le dirigió una de aquellas miradas que lo embriagaban como copas de vino. El puente estaba cercano, rojizo, por la irradiación de los rayos solares. El río parecía inmóvil y metálico en toda la extensión de su sinuosidad. Los juncos se encorvaban sobre la orilla, y el agua golpeaba ligeramente algunas estacas enclavadas en el légamo para soportar quizá los sedales.

Entonces él empezó á excitarla con los recuerdos. Le hablaba de los primeros días, del baile en el palacio Farnesio, de la cacería en los campos del divino Amor y de los encuentros matutinos en la plaza de España á lo largo de los escaparates de los plateros ó por la vía Sixtina tranquila y señorial, cuando ella salía del palacio Barberini perseguida por la charla de las vendedoras de flores, que la ofrecían las rosas de sus canastillas.

—¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?

—Sí, sí.

—Y aquella noche de las flores, al principio; cuando yo vine con tantas flores... Tú estabas sola, junto á la ventana: ¡leas. ¿Te acuerdas?

—Sí, sí.

—Yo entré. Tú volviste apenas la cabeza: me acogiste duramente. ¿Qué tenías? No lo sé. Puse el ramo sobre la mesita y esperé. Tú empezaste á hablar de cosas triviales, sin voluntad y sin placer. Yo pensé, descorazonado. «¡Ya no me ama!» Pero el perfume era grande, intensísimo; toda la estancia estaba ya impregnada. Todavía te estoy viendo, cuando te apoderaste con las dos manos del ramo y hundiste dentro de él toda tu faz, aspirando su perfume. Al levantar el rostro parecía exangüe y tus ojos estaban alterados como por una especie de embriaguez...

—¡Sigue! ¡sigue!—dijo Elena, en voz débil, inclinada sobre el pretil, como encantada por la fascinación del agua corriente.

—Después, sobre el diván: ¿te acuerdas?

Yo te cubrí el pecho, los brazos, la cara, con las

flores, agobiándote. Tú te levantabas continuamente, presentándome la boca, la garganta, los párpados cerrados. Entre tu piel y mis labios sentía las hojas frías y suaves. Si te besaba el cuello, un calorío recorría todo tu cuerpo y extendías las manos para rechazarme y tenerme alejado. ¡Oh! entonces... Tenías la cabeza hundida en los cogines, el pecho oculto por las rosas, los brazos desnudos hasta los codos; y nada era más dulce y amoroso que aquel pequeño temblor de tus pálidas manos sobre mis ardorosas sienes... ¿Te acuerdas?

—¡Sí, sí! ¡Sigue!

Y él continuaba el relato, creciendo en ternura. Embriagado de sus palabras, casi perdía la conciencia de lo que decía. Elena, de espaldas a la luz, se iba inclinando hacia el amante. Ambos sentían, á través de sus vestidos, el contacto indeciso de sus cuerpos. Bajo de ellos, las aguas del río pasaban á su vista lentas y frías, los altos juncos sutiles, como cabelleras, se encorvaban hacia dentro á cada sople del viento y fluctuaban largo rato.

Después, no hablaron más: pero, al mirarse sentían en los oídos un rumor continuo que se prolongaba indefinidamente, atormentando una parte de su ser, como si algo sonoro huyese de lo íntimo de su cerebro, y se esparciera, y llenase toda la campiña circundante.

Elena, incorporándose dijo:

—Vámonos. Tengo sed. ¿Dónde se puede beber agua?

Entonces se dirigieron hacia la hostería romana, pasado el puente. Algunos carreteros desatascaban

sus mulos y jumentos blasfemando en alta voz. La claridad del ocaso hería el grupo humano y caballar, con viva fuerza.

Quando los dos entraron en la posada, no se produjo entre la gente que en ella había movimiento alguno de extrañeza. Tres ó cuatro hombres calenturientos estaban sentados en torno de un brasero cuadrado taciturnos y amarillentos. Un boyero, de rojo pelo, dormitaba en su ángulo, teniendo todavía entre sus dedos la pipa apagada. Dos jóvenes, flacuchos y bisojos, jugaban á las cartas, mirándose fijamente en los intervalos con una mirada llena de ardor bestial. Y la hostelera, una mujer obesa, tenía en brazos un niño, meciéndolo pausadamente.

Mientras Elena bebía el agua en el vaso de vidrio en que se la sirvieron, la mujer le enseñaba el niño lamentándose.

—¡Mirad, señora! ¡Mirad, señora mía!

Todos los miembros de la pobre criatura eran de una magrez miserable; los labios violáceos estaban cubiertos de puntos blanquizeos; el interior de la boca estaba cubierto de una especie de grumo lácteo. Casi parecía que la vida hubiese huido ya de aquel pequeño cuerpo, dejando una materia sobre la cual vegetaban ahora los muhos.

—Sentid, señora mía, cuán frías están sus manos. No puede ya beber; no puede ya tragar; no puede ya dormir...

La pobre mujer sollozaba. Los hombres febriles miraban con ojos llenos de una inmensa postración. A los sollozos de la madre, los dos jóvenes hicieron un movimiento de impaciencia.

—¡Ven, ven!—dijo Andrés á Elena, cogiéndola del brazo, después de haber dejado sobre la mesa una moneda. Y la arrastró fuera.

Juntos volvieron al puente. El curso del Anieneabase encendiendo á los fuegos del ocaso. Una línea centelleante atravesaba el arco; y en lontananza las aguas tomaban un color obscuro pero más lúcido, como si sobre ellas sobrenadasen manchas de aceite ó de betún. La campiña accidentada, semejante á una inmensidad de ruinas, tenía un general tinte violeta. Hacia la ciudad el cielo aumentaba en tonalidades rojizas.

—¡Pobre criatura!—murmuró Elena, en tono de profunda misericordia, apoyándose en el brazo de Andrés.

El viento persistía en su violencia. Una bandada de cornejas cruzó la atmósfera encendida con vuelo alto y con gran vocinglería.

Entonces, de improviso, una especie de exaltación sentimental se apoderó de los dos en presencia de la soledad. Parecía que algo de trágico y de heroico entrase en su pasión. Los colmos del sentimiento llamaron bajo la influencia del crepúsculo tumultuoso.

Elena se detuvo.

—No puedo más—dijo, jadeante.

El carruaje estaba todavía lejos, inmóvil en el punto donde le habían dejado.

—¡Un poco, todavía, Elena! ¡Un poco más! ¿Quieres que yo te lleve?

Andrés, presa de un ímpetu lírico irrefrenable, se abandonó á las palabras.

—¿Por qué ella quería partir? ¿Por qué quería destruir el encanto? ¿Acaso, sus *destinos* no estaban ligados para siempre? El tenía necesidad de ella para vivir, de sus ojos, de su voz, de su pensamiento... Estaba plenamente penetrado de aquel amor; tenía toda su sangre inficionada como de un veneno, sin remedio. ¿Por qué ella quería huir? El se había enroscado á ella, la hubiera antes ahogado sobre su pecho. No; no podía ser. ¡Jamás, jamás!

Elena escuchaba, con la cabeza baja, fatigada y molesta por el viento, sin responder. Tras corto lapso, levantó el brazo para hacer señas al cochero de que se acercara. Los caballos piafaron y emprendieron un trote corto.

—Os detendréis en la Puerta Pia—advirtió la señora al cochero, subiendo al carruaje junto con su amante,

Y con un movimiento súbito se ofreció al deseo de él, que la besó la boca, la frente, los cabellos, los ojos, la garganta, con avidez, rápidamente, sin tiempo de respirar.

—¡Elena! ¡Elena!

Un vivo resplandor rojizo entró en el carruaje, reflejo de las casas color de ladrillo. Se aproximaba, por el camino, el trote sonante de muchos caballos.

Elena, reclinándose sobre el hombro de su amante, con una inmensa dulzura de sumisión, dijo:

—¡Adiós, amor mío! ¡Adiós! ¡Adiós!

Cuando se incorporó, á derecha é izquierda del carruaje, pasaron al gran trote de sus cabalgaduras diez ó doce caballeros, que vestían casacas es-

carlata, de retorno de la caza del zorro. Uno de ellos, el duque de Bessi, pasó rozando el coche y se encorvó en el arzón para mirar en la portezuela.

Andrés no habló más. Sentía, á la sazón, que todo su sér era invadido por un abatimiento infinito. La pueril debilidad de su naturaleza, apaciguada la primera sublevación, le imponía una necesidad de llorar. Hubiera querido doblarse, humillarse, suplicar, mover la piedad de aquella mujer, con sus lágrimas. Tenía la sensación confusa y obtusa de su vértigo; y un frío sutil le subía hasta la nuca, le penetraba hasta la raíz de los cabellos.

—¡Adiós!—repitió Elena.

Bajo el arco de la Puerta Pia el carruaje se detuvo, para que él bajase.

Por eso, esperando, Andrés reveía en su memoria aquel día lejano; recordaba todos los gestos, oía de nuevo todas las palabras. ¿Qué había hecho él, apenas desaparecido el carruaje de Elena hacia las Cuatro Fuentes? Nada, en verdad, de extraordinario. También entonces, como siempre, apenas alejado el objeto inmediato que comunicaba á su espíritu aquella especie de exaltación fátua, había reconquistado casi de momento la tranquilidad, la conciencia de la vida común, el equilibrio. Había subido á un coche de alquiler para volver á su casa; allí se había puesto el traje negro, como de costumbre, sin olvidar detalle alguno de elegancia, y habíase dirigido al palacio de Roccagivine, á comer con su prima, como acostumbraba á hacer todos los miércoles. Todas las cosas de la existencia exterior ejercían sobre él un gran poder de olvido,

lo ocupaban, lo excitaban al goce rápido de los placeres mundanos.

Aquella noche, en efecto, al recogerse bastante tarde á su casa y entrar en el salón, había visto brillar sobre una mesa, el pequeño peine de concha, olvidado por Elena dos días antes. Entonces, en compensación, durante toda la noche había sufrido mucho, y solo con muchos artificios del pensamiento, había podido acallar su dolor.

Pero el momento se aproximaba. El reloj de la Trinidad de Monti, sonó las tres y tres cuartos.

Andrés pensó, profundamente emocionado:

«Dentro de pocos minutos, *ella* estará aquí. ¿Qué actitud tomaré al acogerla? ¿Qué la diré?»

La ansiedad era real y verdadera, y el amor por aquella mujer había renacido en él verdaderamente; pero la expresión verbal y plástica de los sentimientos, era siempre en él tan artificiosa, tan alejada de la sencillez y de la sinceridad, que por costumbre recurría á la preparación, aún en los más graves trastornos de su ánimo.

Trató de imaginar la escena; compuso algunas frases; escogió con una mirada inquisitorial el lugar más á propósito al amoroso coloquio. Después se levantó para mirarse en un espejo y examinar si su rostro estaba pálido y respondía á las circunstancias. Y su mirada, en el espejo, se detuvo en las sienes, en los rizos de sus cabellos, donde Elena, *entonces*, solía posar un beso delicado. Abrió los labios para mirar la perfecta brillantez de los dientes y la frescura de las encías, recordando que un tiempo, á Elena, agradábale sobre todo la boca. Su

vanidad de joven vicioso y afeminado, no descuidaba jamás, en el amor, ningún efecto de gracia ó de forma. Sabía, en el ejercicio del amor, sacar de su belleza el mayor goce posible. Esta feliz actitud de cuerpo y esta aguda pesquisa del placer cautivaban en seguida el ánimo de las mujeres. Tenía en sí algo de Don Juan y de Querubín; sabía ser el hombre de una noche hereúlea y el amante tímido, cándido, casi virginal. La razón de su poder estaba en esto: que, en el arte de amar, no tenía repugnancia alguna á ninguna ficción, á ninguna falsedad, á ninguna mentira. Gran parte de su fuerza, estaba en la hipocresía.

«¿Qué actitud tomaré al acogerla? ¿Qué palabras la diré?» Los minutos huían, en tanto, que él se perdía en cavilaciones. No sabía con qué disposiciones se presentaría Elena.

Habíala encontrado la mañana anterior, por la vía de Condotti, visitando los escaparates. Hacía poquisimos días que había regresado á Roma, después de una larga y obscura ausencia. El imprevisto encuentro había proporcionado á ambos una viva emoción; pero la publicidad de la calle habíales constreñido á una reserva cortés, ceremoniosa, casi fría. El habíala dicho, con un tono grave, un poco triste y mirándola á los ojos:—¡Tengo tantas cosas que contarte, Elena! ¿Vendrás á verme, mañana? Nada ha cambiado en el *buen retiro*.—Ella había contestado simplemente:—Bien, iré. Espérame á las cuatro, poco más ó menos. También yo tengo algunas cosas que decirte. Ahora, separémonos.

Elena había aceptado, al momento, la invitación,

sin perplegidad alguna, sin ningún inconveniente ni condición; sin mostrar dar importancia á la cosa. Esta prontitud había suscitado, al principio, á Andrés una vaga preocupación.—¿Vendrá como una amiga, ó como una amante?—se preguntaba.—En aquellos dos años de ausencia, ¿qué había acaecido en el ánimo de Elena?—Andrés no lo sabía, pero perduraba todavía en él, la sensación que le causara la mirada de ella, en la calle, cuando él habíase inclinado á saludarla. Era aún, como siempre, la misma mirada, tan dulce, tan profunda, tan lisonjera, á través de sus larguísimas pestañas.

Faltaban dos ó tres minutos solamente para la hora tan deseada. El ansia del espectador creció hasta el punto de creer ahogarse. De nuevo se dirigió á la ventana y miró hacia la gradería de la Trinidad. Elena, en otro tiempo, subía por aquella escalera al acudir á las citas. Al poner el pie sobre la última grada, se detenía un instante; después atravesaba rápida la plaza, para dirigirse á la casa de los Casteldelfino. Su paso se oía resonar un poco ondulante sobre el pavimento, si la plaza estaba silenciosa.

El reloj sonó las cuatro. De la plaza de España y del Pincio, llegaba el rumor de los carruajes. Por delante de la villa Medicis paseaba mucha gente, bajo los árboles. Sobre uno de los poyos de piedra, frente la iglesia, estaban sentadas dos mujeres en guardia de algunos niños que correteaban en torno del obelisco. Este apareció todo róseo, bañado por los rayos del sol declinante, y señalaba una sombra larga, oblicua, un poco turquina. El aire se ha-

cia más frío; á medida que el astró del día se acercaba á su ocaso. La ciudad, en el fondo, se teñía de oro, contra un cielo palidísimo, sobre el cual ya los cipreses del monte Marió se dibujaban negros.

Andrés se estremeció. Mió aparecer una sombra sobre la pequeña escalinata que costea la casa de los Casteldelfino y descende sobre la plazuela de Mignanelli. No era Elena; era una señora que se dirigió á la vía Gregoriana, caminando despacio.

«¿Si no viniere?» pensó, dudando y retirándose de la ventana. Y al retirarse del aire frío, sintió más agradable la tibia temperatura de la estancia, más agudo el perfume del enebro y de las rosas, más misteriosa la sombra de las cortinas y de los pórticos. Parecía que en aquel momento la estancia estuviese toda pronta y dispuesta á acoger la mujer deseada.

Asimismo pensó en las sensaciones que Elena experimentaría al entrar. Seguramente que ella sería vencida por aquella dulzura tan llena de memorias; perdería al instante toda noción de la realidad, del tiempo; creería encontrarse en una de las entrevistas habituales, no haber interrumpido jamás aquellas horas de voluptuosidad, ser siempre la Elena de otras veces. Si el teatro del amor no había cambiado en nada, ¿por qué había de haber mudado el amor? Ciertamente que ella sentiría la profunda seducción de las cosas en otro tiempo gratas.

Entonces comenzó en el espectador una nueva tortura. Los espíritus aguzados por la costumbre de la contemplación fantástica y del sueño poético,

dan á las cosas un alma sensible y mudable como el alma humana, y leen en toda cosa, en las formas, en los colores, en los sonidos, en los perfumes, un símbolo transparente, el emblema de un sentimiento ó de un pensamiento; y en todo fenómeno, en toda combinación de fenómeno, creen adivinar un estado psíquico, una significación moral. A veces, la ilusión es tan lúcida, que produce en esos espíritus una angustia, se sienten sofocar por la plenitud de la vida revelada, y se espantan de sus mismos fantasmas.

Andrés vió, en el aspecto de las cosas que le rodeaban, reflejada su ansiedad, y como su deseo se perdía inútilmente en la mortal espera y sus nervios se debilitaban, así parecióle que la esencia, diríamos casi afrodisiaca, de las cosas, se evaporase y disipase, también inútilmente. Todos aquellos objetos, en medio de los cuales tantas veces había él amado y gozado y sufrido, habían adquirido algo de su sensibilidad. No solamente eran testigos de sus amores, de sus placeres, de sus tristezas; eran también copartícipes. En su memoria, cada color, cada forma armonizaba con una imagen mujeril, era una nota de un recuerdo de belleza, era un elemento de un éxtasis de pasión. Por la naturaleza de su gusto, él rebuscaba en sus amores un goce múltiple, el complicado deleite de todos sus sentimientos, la alta conmoción intelectual, los abandonos del sentimiento, los ímpetus de la brutalidad. Y como rebuscaba con arte, como un estético, sacaba naturalmente del mundo de las cosas mucha parte de su embriaguez. Este delicado histrión, no comprendía la comedia del amor sin los escenarios.

Por eso su casa era un perfectísimo teatro, y él era un habilísimo *attrezzista* y director de escena. En el artificio casi siempre ponía todo su talento, prodigaba largamente la riqueza de su espíritu, se olvidaba así de que no raramente quedaba engañado por su mismo engaño, insidiado por su misma insidia, herido por sus mismas armas, á semejanza del encantador que fuese preso en el círculo mismo de su encantamiento.

Todo, á su rededor, había reunido para él aquella inexplicable existencia de vida que adquieren, por ejemplo, los arneses sagrados, las insignias de una religión, los instrumentos de un culto, toda figura sobre la cual se acumulen la meditación humana ó á la cual la imaginación humana lleve á una cualquier ideal altura. Así como los frascos despiden, tras largos años, el perfume de la esencia que han contenido aprisionada entre las paredes, así ciertos objetos conservan también alguna vaga parte del amor que les habla iluminado y penetrado aquel fantástico amante. Y de ellos recibía éste una excitación tan fuerte que, á veces, sentíase turbado como por la presencia de un poder sobrenatural.

Parecía, en verdad, que conociese como si dijéramos la virtualidad afrodisíaca latente en cada uno de aquellos objetos, y la sintiese en ciertos momentos desaprisionarse y desenvolverse y palpitar á su alrededor. Entonces, si se encontraba en los brazos de su amada, daba á sí mismo y al cuerpo y al alma de ella, una de esas supremas fiestas, cuyo sólo recuerdo basta á ilustrar una vida entera. Pero, si estaba solo, una angustia grave le oprimía, y

lamentábase amargamente, al pensar que aquel grande y raro aparato de amor se perdía inútilmente.

¡Inútilmente! Las fragantes rosas, aprisionadas en las altas copas florentinas, también espectantes, exhalaban su más íntima dulzura. Sobre el diván, en las paredes, los vasos argentinos en gloria de la mujer y del vino, entremezclados tan armoniosamente con los indefinibles colores séricos del tapiz pérsico del siglo XVI, brillaban reflejados por el ocaso, en un ángulo libre dibujado por la ventana, y hacían más diáfana la sombra escasa y propagaban su suave claridad á los almohadones. La sombra, por todas partes era diáfana y rica, casi diríamos animada por la vaga palpitación luminosa que tienen los santuarios oscuros donde hay un tesoro escondido. El fuego de la chimenea centelleaba, y cada una de sus llamas era, según la imagen de Percy Shelley, como una gema disuelta en una luz siempre movable. Parecía al amante que toda forma, todo color, todo perfume, rindiese en aquellos momentos la más delicada flor de su esencia... ¡Y ella no venía!

Surgió entonces, por primera vez, en la mente de Andrés, el pensamiento del marido. Elena no era ya libre. Había renunciado á la hermosa libertad de la viudez, uniéndose en segundas nupcias con un gentilhomme de Inglaterra, con un lord Humphrey Heathfield, algunos meses después de su imprevista partida de Roma. Andrés, en efecto, recordaba haber visto el anuncio del matrimonio en una crónica mundana, en Octubre del año 1885, y ha-

ber oído también hacer sobre la nueva lady Elena Heathfield, una infinidad de comentarios en todas las tertulias de aquel otoño romano. También se acordaba de haber encontrado una docena de veces, en el precedente invierno, á aquel lord Humphrey, en los sábados de la princesa Justiniana Bondini, y en las subastas ó almonedas públicas. Era un hombre de cuarenta años, de una rubicundez grisca, calvo en las sienes, casi exangüe, con dos ojos claros y agudos, con una gran frente saliente, surcada de una red de venas. Su nombre, Heathfield, era seguramente el de aquel lugarteniente general que fué el héroe de la famosa defensa de Gibraltar (1779-83), immortalizada también por el pincel de Josuha Reynolds.

¿Qué parte tomaba aquel hombre en la vida de Elena? ¿Por qué lazos, á más de los conyugales, estaba Elena ligada á él? ¿Qué transformaciones habían operado en ella, al contacto material y espiritual del marido?

Estos enigmas surgieron de momento y tumultuariamente en el ánimo de Andrés. En medio de este tumulto de pensamientos, aparecióse clara y precisa la imagen del casamiento físico de los dos, y el dolor fué tan insoportable, que se levantó con el salto instintivo de un hombre que se siente de improviso herir en un miembro vital. Atravesó la estancia, salió á la antecámara y escuchó á la puerta que había dejado cerrada. Eran cerca de las cinco menos cuarto.

Al poco rato, oyó subir la escalera un paso, un rumor de vestidos, una respiración fatigosa. Cierta-

mente que no se engañaba: una mujer subía. Toda la sangre se le agolpaba al corazón con tal vehemencia que, enervado por la espectralización, creyó por un momento perder las fuerzas y caer. Mas, pronto oyó el sonido del pie femenino sobre los últimos peldaños, una respiración más larga, el paso sobre el rellano del piso, sobre el umbral de la puerta. Elena entró.

—¡Oh, Elena! ¡Por fin!...

Había en estas palabras una expresión tan profunda de la angustia sufrida, que sobre los labios de la mujer apareció una sonrisa mixta de misericordia y de placer.

Andrés se apoderó de la mano derecha de Elena, que llevaba sin guante, atrayéndola dulcemente al interior de la habitación. Ella jadeaba todavía, y por todo su rostro tenía difundida una leve llama, bajo el velo negro.

—Perdonadme, Andrés. Pero no he podido librar-me más pronto. Tantas visitas... tantos billetes que contestar... Son días muy fatigosos. No puedo más. ¡Qué calor hace aquí! ¡Qué perfume!

Ella estaba todavía en pie, en medio del salón; un poco titubeante y preocupada, aunque hablase rápida y ligera. Un abrigo de paño *Carmelita*, con mangas al estilo del Imperio, cortadas desde lo alto en largos bullones, aplanados y abotonados en las muñecas, con un inmenso sobrecuello de terciopelo azul por único adorno, le cubría toda la figura, sin quitarle al busto la gracia de la esbeltez. Ella miraba á Andrés con los ojos llenos de no sé qué sonrisa trémula, que no velaba la oculta indagación.

—Estáis un poco cambiado,—dijo.—No sabría deciros en qué. Tenéis ahora en la boca, por ejemplo, algo de amargo que yo no conocía.

Dijo estas palabras con un tono de familiaridad afectuosa. Su voz, resonando en la estancia, daba á Andrés un deleite tan vivo, que le hizo exclamar:

—Hablad, Elena; seguid hablando.

Ella sonrió, y preguntó:

—¿Por qué?

—Ya lo sabéis,—contestó él, cogiéndole la mano.

Elena retiró la mano y miró al joven en lo más hondo de sus ojos.

—Yo nada sé ya,—advirtió.

—Habéis, pues, cambiado.

—Estoy completamente cambiada.

Ya el «sentimiento» les atraía á los dos.

La respuesta de Elena había aclarado, en un segundo, el problema. Andrés comprendió, y rápidamente y de un modo preciso, por un fenómeno de intuición nada raro en ciertos espíritus ejercitados en el análisis del sér interior, entrevió la actitud moral de la visitante y el desarrollo de la escena que debía seguir. Empero, él, sentíase ya invadido por el hechizo de aquella mujer, como otras veces. Por otra parte, la curiosidad le espoleaba fuertemente.

—¿No os sentáis?—dijo.

—Sí, un momento.

—Allí, sobre la poltrona.

—¡Ah, *mi* poltrona,—estuvo por decir Elena, con impulso espontáneo, porque la había reconocido; pero se contuvo.

Era una butaca amplia y profunda, forrada de cuero antiguo, sembrado de relieves pálidos, por el estilo de los que cubren las paredes de una de las habitaciones del palacio Chigi. El cuero había tomado ese tinte suave y opulento que recuerda ciertos fondos de retratos venecianos, ó un hermoso bronce que conserve apenas una pequeña huella del dorado, ó una escama de concha fina, de la que transparente una hoja de oro. Un gran cogín forrado de una dalmática de un color bastante apagado, de aquel color que los mercaderes florentinos llamaban rosa de azafrán, hacía mullido el respaldo.

Elena tomó asiento en él. Depositó sobre el borde de la mesa de thé, el guante de la mano derecha, y el monedero que tenía una sutil funda de plata lisa, con dos charreteras enlazadas, esculpidas encima. Enseguida se quitó el velo, levantando los brazos para desatar el nudo que le sugetaba detrás de la cabeza, y el movimiento elegante despertó algunas ondas lucientes en el terciopelo, en los hombros, en las mangas y en el busto. A causa de ser muy vivo el calor y muy intensa la llama de la chimenea, llevó la mano desnuda y abierta al nivel de los ojos, para defenderse del resplandor del fuego. La mano se iluminó como un alabastro rosado: los anillos que adornaban sus finos dedos, centellearon al movimiento impulsivo del brazo.

—Cubrid el fuego;—dijo—os lo ruego. Arde demasiado.

—¿No os agrada ya la llama? En otro tiempo, erais una salamandra. Esta chimenea guarda memoria...

—No mováis los recuerdos,—interrumpió ella.—Apagad, pues, el fuego, y encended una luz. Yo haré el té.

—¿No queréis quitaros el abrigo?

—No, porque debo irme muy pronto. Es ya tarde.

—Pero, os vais á sofocar de calor.

Ella se levantó, con un pequeño gesto de impaciencia.

—Ayudadme, entonces.

Andrés sintió, al tocar el abrigo, el perfume de ella. No era ya el de otras veces; pero era de una bondad tal que le llegó hasta las entrañas.

—Lleváis otro perfume dijo,—con singular acento.

—Sí—respondió ella, sencillamente.—¿Os agrada?

Andrés, teniendo todavía el abrigo entre sus manos, hundió la cabeza en la pellisa que adornaba el cuello y que además estaba perfumada por el contacto de la carne y de los cabellos de ella, y, después añadió:

—¿Cómo se llama?

—No tiene nombre.

Elena volvió á sentarse en la poltrona entrando de lleno en la claridad de la llama.

Llevaba un vestido negro, adornado con encajes, en medio de los cuales brillaban innumerables perlas negras y de acero.

El crepúsculo moría contra los cristales. Andrés encendió algunas velas, colocadas en grandes candelabros de hierro, de color anaranjado muy subi-

do. Después llevó delante de la chimenea el para-fuego.

Los dos, en aquel intervalo de silencio, estaban perpejos de ánimo. Ella no tenía la conciencia exacta del momento, ni la seguridad de sí misma; pues ni intentando un esfuerzo, no acertaba á persistir en su propósito á recoger sus intenciones, á reafirmar su voluntad. Delante de aquel hombre al que habíala unido un tiempo una tan alta pasión, en aquel lugar donde ella había vivido su más ardiente vida, sentía poco á poco vacilar todos sus pensamientos, disolverse, alejarse. Su espíritu estaba en aquellos momentos próximo á entrar en ese estado delicioso, diríase casi de fluidez sentimental, en que recibe todo movimiento, toda actitud, toda forma de la relación externa, como un vapor externo de las sensaciones de la atmósfera. Dudaba, antes de abandonarse. Andrés dijo, en voz baja, casi humilde:

—¿Está bien así?

Ella le sonrió, sin contestar. Aquellas palabras le habían dado un deleite indefinible, casi un temblor de dulzura en lo más íntimo de su pecho. Empezó su obra delicada. Encendió la lamparilla, colocó encima de la llama el pucherito con el agua, abrió la caja de la cera, donde estaba conservado el té, y puso en la porcelana una cantidad proporcionada de aroma; después preparó dos tazas. Y sus gestos eran lentos y un poco irresolutos, como de quien operando tenga el ánimo preocupado con otro objeto, sus purísimas y blancas manos tenían

al moverse una ligereza casi de mariposa; parecía que no tocasen las cosas, sino que apenas las desflorasen; de sus gestos, de sus manos, de toda leve ostentación de su cuerpo se exhalaba no sé qué tenue emanación de placer, que iba á acariciar los sentidos del amante.

Andrés, sentado junto á ella, la miraba con ojos entornados, bebiendo por las pupilas la voluptuosa fascinación que de ella nacía. Era como si cada uno de sus movimientos se hiciese para él tangible idealmente. ¿Qué amante no ha experimentado ese indefinible goce, en que parece que la potencia sensitiva del tacto se afine hasta el punto de recibir la sensación sin la inmediata materialidad del contacto?

Ambos callaban. Elena se había abandonado sobre el almohadón: esperaba que el agua hirviese. Mirando la llama azulada de la lamparilla, se quitaba los anillos que adornaban sus dedos y se los volvía á meter de continuo, sumida en una apariencia de sueño.

Ne era sueño, sino una especie de remembranza vaga, ondulante, confusa, fugaz. Todos los recuerdos del amor pasado resurgían en su espíritu, pero sin claridad, dándole una impresión incierta que ella no sabía definir si era un placer ó un dolor. Parecía como cuando de muchas flores marchitas, de las que cada cual ha perdido toda singularidad de colores y de efluvios, nace una común exhalación de la que no es posible reconocer sus diversos elementos. Parecía que llevase en sí el último hábito de los recuerdos ya esperados, el último ves-

tigio de las alegrías ya desaparecidas, el último resentimiento de la felicidad ya innerte, un algo semejante á un vapor dudoso del cual emergieren imágenes sin nombre, sin contorno, de continuo interrumpidas.

Ella no sabía si era un placer ó un dolor, pero poco á poco aquella agitación misteriosa, aquella inquietud indefinible aumentaban y le hinchaban sucesivamente el corazón de dulzura y de amargura. Los presentimientos oscuros, las turbaciones ocultas, los secretos lamentosos, los tumores supersticiosos, las aspiraciones combatidas, los dolores sofocados, los sueños agitados, los deseos no apagados, todos aquellos confusos, elementos que componían su vida interior se revolvían y le gritaban, y la inquietaban y atormentaban.

Ella callaba, recogida toda en sí. Mientras su corazón casi rebosaba, ella gozaba en acumular todavía sobre él con el silencio todas las emociones que sentía. Hablando, las hubiera dispersado.

El agua del pucherito empezó á levantar lentamente el hervor.

Andrés, sentado en una silla baja con el codo apoyado en la rodilla y la barba en la palma de la mano, contemplaba á la hermosa criatura, con tal intensidad, que ella sin volverse, sentía sobre su persona aquella persistencia, y experimentaba un vago malestar físico.

Andrés, mirándola, pensaba:—«Yo he poseído, un día, á esta mujer.»—Y repetía a sí mismo esta afirmación una y cien veces para convergerse; y hacía, para convencerse plenamente un esfuerzo men-

tal, reclamaba á su memoria una cualquiera actitud de ella en el placer, trataba de volver á verla entre sus brazos. La certeza de la posesión le huía. Elena le parecía una mujer nueva, no gozada jamás, nunca estrechada en sus brazos.

Era *ella*, en verdad, todavía más deseable al presente que otras veces. El enigma, casi diríamos plástico de su belleza, era todavía más obscuro y más atrayente. Su cabeza de frente breve, de nariz aguileña, de arqueadas cejas, de un dibujo tan puro, tan firme, tan antiguo, que parecía haber salido del círculo de una medalla siracusana, tenía en los ojos y en la boca un singular contraste de expresión apasionada, intensa, ambigua, sobrehumana, que sólo algún moderno espíritu, impregnado de toda la profunda corrupción del arte, ha sabido infundir en tipos de mujeres inmortales como Monna Lisa y Nelly O'Brien.

«Otro, ahora, la posee,»—pensaba Andrés, mirándola. «Otras manos la tocan, otros labios la besan.» Y mientras no conseguía llegar á formar en su fantasía la imagen de la unión de sí mismo con ella, veía nuevamente, en cambio, con implacable precisión la otra imagen. Y una manía agudísima de saber, de descubrir de interrogar se apoderaba de su perturbada mente.

Elena se había inclinado á la mesa, porque el vapor huía por la comisura de la tapadera del puchero hirviente. Vertió unas gotas de agua sobre el té; después puso dos terrones de azúcar en una sola taza, vertió más agua sobre el té y apagó la llama azulada. Todo esto lo hizo con un cuidado casi tier-

no, pero sin volverse jamás hacia Andrés. Su tumulto interno resolvíase ahora en un enternecimiento tan benigno y afable, que ella se sentía la garganta cerrada y los ojos húmedos, y no podía ya resistir. Tantos pensamientos contrarios, tan contrarias agitaciones y alteraciones del ánimo se recogían ahora en una lágrima.

Ella, por un movimiento inconsciente, tiró al suelo el portamonedas de plata. Andrés apresuróse á recogerlo, y miró las dos charreteras esculpidas. Lleva cada una una inscripción sentimental. *Fram Dreamland.—A stranger hither.*—Del país del sueño.—Extranjera aquí.

Al levantar los ojos, Elena le ofreció la taza humeante, con una sonrisa un poco velada por las lágrimas.

Andrés vió aquel velo, y ante aquella inesperada señal de ternura fué invadido por un impetu tal de amor y de reconocimiento, que dejó la taza sobre la mesa, se arrodilló, y cogiendo la mano de Elena sobre ella posó sus ardientes labios, murmurando:

—¡Elena!—¡Elena!

Le hablaba en voz queda, de hinojos, tan de cerca que parecía quisiera beber su aliento. El ardor era sincero, mientras las palabras á veces mentían. —«El la amaba, hablaba amado siempre, no había podido jamás olvidarla. Había sentido, al encontrarla, resurgir toda su pasión con tal violencia, que había tenido casi terror: una especie de terror ansioso, como si hubiere entrevisto, á la luz de un relámpago el trastorno de toda su vida.

—¡Callad! ¡Callad!—Dijo Elena, con el rostro animado de dolor, palidísima.

Andrés seguía, siempre de rodillas, encendiéndose en la imaginación del sentimiento.

—Había sentido arrastrar tras ella, en aquella fuga imprevista, la mayor y mejor parte de su sér. Después no sabía decirle toda la desventura de sus días, la angustia de sus lamentos, su asiduo, implacable y devorador sufrimiento interior. Su tristeza crecía, rompiendo todo dique: sentíase oprimido, quebrantado. La tristeza existía para él, en el fondo de todas las cosas. La fuga del tiempo érale un suplicio insoportable. No deploraba tanto los días felices perdidos cuanto se dolía de los días que ahora pasaban inútilmente para la felicidad. Aquellos al menos le habían dejado un recuerdo: estos le dejaban un lamento profundo, casi un remordimiento... Su vida se consumía en sí misma, llevando en sí la llama inextinguible de un solo deseo, el incurable disgusto de todo otro goce. A veces le asaltaban impetus de concupiscencia casi rabiosos, desesperados ardores hacia el placer, y era como una rebelión violenta del corazón no saciado, como un sobresalto de la esperanza, que no se resignaba á morir. A veces también le parecía hallarse reducido á la nada, y se estremecía ante los grandes abismos vacíos de su sér: de todo el incendio de su juventud no quedaba más que un puñado de ceniza. A veces también, á semejanza de uno de aquellos sueños que se alejan con el alba, todo su pasado, todo su presente desaparecía, uno y otro se destacaban de su conciencia y caían, como una cáscara frágil como un vestido inútil. No se acordaba ya de nada, como un hombre que saliera de una larga

enfermedad, como un convaleciente estupefacto. Pero, al fin, olvidaba; sentía que su alma entraba dulcemente en la muerte.. Mas, de improviso, sobre aquella especie de tranquilidad olvidosa estallaba un nuevo dolor, y el idolo abatido resurgía más alto, como un germen indestructible. *Ella, ella* era el idolo que deducía en él toda la voluntad de su corazón, rompía en él todas las más secretas vías de su alma cerradas á todo otro amor, á todo otro dolor, á todo otro sueño, para siempre, siempre...

Andrés mentía, pero su elocuencia era tan calorosa, su voz era tan penetrante, el tacto de sus manos era tan amoroso, que Elena fué invadida de una dulzura infinita.

—¡Calla!—dijo ella.—Yo no debo escucharte; yo no soy ya tuya; yo no podré ser ya tuya jamás. ¡Calla! ¡Calla!

—¡No, escúchame!

—No quiero. Adiós. Es necesario que me vaya. Adiós, Andrés. Es ya tarde, déjame.

Ella retiró su mano de entre las del joven, y, sobreponiéndose con visible esfuerzo á su interior languidez, hizo ademán de levantarse.

—¿A qué, pues, has venido?—preguntó él, con la voz un poco ronca, impidiéndola todo movimiento.

Magüer, la violencia fuese levisima, ella arrugó el entrecejo, y dudó antes de contestar.

—He venido—contestó, con cierta lentitud mesurada, mirando al amante en los ojos.—He venido porque tú me has llamado. Por el amor de otro tiempo, por el modo con que aquel amor fué interrumpido.

pido, por el largo y obscuro silencio de la ausencia, yo no hubiera podido, sin aparecer á tus ojos dura é ingrata, rehusar la invitación. Y después, yo quería decirte lo que ya te he dicho: que yo no soy ya tuya, que ya no podré ser tuya jamás. Quería decirte esto, con lealtad, para evitarme y evitarte un engaño doloroso, cualquier peligro, cualquiera amargura en el porvenir. ¿Has comprendido?

Andrés inclinó la cabeza, casi hasta doblar las rodillas de ella, en silencio. Ella le acarició los cabellos con aquel su gesto familiar de otro tiempo.

—Y después—prosiguió, con una voz que causó un escalofrío en todas las fibras de Andrés—después... quería decirte que yo te amo, te amo no menos que antes, que todavía eres tú el alma de mi alma, y que yo quiero ser tu hermana más querida, tu más dulce amiga. ¿Has oído?

Andrés no se movió. Entonces ella, cogiendo la cabeza de él entre sus manos, le levantó la frente, obligándole á mirarla en los ojos.

—¿Has entendido?—repitió, con una voz aun más tierna y más sumisa.

Y sus ojos, á la sombra de sus largas pestañas, parecían como mojados de un óleo purísimo y sutilísimo. Su boca, un poco entreabierta, marcaba en su labio superior un pequeño temblor nervioso.

—No, tú no me amaste, tú no me amas—exclamó al fin Andrés, separando de sus sienes las manos de ella y echándose hacia atrás, porque sentía ya en sus venas el fuego insinuante que exhalaban involuntariamente aquellas pupilas y experimentaba ya el acre dolor de haber perdido la posesión

material de la hermosa mujer. Tú no me amaste. Tú, *entonces*, tuviste corazón para matar tu amor, de improviso casi á traición, cuando precisamente te daba su embriaguez más fuerte. Tú huiste de mí, me abandonaste, me dejaste solo, espantado, adolorido, en tierra, cuando estaba todavía cegado de promesas. Tú no me amaste, no. No me amabas. No me amas. Trás una ausencia tan larga, tan llena de misterio, muda é inexorable, una tan larga espera, en la que he consumido la flor de mi vida, atormentando una tristeza que tan querida me era, porque venía de tí; trás tanta felicidad y trás tanta desventura, hé aquí que entras de nuevo en un sitio en que de cada objeto ofrece para nosotros un recuerdo todavía vivo de nuestra pasada dicha, y me dices suavemente: «Yo no soy ya tuya. Adiós.» ¡Ah! no, no; tú no me amas.

—¡Ingrato! ¡Ingrato!—exclamó Elena, herida por la voz casi airada del joven.—¿Qué sabes tú lo que ha ocurrido? ¿Qué sabes lo que yo he sufrido? ¿Qué sabes?

—Yo, nada sé; nada quiero saber,—contestó Andrés, duramente, envolviéndola en una mirada un poco tórbida, en cuyo fondo se traslucían sus deseos exacerbados.—Sólo sé que fuiste mía, un día, toda mía, con un abandono sin reservas, sin resistencia, sin freno, con una voluptuosidad sin medida, como ninguna otra mujer; y sé que ni mi espíritu ni mi carne olvidarán jamás aquella embriaguez...

—¡Calla!

—¿Para qué quiero yo tu piedad de hermana?

31093

Tú, contra tu voluntad, me la ofreces mirándome con ojos de amante, acariciándome con mano temblorosa. Demasiadas veces he visto tus ojos apagarse en el goce, demasiadas veces tus manos me han sentido estremecer y temblar de frío á su contacto. Yo te deseo.

Excitado por sus mismas palabras, la estrechó fuertemente por las muñecas y tanto acercó se rostro al de ella, que Elena recibió sobre su boca su ardoroso aliento.

—Yo te deseo, como nunca—prosiguió él, tratando de atraer su encendida faz á sus labios, rodeándola con un brazo el cuello.—¡Acuérdate!—¡Acuérdate!

Elena se levantó, rechazándole. Todo su cuerpo temblaba, como hoja de un árbol azotada por furioso vendaval.

—¡No quiero! ¿Entiendes?

Pero, él no entendía, ó no quería comprender. Se acercaba más todavía, con los brazos extendidos y abiertos para aprisionarla: palidísimo, resuelto á todo.

—¿Sufrirías tú,—gritó ella con la voz un poco sofocada, no pudiendo reprimir la violencia,—sufrirías el compartir con otro mi cuerpo?

Elena había proferido esta pregunta cruel, sin meditarla, sin reflexionar. Después, con los ojos muy abiertos se puso á mirar á su amante, ansiosa y casi espantada, como quien para salvarse hubiera descargado un golpe sin medir la fuerza, y temiese haber herido demasiado en lo profundo.

El ardor de Andrés se apagó de repente, y sobre

su rostro se le pintó un dolor tan grave que la mujer sintió destrozársele el corazón.

Tras un corto silencio, dijo:

—Adios.

Y en esta sola palabra expresó la amargura de todas las demás que se había tragado.

Elena contestó dulcemente:

—Adios. Perdóname.

Ambos sintieron la necesidad de poner término, por aquella tarde, al peligroso coloquio. El uno adoptó una forma de cortesía exterior casi exagerada. La otra se hizo aún más dulce, casi humilde, agitada por un temblor incesante.

En seguida, ella cogió su abrigo de encima de una silla. Andrés le ayudó á ponérselo con maneras apresuradas. Como ella no acertase á meter un brazo en la manga, Andrés la guió, tocándola apenas; después le presentó el sombrero y el velo.

—¿Queréis miraros al espejo?

—No, gracias.

Ella se dirigió á la pared, á un lado de la chimenea, donde colgaba un pequeño espejo antiguo con el marco adornado de figuras esculpidas con un estilo tan ágil y franco que parecían, más bien que en la madera, grabadas sobre oro maleable. Era una muy linda cosa, salida seguramente de las manos de un delicado y hábil artífice para una María Amorrosisca ó para una Laldomine. Muchas veces, en el tiempo feliz, Elena se había puesto el velo delante de aquella lámina ofuscada y manchada que tenía la apariencia de un agua turbia, un poco verduzca. Ahora se acordaba.

Cuando vió aparecer su imágen en aquel fondo, tuvo una impresión singular. Una onda de tristeza más densa, le atravesó el espíritu. Pero no pronunció palabra.

Andrés la observaba con ojos atentos.

Cuando estuvo dispuesta, dijo:

—Debe ser muy tarde.

—No mucho. Serán las seis, quizás.

—He despedido mi carruaje,—agregó ella.—Os quedaría muy agradecida si me hiciérais el favor de mandar alquilar un carruaje cerrado.

—¿Me permitís que os deje aquí sola un momento? Mi criado está ausente.

Ella asintió.

—Dad vos mismo la dirección al cochero, os lo ruego. Hotel del Quirinal.

El salió, cerrando tras sí la puerta de la estancia. Ella quedó sola.

Rápidamente, echó una ojeada en torno, abrazó con una mirada indefinible toda la estancia, fijándola en las copas con flores. Las paredes le parecían más vastas, la bóveda le parecía más alta. Mirando, experimentaba la sensación como de un principio de vértigo. No advertía ya el perfume; pero, seguramente, el aire debía ser ardiente y pesado como en un horno. La imágen de Andrés se le aparecía como en un intermitente relampagueo; en sus oídos le resonaban algunas ondas vagas de su voz. ¿Estaba para sufrir algún desvanecimiento?... ¡Qué delicia cerrar los ojos y abandonarse á aquella languidez!

Sacudiéndose aquella especie de sopor que la in-

vadía, se dirigió á la ventana, la abrió y respiró el aire fresco del crepúsculo. Reanimada tornó á la estancia. Las llamas pálidas de las bujías oscilaban agitando ligeras sombras sobre las paredes. La chimenea no tenía ya llama, pero los tizones iluminaban las figuras sacras del parafuego, hecha de un fragmento de vidriera eclesiástica. La taza de té habia quedado sobre el borde de la mesa, fría, intacta. El cajón de la poltrona conservaba todavía la impresión del cuerpo que en él habiase huido. Todas las cosas que la rodeaban exhalaban una melancolía vaga y confusa que afluía y se condensaba en el corazón de la mujer. El peso crecía sobre aquel débil corazón, convertíase en una opresión dura, en un afán insoportable.

—Dios mío! ¡Dios mío!

Ella hubiera querido huir. Una bocanada de viento más vivo hinchó las cortinas, agitó las llamas, levantó un ligero ruido, que la hizo temblar, con un escalofrío, y casi involuntariamente llamar:

—¡Andrés!

Y su voz, aquel nombre, en medio del silencio reinante en la estancia, le causaron un extraño sobresalto, como si la voz y el nombre no hubiesen salido de su garganta. ¿Por qué Andrés tardaba tanto? Ella se puso á escuchar.

No llegaba hasta allí más que el rumor sordo, obscuro, confuso de la vida urbana, en la noche de San Silvestre. Por la plaza de la Trinidad del Monti no pasaba ningún carruaje. Como el viento á menudo soplabá con alguna violencia, cerró fuertemente la ventana, entreviendo por el postigo la

cima del Obelisco, negra, sobre el cielo estrellado.

—Tal vez Andrés no haya encontrado el carruaje cubierto en la plaza Barberini:—pensó, y, abandonándose sobre el diván, esperó, tratando de aquietar su loca agitación, evitando mirarse en el alma, forzando su atención hacia las cosas exteriores. Atrajeron sus miradas las figuras vitreas del paraíso, apenas iluminadas por los tizones semiapagados. De uno de los vasos, que había sobre la repisa de la chimenea, caían las hojas de una gran rosa blanca que, poco á poco se iba desprendiendo de su nivea vestidura, lánguida, dulcemente, con algo de feminismo, casi pudiera decirse de carnal. Las hojas, cóncavas, se posaban sobre el mármol semejantes á copos de nieve en su caída.

«Cuán suave, entonces, parecía á los dedos aquella nieve odorosa»—pensó ella—«Totalmente deshojadas, las rosas se esparcían y alfombraban los tapices, los divanes, las sillas, y ella reía, feliz, en medio de la devastación; y el amante, feliz, estaba á sus pies.»

De pronto, oyó pararse un carruaje delante de la puerta, en la calle, y se levantó, sacudiendo su pobre cabeza, como para arrojar fuera de ella aquella especie de obsesión que la fascinaba. Súbitamente entró Andrés, jadeante.

—Perdonadme,—dijo.—Pero, no habiendo encontrado al portero, he salido hasta la plaza de España. El carruaje está abajo que espera.

—Gracias,—murmuró Elena mirándolo tímidamente á través de su velo negro.

Andrés estaba serio y pálido, pero tranquilo.

—Mount llegará, quizás, mañana,—añadió ella, en voz tenue.—Os escribiré un billete para deciros cuando podré veros.

—Gracias,—dijo Andrés.

—Ahora, adios,—repuso ella, tendiéndole la mano.

—¿Queréis que os acompañe hasta la calle? No hay nadie.

—Sí, acompañadme.

Ella miraba en torno de sí, un poco excitada.

—¿Habéis olvidado algo?—preguntó Andrés.

Ella miró las flores, pero contestó:

—¡Ah! sí; el portamonedas.

Andrés corrió á cogerlo de sobre la mesa del té, y presentándoselo á Elena, dijo:

—*A stranger hither!*

—*No, my dear. A friend.*

Ella pronunció esta respuesta en voz muy animada y con gran vivacidad. Un segundo después, con una sonrisa entre suplicante y acariciadora mixta de temor y de ternura, á la cual tembló el borde del velo que llegaba hasta el labio superior, dejando completamente libre la boca.

—*Give me á rose,*—agregó.

Andrés cogió todas las rosas de cada uno de los vasos, reuniéndolas en un gran manojo que apenas cabía entre dos manos. Algunas cayeron, otras se deshojaron.

—Todas eran para vos,—dijo él, sin mirar á su amada.

Y Elena se volvió para salir, con la cabeza inclinada, en silencio, seguida por él.

Bajaron la escalera, siempre en silencio. El le veía la nuca, tan fresca y delicada, donde por debajo del nudo del velo los pequeños rizos negros se mezclaban con la pelerina cinérea.

—¡Elena!—llamó en voz baja, no pudiendo ya vencer la destructora pasión que le hinchaba el corazón.

Ella se volvió, poniéndose el índice sobre los labios para indicarle que se callara, con un gesto doiente que suplicaba, mientras los ojos le centelleaban. Apresuró el paso, subió al carruaje, y sintió pesar sobre sus rodillas las rosas.

—¡Adios! ¡Adios!

Y, así que el carruaje se puso en movimiento, ella se abandonó en el fondo, oprimida por el dolor, rompiendo en lágrimas, sin freno, estrujando las rosas con sus pobres manos convulsas.

II

Bajo el griseo diluvio democrático de nuestros tiempos que miserablemente sumerge muchas cosas bellas y raras, va también poco á poco desapareciendo aquella especial clase de la antigua nobleza italiana, entre la que se guardaba viva de generación en generación, una cierta tradición familiar de alta cultura, de elegancia y de arte.

A esta clase, que yo llamaré arcadia, porque rindió su más alto esplendor en la amable vida del siglo xviii, pertenecían los Sperelli. La urbanidad, el aticismo, el amor de todas las delicadezas, la predilección por los estudios singulares insólitos, la curiosidad estética, la manía arqueológica, la galantería refinada moraban en la casa de los Sperelli, como cualidades hereditarias. Un Alejandro Sperelli, en 1466, llevó á Federico de Aragón, hijo

Bajaron la escalera, siempre en silencio. El le veía la nuca, tan fresca y delicada, donde por debajo del nudo del velo los pequeños rizos negros se mezclaban con la pelerina cinérea.

—¡Elena!—llamó en voz baja, no pudiendo ya vencer la destructora pasión que le hinchaba el corazón.

Ella se volvió, poniéndose el índice sobre los labios para indicarle que se callara, con un gesto doiente que suplicaba, mientras los ojos le centelleaban. Apresuró el paso, subió al carruaje, y sintió pesar sobre sus rodillas las rosas.

—¡Adios! ¡Adios!

Y, así que el carruaje se puso en movimiento, ella se abandonó en el fondo, oprimida por el dolor, rompiendo en lágrimas, sin freno, estrujando las rosas con sus pobres manos convulsas.

II

Bajo el griseo diluvio democrático de nuestros tiempos que miserablemente sumerge muchas cosas bellas y raras, va también poco á poco desapareciendo aquella especial clase de la antigua nobleza italiana, entre la que se guardaba viva de generación en generación, una cierta tradición familiar de alta cultura, de elegancia y de arte.

A esta clase, que yo llamaré arcadia, porque rindió su más alto esplendor en la amable vida del siglo xviii, pertenecían los Sperelli. La urbanidad, el aticismo, el amor de todas las delicadezas, la predilección por los estudios singulares insólitos, la curiosidad estética, la manía arqueológica, la galantería refinada moraban en la casa de los Sperelli, como cualidades hereditarias. Un Alejandro Sperelli, en 1466, llevó á Federico de Aragón, hijo

de Fernando rey de Nápoles y hermano de Alfonso duque de Calabria, el código infolio que contenía algunas poesías «menos escabrosas» de viejos escritores toscanos, que Lorenzo de Médicis habíale prometido en Pisa, en 1465, y ese mismo Alejandro escribió por la muerte de la Divina Simonetta, en unión de los doctos de su tiempo, una elegía latina, melancólica y dulcísima, á imitación de Tibullo. Otro Sperelli, Esteban, en el mismo siglo, fué á Flandes, en medio de la vida fastuosa, de la preciosa elegancia, de la inaudita pompa borgoñona, y allí quedó agregado á la corte de Carlos el Temerio, emparentando con una familia flamenca. Un hijo suyo, Justo, se dedicó á la pintura bajo la dirección de Juan Gossaert, y junto con su maestro vino á Italia, formando parte del séquito de Felipe de Borgoña, embajador del emperador Maximiliano, cerca del Papa Julio II, en 1508. Demoró en Florencia, donde la principal rama de su estirpe continuaba floreciendo, y tuvo por segundo maestro á Pedro de Cosimó, aquel alegre y fácil pintor, fuerte y armonioso colorista que resucitaba libremente con su pincel las fábulas paganas. Este Justo fué un no vulgar artista; pero consumió todo su vigor en vanos esfuerzos para conciliar su primitiva educación gótica con el naciente espíritu del Renacimiento. Hacia la segunda mitad del siglo XVII, la familia de los Sperelli se transportó á Nápoles. Allí, en 1679, un Bartolomé Sperelli publicó un tratado astrológico *De Nativitatibus*; en 1720 un Juan Sperelli dió al teatro una ópera bufa titulada *La Faustina* y después una tragedia lírica titulada

Progne; en 1766 un Carlos Sperelli publicó un libro de versos eróticos en los que muchas clásicas lascivas estaban rimadas con la elegancia horaciana entonces en moda. Mejor poeta fué Luis, hombre de exquisita galantería, en la corte del rey *lazzarone* y de la reina Carolina. Versificó con cierta melancolía y gentil epicurismo, muy agradable y tierno, y amó á lo don Juan, y tuvo aventuras á granel, algunas célebres, como aquella con la marquesa de Bugnano, que por celos se envenenó, y la otra con la condesa de Chesterfield que al morir tísica, él la lloró en canciones, odas, sonetos y elegías sentidísimas, magüer un poco gongorinas.

El conde Andrés Sperelli, Fiesche d'Ugenta, único heredero, proseguía la tradición familiar. Era, en verdad, el tipo ideal del joven señor italiano del siglo XIX, el legítimo campeón de una estirpe de gentilhombres y de artistas elegantes, el último descendiente de una raza intelectual.

Estaba, por decirlo así, todo impregnado de arte. Su adolescencia, nutrida con estudios varios y profundos, pareció prodigiosa. Alternó, hasta los veinte años, las largas lecturas con los largos viajes en compañía de su padre y pudo completar su extraordinaria educación estética bajo el cuidado paterno, sin restricciones ni afectaciones de pedagogos. Del padre adquirió al punto el gusto á las cosas de arte, el culto apasionado de la belleza, el paradójico desprecio de prejuicios, la avidez del placer.

Ese padre, criado y crecido en medio de los extremos esplendores de la corte borbónica, sabía vivir largamente; tenía una ciencia profunda de la

vida voluptuosa y sibarítica, unida á una cierta inclinación byroniana al romanticismo fantástico. Su mismo matrimonio habíase llevado á efecto en circunstancias casi trágicas, después de una furiosa pasión. Al poco tiempo había turbado y destruído de todos modos la paz conyugal. Por último, se había separado de la mujer; pero había detenido y llevado siempre consigo al hijo, viajando con él por toda la Europa.

La educación de Andrés era, por tanto, viva, esto es, hecha no tanto sobre los libros cuanto en presencia de las realidades humanas.

Su espíritu no solamente estaba corrompido por la alta cultura si que también por la experiencia, y en él la curiosidad se hacía más aguda cuanto más crecía su conocimiento. Desde el principio fué ya pródigo de sí, por naturaleza, porque la gran fuerza sensitiva de que él estaba dotado, no se cansaba nunca de gastar tesoros en su prodigalidad. Pero la expansión de esta fuerza causaba en él la destrucción de otra fuerza, de la *fuerza moral* que su mismo padre no había cuidado de reprimir. Y no advertía que su vida era la reducción progresiva de sus facultades, de sus esperanzas, de su placer, casi una progresiva renuncia y que el círculo se restringía siempre en torno de él, inexorablemente, magüer con lentitud.

El padre le había enseñado, entre otras, esta máxima fundamental: «Es preciso *hacer* la vida propia, como se hace una obra de arte. Es necesario que la vida de un hombre de inteligencia sea su obra propia. La verdadera superioridad está toda ahí.»

Así mismo el padre le aconsejaba: «Precisa conservar á toda costa la libertad absoluta, hasta en la embriaguez. La regla del hombre de inteligencia está en esta máxima latina:—«Habere, non haberi.»

También decía: «El lamento es el vano pasto de un espíritu ocioso. Precisa, sobre todo, evitar el pesar ocupando siempre el espíritu con nuevas sensaciones y con imaginaciones nuevas.»

Peró estas máximas *voluntarias*, que por su ambigüedad podían también ser interpretadas como altos criterios morales, caían precisamente en una naturaleza *involuntaria*, esto es, en un hombre en quien la potencia volitiva, la energía personal era muy débil.

Otro germen paterno había fructificado, también, pérfidamente en el ánimo de Andrés: el germen del sofisma. «El sofisma»—decía aquel ineauto educador,—«está en el fondo de todo placer y de todo dolor humanos.» Aguzar y multiplicar los sofismas equivale, pues, á aguzar y multiplicar el propio placer ó el propio dolor. Tal vez la ciencia de la vida consista en obscurecer la verdad. La palabra es una cosa profunda, en la que se hallan ocultas para el hombre inteligente, inconmensurables riquezas. Los griegos, artifices de la palabra, son en efecto los más exquisitos sensualistas de la antigüedad. Los grandes sofistas florecieron en mayor número en el siglo de Pericles; el siglo de la sensualidad.»

Un germen tal encontró en el ingenio insano de nuestro joven un terreno propicio. Poco á poco la

mentira, no tanto hacia los demás cuanto hacia sí mismo, hizose en Andrés un hábito tan interesante á su conciencia que acabó por no poder ser jamás absolutamente sincero, y por no poder nunca recobrar el libre dominio de sí mismo.

Después de la muerte prematura de su padre, se encontró solo, á los veintiun años, dueño de una fortuna considerable, separado de su madre, á merced de sus pasiones y de sus gustos. Pasó quince meses en Inglaterra. Su madre se casó en segundas nupcias con un antiguo amante. Y él volvió á Roma, por gusto y por predilección.

Roma era su gran amor: no la Roma de los Césares, sino la Roma de los Papas; no la Roma de los arcos triunfales, de las termas, del *Forum*, sino la Roma de las *villas*, de las fuentes, de las iglesias. De buen grado hubiera él dado el Coloseo por la *villa* Médicis. El Campo Vaccino por la plaza de España, el Arco de Tito por la Fuente de las Tortugas. La regia magnificencia de los Colonna, de los Doria, de los Barberini la atraía bastante más que la grandiosidad imperial en ruína. Y su gran sueño era poseer un palacio coronado por Miguel Angel y decorado por Caracci, como el de los Farnesio; una galería llena de Rafaeles, de Tizianos, de Dominiquinos, como la de los Borgias; una *villa* como la de Alejandro Albani, donde las ensambladuras de boj, los granitos bermejos de Oriente, el mármol blanco de Luni, las estatuas de la Grecia, las pinturas del Renacimiento, los recuerdos mismos del lugar, compusieran un encanto en torno de algún superbo amor suyo. En casa de su prima la

marquesa d'Ateleta en un album de confesiones mundanas al lado de la pregunta: «¿Qué quisierais ser?» había él escrito: «Príncipe romano.»

Llegado á Roma á fines de Septiembre de 1884, instaló su *home* en el palacio Zuccari, en la Trinidad de Monti, sobre aquel deleitable y templado retiro católico donde la sombra del obelisco de Pio VI señala la fuga de las Horas. Pasó todo el mes de Octubre entregado á los cuidados de su decorado y de su mueblaje; después, cuando las habitaciones estuvieron adornadas y dispuestas, tuvo en su nueva casa algunos días de invencible tristeza. Era un estío de San Martín, una primavera de los muertos; pesada y suave, en que Roma reposaba, envuelta en oro, como una ciudad del extremo Oriente, bajo un cielo casi lácteo, diáfano como los cielos que se espejean en los mares australes.

Aquella languidez del aire y de la luz donde todas las cosas parecían casi perder la realidad y hacerse inateriales, infundían á nuestro joven una postración infinita, un sentimiento indefinible de descontento, de desaliento, de soledad, de vacío, de nostalgia. Su vago malestar provenía quizás, también, del cambio de clima, de costumbres, de usos. El alma convierte en fenómenos psíquicos las impresiones del organismo mal definido, lo mismo que el sueño transforma según su naturaleza los incidentes del mismo sueño.

Seguramente que él estaba, ahora, en una nueva fase de su vida.—¿Encontraría al fin, la mujer y la obra, capaces de conquistar su corazón y de hacerle su *objetivo*?

No abrigaba en su pecho la seguridad de la fuerza ni el presentimiento de la alegría ó de la felicidad. Muy penetrado y embebido de arte, no había producido todavía ninguna obra *notable*. Avido de amor y de placer, todavía no había amado apasionadamente, ni había aún gozado de un modo ingenuo. Torturado por un Ideal, no llevaba todavía la imagen bien distinta en su pensamiento. Abominando del dolor por naturaleza y por educación, era vulnerable en todas partes, accesible en un todo al dolor.

En el tumulto de sus inclinaciones contradictorias, había perdido toda voluntad y toda moralidad. La voluntad, abdicando, había cedido el cetro á los instintos; el sentido estético había substituído al sentido moral. Pero, precisamente este mismo sentido estético sutilísimo y poderoso y siempre activo, mantenía en su espíritu un cierto equilibrio; de modo que se podía afirmar que su vida era una continua lucha de fuerzas contrarias encerrada en los límites de ese equilibrio inestable. Los hombres de inteligencia, educados en el culto de la Belleza, conservan siempre, aun en sus peores depravaciones, una especie de orden. La concesión de la belleza es, dirémoslo así, el *eje* de un ser interior, en torno al cual todas sus pasiones gravitan.

Fluctuaba todavía vagamente sobre aquella tristeza el recuerdo de Constancia Landbrooke, como un perfume desvanecido. El amor de Conny había sido un amor bastante delicado y fino, y ella era una mujer muy agradable. Parecía una creación de Tomás Lawrence, poseía todas las melindrosas

gracias femeniles que son queridas á este pintor de los farvalaes de los encajes, de los terciopelos, de los ojos luminosos, de las bocas semiabiertas: era una segunda encarnación de la condesa de Shaftesbury. Viva, locuaz, movilísima, pródiga de diminutivos infantiles y de risas campanudas, fácil á las ternuras imprevistas, á las melancolias súbitas, á las rápidas iras, ella aportaba al amor mucho movimiento, mucha variedad, muchos caprichos. La cualidad más amable era la frescura tenaz, continua de todas las horas, de todos los momentos. Cuando despertaba, tras una noche de placer, ofrecíase siempre fragante y limpia como si saliese en aquel momento del baño. Su figura era recordada muy á menudo por Andrés, especialmente en una actitud: con los cabellos en parte sueltos sobre el cuello y en parte recogidos sobre la coronilla y sujetos con su peinecillo con púas de oro; con el iris de los ojos nadando en el blanco, como una violeta pálida en un vaso de leche con la boca abierta, húmeda, iluminada por los dientes rientos entre la rosada sangre de las encías; á la sombra de las cortinas que difundían sobre el lecho un albor entre glauco y argentino, semejante á la luz de un antro marino.

Pero la charla melodiosa de Conny Landbrooke había pasado sobre el alma de Andrés, como una de esas músicas ligeras que dejan por algún tiempo en la mente un *ritornello*. Más de una vez, durante alguna de sus melancolias vespertinas, ella la había dicho, con los ojos velados de lágrimas: «*Y know you love me not...*» En efecto, él no la amaba; ella no llenaba su deseo. Su ideal femenino era menos

septentrional. Realmente, sentíase atraído por una de aquellas cortesanas del siglo XVI que parecía que sobre el rostro llevasen un velo mágico, una especie de transparente máscara encantada, como un obscuro hechizo nocturno, casi diríamos, el divino horror de la noche.

Al encontrar á la duquesa de Scerni, doña Elena Muti, él pensó: «Hé aquí mi ideal: esta es la mujer por mi soñada.» Y todo su sér tuvo un transporte de alegría, en el presentimiento de la posesión.

Ocurrió el primer encuentro en casa de la marquesa de Ateleta. Esta prima de Andrés tenía muy frecuentados por el mundo elegante los salones del palacio Roccagiovine. Ella atraía, especialmente, por su aguda alegría, su inextinguible buen humor y su gentil viveza, por la libertad de sus agudezas y arranques, por su infatigable sonrisa. Los rasgos de su alegre fisonomía recordaban ciertos perfiles femeninos de los dibujos de Moreau, el joven, y de las viñetas de Gravelot. En sus maneras, en sus gustos, en el modo de vestir, tenía algo de pompaduresco, no sin alguna afectación, á causa del singular parecido con la favorita de Luis XV.

Todos los miércoles, Andrés Sperelli tenía un puesto reservado en la mesa de la marquesa. Un martes, por la noche, en un palco del teatro Valle, la marquesa la había dicho, riendo:

—Cuida de no faltar mañana, Andrés. Tenemos entre los invitados una persona *interesante*, más bien *fatal*. Prevente por si acaso, contra el maleficio... Tú estás en un momento de debilidad.

Y él le habla contestado, riendo también:

—Si no te desagrada, querida prima, ire inermes; más bien con hábito de víctima. Es un hábito de reclamo, que llevo muchas noches, inútilmente, por cierto ¡ay de mí!

—El sacrificio está próximo, primo mío.

—La víctima está pronta.

A la noche siguiente, Andrés representó en el palacio Roccagiovine algunos minutos antes de la hora acostumbrada, llevando una admirable y preciosa gardenia en el ojal y una vaga inquietud en el fondo del alma. Su *cupé* se detuvo delante de la puerta, porque el vestíbulo estaba ocupado ya por otro carruaje. Las libreas, los caballos, todo el ceremonial que acompañaba el descenso de la señora que lo ocupaba, tenía el sello de la nobleza y de la elegancia. El conde entrevió una figura alta y esbelta, un tocado adornado de diamantes, un pequeño pie que se posó sobre la grada. Después, como también él subía la escalera, vió á la dama por las espaldas.

Ella subía delante de él, lenta y suavemente, como midiendo sus pasos. Su capa formada de pieles níveas como las plumas de los cisnes, no sujeta por el broche, le cubría el cuerpo y se lo abandonaba en torno al busto, dejando al descubierto los hombros. El descote emergía, pálido como el marfil pulido, y un surco mórbido dividía las espaldas; los omoplatos se perdían dentro de los encajes del busto marcando una curva fugaz, cual dulce declinación de alas; sobre los hombros desarrollábase ágil y redondo el cuello, y sus cabellos, como retorcidos en espiral y replegados desde la nuca á la coronilla,

formaban allí un nudo bajo el freno de las horquillas guarnecidas de piedras preciosas.

Aquella harmoniosa ascensión de la dama desconocida daba á los ojos de Andrés un deleite tan vivo, que se detuvo un instante, para admirarla, en el primer rellano de la escalera. El arrastrar de la lengua cola del vestido producía sobre los peldaños un fuerte rumor. El criado caminaba detrás, no sobre los pasos de su señora á lo largo de la guía de rojo tapiz, sino á un lado, á lo largo de la pared, con una irreprochable compostura. El contraste entre aquella magnífica criatura y este rígido autómata era cosa singular. Andrés sonrió.

En la antecámara, mientras el criado recogía el abrigo, la dama lanzó una mirada rapidísima al joven que entraba. Este oyó anunciar:

—¡Su Excelencia la duquesa de Scernil!

Y poco después:

—El señor conde Sperelli-Fieschi d' Ugenta.

Y le complació en extremo que su nombre fuese pronunciado casi unido al de aquella mujer.

En el salón estaban ya el marqués y la marquesa d' Ateleta, el barón y la baronesa d' Isola, y don Felipe del Monte. El fuego ardía en la chimenea; algunos divanes estaban dispuestos al alcance de los rayos calóricos; cuatro plátanos de largas hojas venados de sangre se extendían sobre los bajos respaldos.

La marquesa adelantóse al encuentro de los recién llegados, diciéndoles con la sonrisa inextinguible:

—Por amabilidad del acaso, no hay ya necesidad

de presentación entre vosotros dos. Primo Sperelli, inclináos ante la divina Elena.

Andrés se inclinó profundamente. La duquesa le ofreció la mano, con un gentil y gracioso gesto, mirándolo en los ojos.

—Mucho me place el veros, conde. Me ha hablado tanto de vos, en Lucerna, el pasado estío, un amigo vuestro, Julio Musellaro, que estaba, lo confieso, un poco curiosa de conoceros... Musellaro también me dió á leer vuestra rarísima y preciosa *Fábula de Hermafrodito* y me regaló vuestra agua fuerte del *Sueño*, una prueba de vuestro talento y cultura; un tesoro. Tenéis en mí una admiradora cordial. Acordáos.

Hablaba pausadamente. Tenía la voz tan insinuante que casi producía la sensación de una caricia casual; y tenía esa mirada involuntariamente amorosa y voluptuosa que turba á todos los hombres y enciende de improviso la hoguera de los deseos.

Un criado anunció:

—¡El caballero Sakumi!

Y apareció el octavo y último comensal.

Era un secretario de la legación japonesa, pequeño de estatura, amarillento, con los pómulos salientes, con los ojos largos y oblicuos venados de sangre, sobre los cuales batían de continuo los párpados. Tenía el cuerpo demasiado grueso, á proporción de las piernas demasiado delgadas, y caminaba con las puntas de los pies hacia adentro, como si una faja ó cinturón le oprimiese fuertemente las nalgas. Las faldas de su túnica eran demasiado largas y abundantes; su pantalón hacía muchos plie-

gues; su corbata ostentaba asaz visiblemente las señales de una mano inexperta. Parecía un *daimio* sacado fuera de una de esas armaduras de hierro y de loza que semejan conchas de crustáceos monstruosos y metidos después en los vestidos de un posadero occidental. Pero, á pesar de su grosera figura, tenía una expresión aguda y maliciosa, una especie de irónica finura en los ángulos de la boca.

En medio del salón se inclinó reverentemente. Su gibus le cayó de plano.

La baronesa de Isola, una rubia chiquitina, con la frente enteramente cubierta de rizos, graciosa y melindrosa como una joven mona, dijo con su voz chillona.

—Venid aquí, Sakumi, aquí, junto á mí!

El caballero japonés avanzaba multiplicando sus sonrisas y reverencias.

—¿Veremos esta noche á la princesa Issé?—le preguntó doña Francisca d' Ateleta, que complacía en reunir en sus salones los más extravagantes ejemplares de la colonia exótica de Roma, por amor á la variedad pintoresca.

El asiático hablaba una lengua bárbara, apenas inteligible, mezcla de inglés, de francés y de italiano.

Todos hablaban á la vez. Era casi un coro de voces, en medio del cual, de vez en cuando, se elevaban las risas frescas de la marquesa, como surtidores de plata.

—Estoy cierto de haberos visto otra vez; no recuerdo donde, no sé cuando, pero ciertamente que os he visto,—decía Andrés Sperelli á la duquesa,

puesto en pie delante de ella.—En la escalera, mientras os miraba subir, en el fondo de mi memoria se despertaba un recuerdo confuso, obscuro, indistinto, algo que tomaba forma siguiendo el ritmo de vuestra ascensión, como una imagen que naciera de un aire musical... No he llegado á obtener limpo el recuerdo; pero cuando os habéis vuelto hacia mí, he sentido que vuestro perfil tenía una indudable correspondencia con aquella imagen. No podía ser una adivinación; era, pues, un obscuro fenómeno de la memoria. Estoy cierto de haberos visto otra vez. ¿Quién sabe! Quizás en un sueño, tal vez en una creación de arte, quizá también en un mundo diferente, en una existencia anterior...

Y pronunciando estas últimas frases, demasiado sentimentales y quiméricas, Andrés se puso á reír franca y abiertamente, como para prevenir una sonrisa incrédula ó irónica de la dama.

Elena, al contrario, permaneció grave. ¿Escuchaba ó pensaba en otro? ¿Aceptaba aquella especie de declaración ó quería con su seriedad burlarse de él y divertirse á sus expensas? ¿Creía, acaso, secundar la obra de seducción iniciada por él tan solícitamente ó se encerraba en la indiferencia ó en el silencio indolente? ¿Era ella, en suma, una mujer para él accesible ó inexpugnable?

Andrés, perplejo, interrogaba al misterio. A cuántos tienen la costumbre de la seducción, especialmente á los temerarios, les es conocida esa perplejidad que algunas mujeres excitan callando.

Un criado abrió la gran puerta que comunicaba con el comedor.

La marquesa pasó su brazo por debajo del de don Felipe del Monte, y dió el ejemplo. Los demás la imitaron y la siguieron.

—Vamos,—dijo Elena.

Pareció á Andrés que ella se apoyase sobre su brazo con un poco de abandono. «¿No era una ilusión de su deseo? Tal vez sí.» Quedaba en la duda; pero, á cada instante que pasaba, sentíase conquistado más íntimamente por el dulcísimo hechizo; á cada momento sentía acrecer la ansiedad de penetrar en el ánimo de aquella mujer.

—¡Primo, aquí!—dijo doña Francisca designándole el puesto que debía ocupar.

En la mesa oval, se hallaba colocado nuestro joven conde entre el barón d' Isola y la duquesa de Scerni, teniendo enfrente al caballero Sakumi. Este estaba entre la baronesa d' Isola y don Felipe del Monte. El marqués y la marquesa ocupaban las cabecezas, ó sitios de honor. Sobre la mesa centelleaban las porcelanas, la vajilla de plata, los cristales y las flores.

Pocas eran las damas que podían rivalizar con la marquesa Ateleta en el arte de dar comidas. Más cuidado ponía ella en la preparación de una mesa que en su tocado. Su exquisito gusto se revelaba y aparecía en los menores detalles, y ella era, en verdad, la soberana árbitra de la elegancia convivial. Sus fantasías y sus refinamientos se propagaban por todas las mesas de la nobleza romana. Ella había sido la que en aquel invierno había introducido la moda de las cadenas de flores suspendidas de un extremo á otro de la mesa, entre los grandes

candelabros, así como la moda del finísimo y agudo vaso de Murano lácteo y cambiante como el ópalo, conteniendo una sola orquídea y colocado entre los varios búcaros y jarrones delante de cada convidado.

—Flor diabólica,—dijo doña Elena Muti cogiendo el vaso de cristal y observando de cerca la orquídea sanguinaria y deforme.

Tenia la voz tan rica de sonido que aun las palabras más vulgares y las frases más comunes parecían tomar en su boca no se qué significado oculto, no sé qué misterioso evento y qué gracia nueva y especial. Del mismo modo que el rey frigio convertía en oro cuantos objetos tocase con su mano.

—Flor simbólica, entre vuestros dedos,—murmuró Andrés, mirando á la dama, que en aquella actitud estaba superadmirable.

La duquesa vestía un traje de color cerúleo bastante pálido, sembrado de lunares plateados que brillaban por entre los niveos encajes antiguos de Burano, de un blanco indefinible, con un ligero matiz claro, pero tan ligero, que apenas se percibía. La flor, casi sobrenatural, como generada por un maleficio, ondulaba sobre su tallo, fuera de aquel frágil tubo que seguramente el artífice había formado con un soplo en una gema líquida.

—Pues, yo prefiero las rosas,—dijo Elena, depositando sobre la mesa la orquídea, con un gesto de repulsión que contrastaba con su precedente movimiento de curiosidad.

Después, se mezcló en la conversación general.

Doña Francisca hablaba de la última recepción en la embajada de Austria.

—¿Visteis á la señora de Cahen?—le preguntó Elena.—Llevaba un vestido de tul amarillo adornado de una infinidad de colibris con los ojos de rubies. Una magnífica pajarera ambulante... ¿Y á lady Oules, la visteis? Llevaba un traje de tarlatana blanca, sembrado todo de algas marinas y de no sé qué clase de peces rojos, y sobre sus algas y sus peces una segunda túnica de tarlatana verdemar. ¿No la visteis? Un acuario de bellissimo efecto...

Y tras esta pequeña maledicencia, ella reía con una risa franca y cordial, que le producía un ligero temblor en la parte inferior de la barba y en la nariz. Ante aquella volubilidad incomprensible, Andrés permanecía todavía en duda. Aquellas frivolidades y maledicencias salían de los mismos labios que poco antes, al pronunciar una frase sencillísima habíale turbado en lo más íntimo de su esencia; salían de la misma boca que hacía poco, callando, habíale parecido la boca de la Medusa de Leonardo; humana flor del alma divinizada por la llama de la pasión y de la angustia de la muerte.

«¿Cuál era, pues, la verdadera esencia de aquella criatura? ¿Tenía ella percepción y conciencia de su metamorfosis constante, ó era impenetrable é incomprensible á sí misma, permaneciendo fuera y excluida de su propio misterio? ¿Cuánto artificio y cuanta espontaneidad entraban en sus expresiones y manifestaciones?»

La necesidad de conocer y descifrar aquel «enigma viviente» lo atormentaba aún, entre la delecta-

ción que la producía la proximidad de la mujer, que empezaba á amar. La fatal costumbre del análisis, le incitaba como siempre, y le impedía olvidarse como siempre pero toda tentativa era castigada, como la curiosidad de Psiquis, por el alejamiento del amor, por la ofuscación del objeto deseado, por la cesación del placer. ¿No fuera mejor, quizá, abandonarse ingenuamente á la primera é inefable dulzura del amor naciente?

El vió á Elena en el acto de mojar sus labios en un vino dorado como una miel líquida, y, escogiendo entre los vasos que tenía al alcance de su mano, el en que el criado había vertido un vino igual, bebió con Elena. Ambos, á un mismo tiempo, posaron sobre el mantel su vaso de cristal. La simultaneidad del acto hizo volver á ella hacia él, y aquella mirada los encendió á los dos, bastante más que el sorbo de vino.

—¿No habláis?—preguntó Elena, con una afectación de ligereza que alteraba un poco su faz.—Tenéis fama de ser un exquisitísimo hablador... ¡Veamos, pues; desatad vuestra lengua; despertáos!

—¡Ah! ¡primo, primo!—exclamó doña Francisca, con acento de conmiseración, mientras don Felipe del Monte murmuraba algunas palabras en su oído. Andrés se sonrió, y exclamó:

—¡Caballero Sakumi! nosotros somos aquí los taciturnos. ¡Alegrémonos!

Al asiático le brillaron de malicia los largos ojos, más encarnados todavía sobre el rojo obscuro de sus pómulos, encendidos por el ardor de los vinos. Hasta aquel momento había contemplado á la du-

quesa de Scerni, con la expresión estática de un bonzo en presencia de la divinidad. Su larga faz que parecía arrancada de una página clásica del gran caricaturista O-Kou-sai, bermejeaba como una luna de Agosto, entre las cadenas de flores.

—Sakumi—añadió en voz baja Andrés, inclinándose hacia Elena—está enamorado.

—¿De quién?

—De vos. ¿No os habías percibido, todavía?

—No.

—Miradle.

Elena volvió la cabeza. Y la amorosa contemplación del *daimio* disfrazado le provocó una risa tan burlona y poco disimulada, que aquél se sintió herido en su amor propio y quedó visiblemente humillado.

—Tomad—dijo ella para compensarle, y arrancando de la guirnalda una camelia blanca, la ofreció al enviado del Sol Levante.—Buscad una comparación en mi alabanza.

El asiático llevó la camelia á sus labios, con un gesto cómico de devoción.

—¡Ah! ¡ah! Sakumi,—dijo la pequeña baronesa de Isola—¡me sois infiel!

El aludido diplomático balbuceó algunas palabras, encendiéndosele aún más el rostro.

Todos rieron, sin freno, como si aquel extranjero hubiese sido invitado precisamente para ser objeto de diversión entre sus contertulios. Y Andrés, riendo, se volvió hacia Elena.

Esta, con la cabeza levantada y un poco echada atrás, miraba furtivamente los párpados al joven,

semicerrados con una de esas miradas indefinibles de mujer que parecen absorber y casi diríamos beber del hombre preferido todo lo que en él hay de más amable, más deseable, más deleitable, todo lo que en él ha despertado esa instintiva exaltación sexual, de la que nace la pasión. Sus larguísimas pestañas velaban el iris inclinado hacia el ángulo de la órbita y el blanco de sus ojos flotaba en una especie de luz líquida, un poco azulada: un temblor casi imperceptible movía su labio inferior. El rayo de su mirada parecía ir directamente á la boca de Andrés, como á la más deseada y dulce cosa.

Elena Muti, con efecto, estaba seducida por aquella boca. Pura de forma, encendida de color, llena de sensualidad, con una expresión un poco cruel cuando estaba cerrada, aquella boca juvenil recordaba por una singular semejanza el retrato del gentilhomme desconocido que hay en la galería del palacio de los Borgias, la profunda y misteriosa obra de arte en la que las imaginaciones fascinadas han creído reconocer la imágen del divino César Borgia pintada por el divino Sanzio. Cuando los labios se abrían á una sonrisa, aquella expresión desaparecía, y los blancos dientes, cuadrados iguales, de un brillo y una pureza extraordinarios, iluminaban una boca tan fresca y alegre como la de un niño.

Apenas Andrés se volvió, Elena retiró su mirada; pero no tan presto que el joven no recogiese el relámpago. Y tuvo una alegría tan fuerte que sintió subirla una llamarada á las mejillas.—«¡Ella me quiere! Ella me ama,—pensó, con gran contento

ante la certidumbre de tener ya conquistada á la rarísima criatura. Y también pensó: «Es un placer *no experimentado jamás.*»

En efecto, hay ciertas miradas de mujer que el hombre amante no cambiaría por la completa posesión de su cuerpo. Quien no haya visto encenderse en unos ojos lípidos el fulgor de la primera llamada de ternura, no conoce la más alta de las felicidades humanas. Después de ésta, ningún otro momento de alegría igualará á aquel instante de suprema dicha.

Elena preguntó, mientras en torno de ellos la conversación hacíase más viva:

—¿Permaneceréis en Roma todo el invierno?

—Todo el invierno, y más—contestó Andrés, á quien aquella simple pregunta pareció encerrar una promesa de amor.

—¿Tenéis, pues, una casa?

—Casa Zuccari: *domus aurea*.

—¿En la Trinidad de Monti? ¡Cuán feliz sois!

—¿Por qué feliz?

—Porque habitáis en un sitio por mi predilecto.

—Hay recogida allí, es verdad, como una esencia en un frasco, toda la soberana dulzura de Roma.

—Es muy cierto. Entre el obelisco de la Trinidad y la columna de la Concepción está suspendido en *ex-voto* un corazón católico y pagano.

Ella rió su frase. El tenía pronto á salir de sus labios un madrigal dedicado á aquel corazón suspendido; pero no lo pronunció. Le disgustaba prolongar el diálogo sobre aquel tono falso y ligero y disipar así su íntimo goce, y, por ello, prefirió callarse.

Elena quedó un poco pensativa. Pero, pronto se lanzó de nuevo en la conversación general con una vivacidad aún mayor, prodigando los chistes y las risas y haciendo centellear sus dientes y sus palabras. Doña Francisca murmuraba un poco de la princesa de Ferentino, no sin finura, aludiendo á su reciente y escabrosa aventura con Juanita Daddi.

—A propósito,—dijo el barón de Isola—la Ferentino anuncia para la Epifanía otra tómbola de beneficencia. ¿No sabíais nada, todavía?

—Yo soy una de las patrocinadoras—contestó Elena Muti.

—Pues sois una patrocinadora preciosa—observó don Felipe del Monte, un hombre cuarentón, casi completamente calvo, sutil aguzador de epigramas, que llevaba sobre su rostro una especie de máscara socrática donde el ojo derecho centelleaba movillísimo por mil diversas expresiones y el izquierdo permanecía siempre inmóvil y fijo, casi vitrificado bajo un lente redondo, como si el uno sirviera para expresar y el otro para ver.—En la venta de Mayo, recibisteis un lluvia de oro.

—¡Ah! ¡la feria de Mayo! Una locura—exclamó la marquesa de Ateleta.

Los criados escanciaban en las copas vino helado de Champagne.

—Te acuerdas, Elena—añadió la marquesa.—Nuestras tiendas estaban próximas.

—¡Cinco lises por sorbo! ¡Cinco lises por bocado!—se puso á gritar don Felipe, imitando por juego la voz de unregonador.

La Muti y la Ateleta reían.

—Ya, ya, es verdad. Vos iniciabais el pregón Felipe—dijo doña Francisca.—Lástima que tú no estuviéses, primo mío. Por cinco luises hubieras comido un fruto señalado antes por mis dientes y por otros cinco luises habrías bebido Champagne en el cuenco de las manos de Elena.

—¡Qué escándalo!—interrumpió la baronesa de Isola, con un visaje de horror.

—¡Ah, Mary! ¿Y tú no vendiste los cigarrillos encendidos antes por tí, y muy humedecidos por tus labios?—dijo doña Francisca, siempre riendo.

Y don Felipe:

—Yo vi algo mejor, aún. Leoncio Lanza obtuvo de la condesa de Súcoli por no sé cuanto, un cigarro de la Habana que ella había tenido guardado bajo el sobaco...

—¡Qué horror!—interrumpió de nuevo, cómicamente, la pequeña baronesa.

—Toda obra de caridad es santa—observó sentenciosamente la marquesa.—Yo, á fuerza de bocados en las frutas, recogí cerca de doscientos luises.

—¿Y vos?—preguntó á Elena, sonriendo con pena.—¿Y vos, con vuestra copa carnal, cuánto recogisteis?

—Yo, doscientos setenta.

Así chanceaban todos y se burlaban de los aulentos, á excepción del marqués. Este Ateleta era un hombre ya viejo, afligido por una sordera incurable, muy luciente de cosméticos, muy pintado de un color rubio, artificial de la cabeza á los pies. Parecía uno de esos personajes figurados que se ven en los gabinetes de figuras de cera. De vez en

cuando, casi siempre mal de su grado, emitía una especie de risa seca que parecía el chirrido de una maquinilla enmohecida que llevase dentro del pecho.

—Hubo un momento,—añadió Elena—en que el precio del sorbo llegó á diez luises. ¿Entendéis? Y, por último, aquel loco de Galeazzo Secinaro vino á ofrecirme un billete de quinientas liras á cambio de que yo me secase las manos en su barba rubia...

El final de la comida era, como siempre en casa d'Ateleta, esplendidísimo; porque el verdadero lujo de una mesa está en el *dessert*, (los postres). Mil cosas exquisitas y sanas deleitaban la vista no menos que el paladar, dispuestas con sumo arte en platos de cristal guarnecidos de plata. Las guirnaldas entreteídas de camelias y de violetas se curvaban entre los pampanosos candelabros del siglo XVIII animados por faunos y por ninfas. Y, sobre los tapices que cubrían las paredes, los faunos y las ninfas y las demás lindas y encantadoras figuras de aquella mitología arcadia, y los Silvandros, los Filis y las Rosalindas, animaban con su ternura uno de esos inspirados y claros paisajes grises que salieron de la fantasía de Antonio Wateau.

La ligera excitación erótica que se apodera del espíritu al final de una comida adornada de mujeres y de flores, revelábase en las palabras y en los recuerdos de aquella feria de Mayo, donde las damas empujadas por una emulación ardiente á recoger la mayor suma posible en su oficio de vendedoras, habían atraído y estimulado á los compradores con inaudita temeridad.

—¿Acceptasteis?—preguntó Andrés Sperelli á la duquesa.

—Sacrifiqué mis manos á la Beneficencia—contestó ella, sonriendo y semiruborosa.—¡Veinticinco luises más para los pobres!

—*All the perfumes of Arabia will not sweeten this little hand...*—murmuró el joven conde.

Y él reía, repitiendo las palabras de lady Macbeth. Magüer en lo más íntimo de su sér experimentase un sufrimiento confuso, un tormento no bien definido, que semejaba al que producen los celos en un alma enamorada. Se le aparecía, de improviso, aquel no sé qué de excesivo y casi diré cortesano, que en aquel momento ofuscaban las grandes maneras, los exquisitos modales de la noble dama. En ciertos tonos de la voz y de la risa, en ciertos gritos, en ciertas actitudes, en ciertas miradas, ella exhalaba, quizás involuntariamente, su encanto demasiado afrodisiaco. Ella dispensaba con demasiada felicidad el goce visual de sus gracias. A cada momento, á la vista de todos, quizá involuntariamente, adoptaba una movilidad, tomaba una actitud ó una expresión que en la alcoba hubiera hecho temblar á su amante. Cada uno de sus admiradores, al contemplarla, hubiera podido robarla una chispa, un destello de placer, podía envolverla de pensamientos impuros, podía adivinar sus secretas caricias. Ella parecía creada, en verdad, tan sólo para el ejercicio del amor; y el aire que ella respiraba estaba siempre encendido por los deseos suscitados en torno de ella.

«¿Cuántos la han poseído?» — pensó Andrés.

¿Cuántos recuerdos conserva, de la carne y del alma?

El corazón se la hinchaba como de una ola amarga, en cuyo fondo y para siempre hervía aquella su tiránica intolerancia de toda posesión imperfecta. Y no sabía separar sus ojos de las manos de Elena.

En aquellas manos incomparables, mórbidas y blancas, de una transparencia ideal, marcadas de una trama de venas blancas apenas visibles; en aquellas palmas un poco cóncavas y sombreadas de rosa, donde un quiromántico hubiera encontrado obscuras líneas, habían bebido diez, quince, veinte hombres, uno tras otro, á precio de oro. El *vele* las cabezas de aquellos hombres desconocidos inclinarse y sorber el vino. Y Galeazzo Secinaro era uno de sus amigos: hermoso y gallardo joven, imperialmente barbudo como un Lucio Vero, rival temible.

Entonces, bajo la excitación de aquellas imágenes, la concupiscencia le acreció tan fiera y le invadió una impaciencia tan tormentosa que el final de la comida le parecía no llegar jamás. «En esta misma noche, yo obtendré de ella una promesa», pensó. Una ansiedad interior lo atormentaba como quien teme que haya de perder un bien deseado por otros mucho rivales. Y la incurable é insaciable vanidad le representaba la embriaguez de la victoria. Ciertó que, cuanto más envidiado y deseado es por los demás el objeto que un hombre posee, tanto más su poseedor goza y se siente orgulloso. En esto precisamente está el atractivo de las mujeres de teatro. Cuando los aplausos del público re-

suenan en la sala y en la escena y llamean los deseos en los ojos de los entusiastas y admiradores, aquellos que son los únicos que reciben la mirada y la sonrisa de la *diva* se sienten embriagados por el orgullo y la vanidad, como por una copa de vino demasiado fuerte que perturba ó extravía la razón.

—Tú que eres una innovadora—decía la Muti á doña Francisca, mientras bañaba su dedo en el agua tibia de un vaso de cristal azul orlado de plata—debieras resucitar la costumbre de dar el agua para lavarse las manos, al abandonar la mesa, con la jofaina y la fuente de otros tiempos. Este modernismo es algo sucio. ¿No os parece, Sperelli?

—Doña Francisca se levantó. Todos la imitaron. Andrés ofreció el brazo á Elena, inclinándose galantemente, y ella lo miró, sin sonreír, mientras posaba su brazo desnudo con negligencia y abandono sobre el de su galanteador. Las últimas palabras habian sido alegres y ligeras; su mirada, al contrario, era tan grave y profunda que el joven se sintió lacerar el alma.

—¿Iréis mañana á la noche al baile de la embajada de Francia?—preguntó ella.

—¿Y vos?—preguntó á su vez Andrés.

—Yo, sí.

—Pues, yo también.

Sonrieron, como dos amantes; y, al sentarse ella añadió:

—Sentáos.

El diván estaba apartado de la chimenea, próximo á la cola del piano que cubría, en parte, los ricos pliegues de una estofa. Una grulla de bronce,

en uno de los extremos, sostenía en el pico levantado un plato suspendido de tres cadenillas como el de una balanza; y ese plato contenía un libro nuevo y un pequeño sable japonés, un *waki-zashi*, adornado de erisantemas de plata en la vaina, en el puño y en la guarnición.

Elena cogió el libro que estaba cortado en su mitad; leyó el título, y lo volvió á dejar en el plato, que á su peso onduló. El sable cayó al suelo. Ella y Andrés se inclinaron, á la vez, para recogerlo, y sus manos se encontraron. Ella se incorporó presurosa y examinó la rica y preciosa arma curiosa-mente, y la retuvo entre sus manos mientras Andrés la hablaba de aquel nuevo libro, que era una novela recientemente publicada que trataba argumentos generales de amor.

—¿Por qué permanecéis tanto tiempo alejado del gran público?—preguntó ella.—¿Habéis jurado, acaso, fidelidad al «ejemplar veinticinco?»

—Sí, para siempre. Mi sueño, es, hoy, el «ejemplar único» para ofrecer á la «mujer única.» En una sociedad democrática como la nuestra, el artífice de prosa ó de verso debe renunciar á todo beneficio que no sea de amor. El lector verdadero no es ya quien me compra, sino quien me ama; y mi lector verdadero es, pues, la dama benévola. El laurel no sirve para otra cosa que para atraer al mirto...

—Más, ¿y la gloria?

—La verdadera gloria es póstuma, y por tanto, no gozable. ¿Qué me importa tener, por ejemplo, cien lectores en la isla de los Sardos, y otros diez

en Empoli y cinco, supongamos, en Orvieto? ¿Y qué voluptuosidad me produce ser conocido como el confitero Tizio ó el perfumista Caio? Yo, autor, caeré en presencia de la posteridad armada, como mejor podré; pero yo, hombre, no deseo otra corona de triunfo que una... de hermosos brazos desnudos.

Y miró los brazos de Elena, descubiertos hasta los hombros. Eran tan perfectos en su estructura y en la forma, que recordaban la semejanza florentina del vaso antiguo «de mano del buen maestro», y así debían ser «los de Palos delante del pastor.» Sus lindos dedos vagaban sobre las cinceladuras del arma, y sus lucientes y rosadas uñas, parecían continuar la finura de las gemas que adornaban los dedos.

—Vos, si no me engaño, duquesa,—dijo Andrés, envolviéndola en una mirada llameante;—debéis tener el cuerpo de la Danae del Correggio. Lo presiento, lo adivino, lo veo, por la forma de vuestras manos.

—¡Oh, Sperelli!

—¿No imagináis, vos, por la forma de la flor, la figura entera de la planta? Vos sois, ciertamente, como la hija de Aerisio, que recibe la lluvia de oro; no aquella de la feria de Mayo, ¿eh? ¿Conocéis el cuadro de la galería Borgia?

—Lo conozco.

—Pues, bien; ¿me he engañado?

—Basta, Sperelli; os lo ruego.

—¿Por qué?

Ella calló. Ambos sentían, en aquellos momentos, estrecharse el círculo que debía encerrarles y apri-

sionarles juntos rápidamente. Ni uno ni otro tenían conciencia, ni se daban cuenta de esta rapidez. Al cabo de dos ó tres horas de haberse visto y conocido por primera vez, ya el uno se entregaba al otro en espíritu, y la recíproca rendición les parecía natural.

Tras un corto lapso de silencio, ella dijo, sin mirarle:

—Sois muy joven, conde. ¿Habéis amado ya mucho?

A esta pregunta, respondió Andrés con esta otra:

—¿Creéis, vos, que haya más nobleza de ánimo y de arte en imaginar, en una sola y única mujer, todo el Eterno femenino, ó más bien, que un hombre de espíritu sutil é intenso, deba recorrer todos los labios que por su boca pasan, como las notas de un clavicordio ideal, hasta encontrar el *Do* sublime y alegre?

—Yo no sé. ¿Y vos?

—Ni aún yo mismo sé resolver esa gran duda sentimental. Pero, por instinto, he recorrido el clavicordio; y temo mucho haber encontrado, por fin, el *Do*, á juzgar por el presentimiento interior.

—¿Lo teméis?

—*Je crains ce que j' espere.*

Andrés hablaba con naturalidad ese lenguaje amanerado, casi atenuando con el artificio de sus palabras la fuerza de su sentimiento. Y Elena se sentía coger como en una red, y atraer fuera de la vida que moviase á su alrededor, por aquella voz dulce y meliflua.

—Su Excelencia la princesa de Micigliano,—anunció un criado.

—¡El señor conde de Gissi!

—¡La señora Chrysoloras!

—El señor marqués y la señora marquesa de Massa d' Albe.

Los salones se iban poblando. Largas *colas* lucientes y rumorosas arrastraban sobre el tapiz púrpuro; fuera de los cuerpos constelados de diamantes, recamados de perlas, adornados con flores, emergían las turgentes y desnudas espaldas; los tocados centelleaban casi todos en aquellas maravillosas joyas hereditarias, que hacen envidiable la nobleza de Roma.

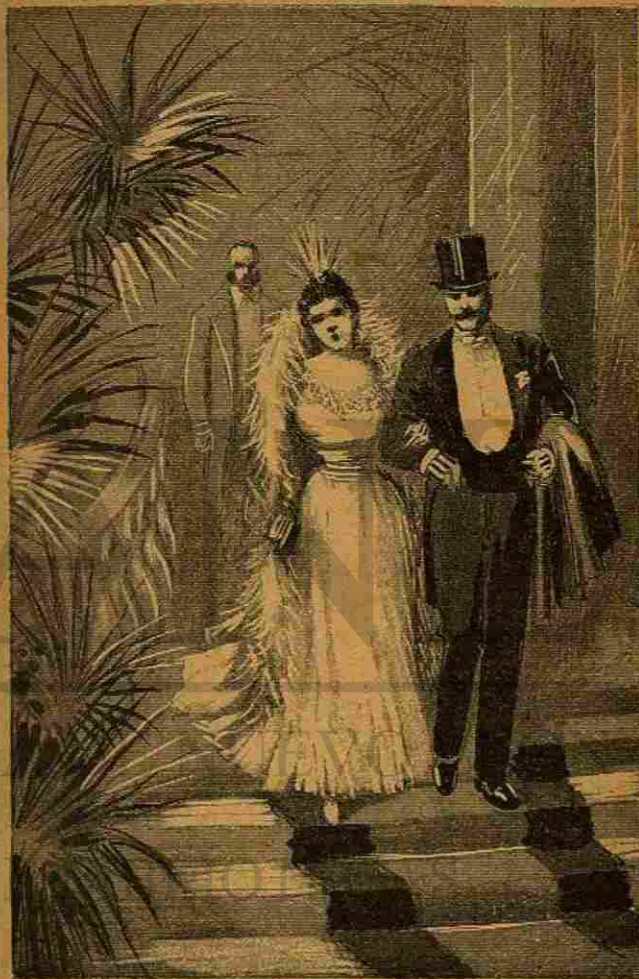
—¡Su Excelencia la princesa de Ferentino!

—¡Su Excelencia el duque de Gritti!

La maledicencia y la galantería ibanse reuniendo ya en diversos grupos, y formando diversos y variados círculos. El grupo mayor, compuesto exclusivamente de hombres, estaba cerca del piano, en torno de la duquesa de Scerni, que se había puesto de pie para defenderse de aquella especie de asedio. La Ferentino se acercó á saludar á su amiga con un reproche.

—¿Por qué no has venido hoy á casa de Nini Santamarta? Te esperábamos.

La primera era alta y delgada, con dos extraños ojos verdes, que parecían ocultarse en el fondo de sus órbitas oscuras. Vestía de negro, con un desquite puntiagudo. Sobre el pecho y sobre la espalda, llevaba prendida de los cabellos de un rubio ceniciento, una gran media luna de brillantes, á semejanza de Diana, y agitaba un gran abanico de plumas encarnadas, con ademanes bruscos y repentinos.



Bajaban en silencio...

—Nini va esta noche á casa de la señora Van Huffel.

—También yo iré más tarde, un rato,—dijo la Muti.—Allí la veré.

—¡Oh, Ugenta!—dijo la princesa, volviéndose hacia Andrés.—Os buscaba para recordaros vuestra cita. Mañana es jueves. La almoneda del cardenal Immenraet empieza mañana, á mediodía. Venid á buscarme á la una.

—No faltaré, princesa.

—Quiero obtener, á toda costa, aquel cristal de roca.

—Tendréis algunas competidoras.

—¿Quién?

—Mi prima.

—¿Y después?

—Yo,—dijo la Muti.

En torno de ellos, los caballeros pedían explicaciones.

Andrés Sperelli anunció solemnemente:

—Una contienda de Damas del siglo XIX, por un cristal de roca que ha pertenecido ya á Nicolás Niccoli, sobre cuyo vaso está grabado el troyano Anquises, que quita una de las sandalias á Venus Afrodita.

Y siguió anunciando:

—El espectáculo se ofrecerá gratis, mañana, después de la primera hora del meridiano, en la sala de ventas públicas de la vía Sixtina. La contienda tendrá lugar entre la princesa de Ferentino, la duquesa de Scerni y la marquesa de Ateleta.

Todos rieron al oír este bando.

El duque de Grimiti preguntó:

—¿Son licitas las apuestas?

—¡*La còte! ¡La còte!*—se puso á vocear don Felipe del Monte, imitando la voz estridente del *book-maker* Stubbs.

La Ferentino le dió un golpe sobre la espalda con su abanico encarnado. Pero la ocurrencia fué aplaudida y aceptada, y las apuestas empezaron. Como del grupo partían risas y voces, poco á poco otras damas y otros gentilhombres se aproximaron para tomar parte en la hilaridad. La noticia de la contienda se esparcía rápidamente, tomaba las proporciones de un acontecimiento mundano; ocupaba todos los alegres espíritus.

—Dadme el brazo y demos una vuelta,—dijo doña Elena Muti á Andrés.

Cuando estuvieron lejos del grupo, en el salón contiguo, Andrés, estrechando el brazo de su dama, murmuró:

—Gracias.

Ella se apoyaba en él, deteniéndose á cada paso para contestar á los saludos. Parecía un poco cansada y estaba pálida como las perlas de su collar. Al pasar, todos los elegantes jóvenes le dirigían un cumplimiento vulgar.

—Esta estupidez me sofoca,—dijo ella.

Al volverse, vió á Sakumi que la seguía, llevando la camelia blanca en el ojal, silencioso, con los ojos enternecidos, sin atreverse á acercarse. Le envió una sonrisa de misericordia.

—¡Pobre Sakumi!

—¿No le habíais visto hasta ahora?—le preguntó Andrés.

—Sí.

—Cuando estábamos sentados cerca del piano, él, desde el vano de una ventana; miraba continuamente vuestras manos, que jugaban con un arma de su país, destinada á cortar las páginas de un libro occidental.

—¿Hace poco?

—Poco há, sí. Quizás él pensaba: «Dulce cosa hacer *hara-kiri* con un pequeño sable adornado de crisantemas, que parecen florecer de la laca y del hierro al contacto de sus lindos dedos.»

Ella no sonrió. Sobre su faz estaba extendido un velo de tristeza y de sufrimiento; sus ojos parecían velados por una sombra más oscura, vagamente iluminados bajo los párpados, como por el albor de una lámpara; una expresión doliente se marcaba en los ángulos de su boca. Tenía el brazo derecho abandonado á lo largo del vestido, sosteniendo en la mano el abanico y los guantes. No tendía ya la mano á los que le saludaban y la cumplimentaban, ni daba, tampoco, oídos á ninguno.

—¿Qué tenéis, ahora?—le preguntó Andrés.

—Nada. Es preciso que vaya á casa de la Van Huffel. Conducidme á saludar á Francisca, y después, acompañadme hasta mi carruaje.

Tornaron al primer salón. Luis Gulli, un joven maestro venido de la Calabria natal, en busca de fortuna, moreno y crespo como un árabe, ejecutaba con mucha alma la sonata en *do diesis menor*, de Ludovico Beethoven. La marquesa d' Ateleta, que era

una de sus protectoras, estaba en pie, junto al piano, mirando al teclado. Poco á poco, la música grave y suave, atraía y enlazaba en sus círculos todos aquellos ligeros espíritus, como un gorjeo tardo, pero profundo.

—¡Beethoven!—dijo Elena, con un acento casi religioso, deteniéndose y soltando su brazo del de Andrés.

Así quedó escuchando, con gran atención, en pie, cerca de uno de los plátanos, en tanto que, teniendo el brazo izquierdo, se calzaba un guante, con extrema lentitud. En esta actitud, el arco de sus riñones aparecía más esbelto; la sombra de la planta velaba, y casi diríamos espiritualizaba la palidez de sus carnes. Andrés la miró. Y los vestidos, para él, se confundieron con la persona.

«Ella será mía,» pensaba en una especie de embriaguez, porque la música patética aún estaba en excitación. «Ella me estrechará entre sus brazos, contra su corazón.»

Imaginó inclinarse y posar sus labios sobre aquellas espaldas turgentes y mórbidas. «Estaría fría aquella piel diáfana, que semejaba leche tenuísima, atravesada por una luz de oro.» Tuvo un calofrío sutil, y cerró los párpados, como para prolongarlo. Aspiraba el perfume de aquella mujer; una emanación indefinible, fresca, aunque vertiginosa como un vapor de aromas. Todo su sér se sublevaba y se lanzaba con desmesurada vehemencia hacia la estupenda criatura. El hubiera querido envolverla, atraerla y encerrarla dentro de sí, sorberla, beberla de cualquier modo sobrehumano,

Casi oprimida por el impetuoso deseo del joven, Elena, se volvió un poco para mirarle, sonriéndole con una sonrisa tan tenue, casi diríamos tan inmaterial, que no pareció expresada por un movimiento de sus labios, sino más bien una irradiación del alma por los labios, mientras que sus ojos permanecían siempre tristes y como perdidos en la lontananza de un sueño interior. Aquellos ojos, eran verdaderamente los ojos de la Noche, tan envueltos en sombra, como para una Alegoría hubiéralos podido imaginar Leonardo de Vinci, después de haber visto en Milán á Lucrecia Crivelli.

Y, durante el segundo que duró aquella sonrisa, Andrés se sintió sólo con ella, en medio de la multitud. Un orgullo inmenso le hinchó el corazón.

Después, como Elena hiciera ademán de ponerse el otro guante, él la rogó en voz baja y cariñosa:

—No, no; ese no.

Ella comprendió, y dejó su mano desnuda.

Andrés había concebido la esperanza de besar aquella mano, antes que Elena partiese. De improviso, resurgió en su espíritu la visión de la Feria de Mayo, cuando los hombres bebían, en el hueco de las palmas, el vino espumoso. Y de nuevo se sintió punzado por los más agudos celos.

—Ahora, vámonos,—dijo ella, cogiéndose nuevamente del brazo de su joven admirador.

Terminada la *sonata*, las conversaciones se reanudaron más vivas y animadas. El criado anunció otros tres ó cuatro nombres, entre ellos el de la princesa Issé, que entraba con un corto paso incierto, vestida á la europea, con una sonrisa en su

rostro oval, blanca y diminuta como el figurín de un *netské*. Un movimiento de curiosidad se propagó por el salón.

—Adiós, Francisca,—dijo Elena, despidiéndose de la Ateleta.—Hasta mañana.

—¿Tan pronto?

—Me esperan en casa Van Huffel. He prometido ir.

—¡Lástima! Lo siento, porque ahora cantará Mary Dyce.

—¡Adiós! Hasta mañana.

—Toma, y adiós,—dijo la marquesa, dándole un mazo de violetas dobles.

Y volviéndose hacia el conde, añadió:

—Amado primo, acompáñala.

Después, se adelantó graciosamente al encuentro de la princesa.

Mary Dyce, vestida de encarnado, alta y ondulante como una llama, empezó a cantar.

—¡Me siento tan fatigada! —murmuró Elena, apoyándose en el brazo de Andrés.—Pedid, os lo ruego, mi abrigo.

El cogió la pelliza de manos del criado, que se la presentaba. Ayudando a la dama a ponérsela, sus dedos rozaron el hombro desnudo de ella, y sintió que sus carnes estaban frías y temblorosas. Toda la antecámara estaba llena de lacayos con diversas libreas, que a su paso se inclinaban. La voz soprana de Mary Dicy, recitaba las palabras de la romansa de Roberto Schumann: *«Ich kann's nicht fassen, nicht glauben...»*

Bajaban en silencio. El lacayo se había adelan-

tado para hacer avanzar el carruaje hasta el pie de la escalera. Bajo la sonora bóveda del vestíbulo, oíanse resonar las piafaduras de los caballos. A cada peldaño, Andrés sentía la presión leve del brazo de Elena, que abandonaba un poco, llevando la cabeza erguida y algo echada hacia atrás, con los ojos cerrados.

—Al subir, sin conoceros y sin darme cuenta, os seguía mi admiración. Al bajar, os acompaña mi amor,—la dijo Andrés en voz baja y amorosa, interponiendo, entre las últimas palabras, una pausa vacilante.

Ella no contestó, pero llevó a su nariz el ramillete de violetas, y aspiró con fuerza su perfume.

En aquel momento, la amplia manga de su abrigo se deslizó a lo largo del brazo, hasta más abajo del codo. A la vista de aquella carne que salía de entre las pieles del abrigo, como un copo de rosas blancas de entre la nieve, se encendió todavía más la llama del deseo en los sentidos del joven, por la singular procacidad que el desnudo femenino adquiere entonces, mal velado por un vestido espeso y pesado. Un ligero temblor movía sus labios, y con gran esfuerzo podía retener las palabras del deseo.

Pero el carruaje estaba ya frente al pie de la escalera, con el lacayo a la portezuela.

—A casa Van Huffel,—ordenó la duquesa, subiendo, ayudada por el conde.

El criado se inclinó, abandonando la portezuela y ocupando su puesto en el pescante. Los caballos piafaban impacientes y fogosos, levantando chispas del empedrado.

—Tened cuidado,—gritó Elena, tendiendo una mano al joven, y sus ojos y sus diamantes centellearon en la sombra.

«Estar con ella, ahí, en la sombra, y buscar con la boca su cuello entre la pelliza perfumada!» Y él, hubiera querido decirlo:

—¡Llebadme con vos!

Los caballos piafaban con mayor impaciencia.

—¡Cuidado!—repitió Elena.

Andrés le besó la mano, oprimiendo fuertemente sus labios, como para dejarle sobre el cutis una impresión de su pasión, y cerró con rabia y estrépito la portezuela. Al golpe, seco y ruidoso, el carruaje partió rápidamente, resonando con gran estruendo en la bóveda del vestíbulo al salir al Foro.

III

Así comenzó la aventura amorosa de Andrés Spelli, con doña Elena Muti.

Al siguiente día, los salones del Hotel de Ventas de la vía Sixtina, estaban llenos de gente elegante, congregada para asistir á la anunciada contienda.

Llovía copiosamente y con fuerza. Una luz grisca penetraba en aquellas salas húmedas y bajas; á lo largo de las paredes estaban dispuestos en orden algunos muebles de madera esculpida, y varios grandes dípticos y trípticos de la escuela toscana del siglo XIV; cuatro tapices flamencos, representando la *Historia de Narciso*, colgaban hasta el suelo; las estofas, en su mayoría eclesiásticas, estaban ó desplegadas sobre las sillas ó amontonadas sobre la mesa; las más raras antigüedades, los marfiles, los esmaltes, los vidrios, las gemas brillantes,

—Tened cuidado,—gritó Elena, tendiendo una mano al joven, y sus ojos y sus diamantes centellearon en la sombra.

«Estar con ella, ahí, en la sombra, y buscar con la boca su cuello entre la pelliza perfumada!» Y él, hubiera querido decirlo:

—¡Llevadme con vos!

Los caballos piafaban con mayor impaciencia.

—¡Cuidado!—repitió Elena.

Andrés le besó la mano, oprimiendo fuertemente sus labios, como para dejarle sobre el cutis una impresión de su pasión, y cerró con rabia y estrépito la portezuela. Al golpe, seco y ruidoso, el carruaje partió rápidamente, resonando con gran estruendo en la bóveda del vestíbulo al salir al Foro.

III

Así comenzó la aventura amorosa de Andrés Spelli, con doña Elena Muti.

Al siguiente día, los salones del Hotel de Ventas de la vía Sixtina, estaban llenos de gente elegante, congregada para asistir á la anunciada contienda.

Llovía copiosamente y con fuerza. Una luz grisca penetraba en aquellas salas húmedas y bajas; á lo largo de las paredes estaban dispuestos en orden algunos muebles de madera esculpida, y varios grandes dípticos y trípticos de la escuela toscana del siglo XIV; cuatro tapices flamencos, representando la *Historia de Narciso*, colgaban hasta el suelo; las estofas, en su mayoría eclesiásticas, estaban ó desplegadas sobre las sillas ó amontonadas sobre la mesa; las más raras antigüedades, los marfiles, los esmaltes, los vidrios, las gemas brillantes,

las medallas, las monedas, los libros de rezo, los Códigos y manuscritos miniados, las vajillas cinceladas y repujadas, estaban recogidas dentro de una alta vitrina, detrás del banco de los peritos; un olor extraño, producido por la humedad del lugar y por todos aquellos objetos antiguos, llenaba el aire.

Cuando Andrés Sperelli entró en la sala de ventas, acompañando á la princesa de Ferentino, experimentó un estremecimiento interior. «¿Habrá llegado ya?» pensó. Y sus ojos ansiosamente la buscaron.

Ella, en efecto, había llegado ya, y estaba sentada delante de la mesa del comisario, entre el caballero Dávila y don Felipe del Monte. Sobre el borde de la mesa había dejado sus guantes y el manguito de nutria, del cual salía un ramito de violetas. Tenía entre sus dedos un cuadrado de plata, con un bajo relieve atribuido á Caradosso Foppa, y lo observaba con gran atención. Los objetos pasaban de mano en mano, á lo largo de los bancos; el perito hacía el elogio en alta voz; la concurrencia, de pie detrás de las filas de sillas, se inclinaban para mirar, y en seguida empezaba la subasta. Las cifras se seguían rápidamente. A cada momento, el perito gritaba:

—¡Se remata! ¡Se remata!

Algún *amateur*, estimulado por el grito, pujaba la cifra del remate con otra más alta mirando á sus adversarios. El perito gritaba con el martillo levantado:

—¡A la una! ¡A las dos!... ¡A las tres!

Y golpeaba la mesa. El objeto pertenecía ya al último postor. Un murmullo se propagaba por toda la sala, y de nuevo encendiase la lucha.

El caballero Dávila, un gentil hombre napolitano, que tenía formas gigantescas y maneras casi femeninas, célebre coleccionador y conecedor de mayólicas, daba su juicio sobre cada pieza importante. Tres cosas, realmente, superiores, había en aquella almoneda cardenalicia: la *Historia de Narciso*, la copa de cristal de roca y un yelmo de plata cincelado por Antonio del Pollajuolo, que la Señoría de Florencia donó al conde d'Urbino en el año de 1472, en recompensa de servicios por él prestados en tiempo de la toma de Volterra.

—Hé aquí á la princesa—dijo don Felipe del Monte á la Muti.

Esta se levantó para saludar á su amiga.

—¿Ya sobre el campo, éh?—exclamó la Ferentino.

—Ya; princesa y rival.

—¿Y Francisca?

—No ha llegado todavía.

Cuatro ó cinco elegantes señores, el duque de Grimiti, Roberto Casteldieri, Ludovico Barbarisi, Juanito Rútolo, se acercaron. Otros sobrevinieron, y se entabló entre todos un animado diálogo. El ruido de la lluvia sofocaba el sonido de las voces y el murmullo de las palabras.

Doña Elena tendió la mano á Sperelli, francamente, como á todos los demás. El se sintió alejarse de ella, por aquel frío apretón de mano. Elena le pareció fría y seria. Todos sus sueños se helaron y

se desvanecieron en un instante, los recuerdos de la noche anterior se confundieron; las esperanzas se extinguieron. ¿Qué tenía *ella*? No era ya la misma mujer. Vestía una especie de larga túnica de nutria, y llevaba sobre la cabeza una especie de toca, también de nutria. En la expresión de su rostro había algo de áspero y casi de despreciativo.

—Todavía falta bastante tiempo, para que le llegue el turno á la copa—dijo á la princesa. Y se sentó.

Todos los objetos pasaban por sus manos. Un centauro grabado en una sardónica, obra bastante fina y proviniendo, quizá, del disperso museo de Lorenzo el Magnífico, la tentó, y tomó parte en la subasta. Comunicaba sus ofertas al perito, en voz baja, sin levantar los ojos hacia él. Al llegar á cierta cifra ya respetable, sus competidores se callaron y ella obtuvo la piedra, por un buen precio.

—Excelente adquisición—dijo Andrés Sparelli, que estaba en pie, detrás de la silla que ocupaba la duquesa.

Esta, no pudo reprimir un ligero sobresalto, y, cogiendo la sardónica se la dió á examinar, elevando la mano á la altura del hombro, sin volverse. Era verdaderamente una joya.

—Pudiera muy bien ser el centauro que Donatello copió—añadió Andrés.

Y en el ánimo de éste, junto con la admiración por el precioso objeto de arte, surgió la admiración por el noble gusto de la dama que lo poseía. «Ella es, pues, en todo, una *elegida*,»—pensó.—¡Cuántos pla-

ceres podrá ella proporcionar á un amante refinado. En su imaginación, ella se engrandecía; pero, al engrandecerse, se le escapaba. La gran seguridad de la noche anterior mudábase en una especie de desaliento, y, las primitivas dudas resurgían en su ánimo. Había soñado demasiado, durante la noche, con los ojos abiertos, nadando en una felicidad sin límites, mientras el recuerdo de un gesto, de una sonrisa, de una actitud, de un movimiento de cabeza, de un pliegue del vestido, lo atraía y lo enlazaba, como una red. Ahora, todo aquel mundo imaginario se hundía miserablemente al contacto de la realidad.

El no había visto en los ojos de Elena el singular saludo en que tanto había pensado; no había sido distinguido por ella, entre los otros, con ningún signo de particular atención. ¿Por qué esa indiferencia? Sentíase humillado. Toda aquella pléyade de fatuos que la rodeaba, inspirábanle ira y rabia; le irritaban, también, cuantos objetos atraían su atención; le causaba ira y envidia á la vez, don Felipe del Monte, que á cada momento se inclinaba hacia ella para murmurarle quizás alguna maldiciencia.

Sobrevino la Ateleta, como siempre alegre y sonriente. Sus risas, entre los hombres que al momento la rodearon, hizo volver vivamente á don Felipe.

—La Trinidad está completa—exclamó al verla, abandonando su asiento para ir á su encuentro.

Andrés se apresuró á ocupar la silla vacía junto á la Muti; y al llegar á su nariz, el perfume sutil de las violetas, murmuró;

—No son las mismas de anoche.

—No—dijo friamente Elena.

En su movilidad, ondulante y acariciadora como la onda, había siempre la amenaza del hielo inesperado. Ella estaba sujeta á súbitas rigideces. Andrés se calló, sin comprender.

—¡Se remata! ¡Se remata!—gritaba el perito.

Las cifras subían. El yelmo de Antonio del Pollajuolo era muy disputado. También el caballero Dávila había entrado en liza. Parecía que por momentos la atmósfera se caldease y que el deseo de aquellas cosas preciosas se apoderase de todos los espíritus. El delirio se propagaba, como un contagio.

En aquel año, el amor del *bíbelot* y del *bric-à-brac* había llegado en Roma á su colmo; todos los salones de la nobleza y de la alta burguesía estaban repletos de curiosidades; cada dama convertía los almohadones de su diván en una casulla ó en una capa pluvial, y metía sus rosas en un vaso de farmacia umbroso ó en una capa de calcedonio. Las salas de las ventas públicas eran el sitio preferido de las citas y reuniones, y las ventas eran frequentísimas. En la hora meridiana del té las damas, por elegancia, llegaban diciendo: «Vengo de la almoneda del pintor Campos. Mucha animación. Magníficos platos hispano-árabes. He adquirido un joyero de María Leczinska. Vedle.

—¡Se remata!—seguía voceando el perito.

Las cifras subían. Los *amateurs* se agrupaban alrededor de la mesa. Los elegantes se entregaban al encomio de las *Natividades* y las *Anunciaciones*.

Las señoras entre aquel olor de moho y de antigüedad mezclaban el perfume de sus pellizas y sobre todo el de las violetas, de las que todos los manguitos contenían un ramillete según prescribía la moda elegante. La presencia de tantas personas difundía en el ambiente una tibieza agradable y deliciosa, como en una capilla húmeda donde hubiese congregados muchos fieles. Afuera, la lluvia continuaba cayendo y la luz crepuscular disminuyendo. Adentro, se encendieron las pequeñas llamas del gas, entablándose una lucha entre las dos diversas claridades.

—¡A la una! ¡a las dos!... ¡a las tres!

El golpe del martillo dió la posesión del yelmo florentino á lord Kumphrey Heatfield, y de nuevo continuó la subasta de pequeños objetos, que pasaban á lo largo de los bancos, de mano en mano. Elena los cogía delicadamente, los observaba y los ponía después delante de Andrés, sin decir nada. Eran esmaltes, marfiles, relojes del siglo XVIII, joyeros de orfebrería milanesa del tiempo del Ludovico el Moro, libros de rezo escritos con letras de oro sobre pergaminos colorados de azul. Entre sus dedos ducales aquellas preciosas materias parecían adquirir mayor valor. Sus pequeñas manos tenían á veces un ligero temblor al contacto con las cosas más deseables.

Andrés miraba atentamente y en su imaginación trocaba en caricias cada movimiento de aquellas manos. Mas, ¿por qué Elena depositaba todos los objetos sobre la mesa, en vez de entregárselos á él?

El impidió, una de las veces el movimiento de

Elena, tendiendo la mano. Y desde entonces, los marfiles, los esmaltes, los joyeros pasaron de los dedos de su amada á los suyos, comunicándole un indefinible deleite. Parecía que penetrase en ellos una partícula del amoroso encanto de aquella mujer, como entra en el hierro una pequeña parte de la virtud de una calamita. Era verdaderamente una sensación magnífica de deleite, una de esas sensaciones agudas y profundas que se experimentan única y exclusivamente en los principios del amor, y que parecía no tener ni un asiento físico ni un asiento espiritual, á semejanza de todos los demás, pero si un asiento en un elemento neutro de nuestro sér, en un elemento casi diríamos intermedio, de naturaleza desconocida, menos simple que un espíritu, más sutil que una forma, donde la pasión se recoge como en un receptáculo, donde la pasión se irradia como de un hogar.

«Es un placer jamás experimentado,» pensó Andrés una vez más.

Invadíale una ligera torpeza y por momentos le abandonaba la conciencia del lugar y del tiempo.

—Os aconsejo este reloj—díjole Elena, con una mirada de la que de momento no comprendió la significación.

Era una pequeña cabeza de muerto esculpida en el marfil con una extraordinaria potencia de imitación anatómica. Cada mandíbula llenaba una hilera de diamantes, y dos rubíes centelleaban en el fondo de las órbitas. Sobre la frente estaba grabada esta inscripción: RUIT HORA, y sobre el occipucio esta otra: TIBI HIPPOLITA. El cráneo se abría como

una cajita, aun que la comisura fuese casi invisible. El interior, animado por la máquina, daba al pequeño cráneo una inexplicable apariencia de vida. Aquella joya mortuoria ofrecida por un artífice misterioso á su mujer, había debido señalar las horas de la embriaguez, y con su símbolo advertir á los espíritus amantes.

En verdad, no podía el Placer desear una más exquisita y más sugestiva medida del Tiempo. Andrés pensó: «¿Me lo aconsejará ella *para nosotros?*» Y á este pensamiento, todas sus esperanzas renacieron y resurgieron de entre la incertidumbre, confusamente. El se lanzó á la contienda, con una especie de entusiasmo. Le replicaron dos ó tres competidores furiosos, entre ellos, Juanito Rútolo, que teniendo por amante á doña Hipólita Albónico, era atraído por la inscripción: TIBI HIPPOLITA.

Bien pronto quedaron solos en la contienda Rútolo y Sperelli. Las cifras sobrepujaban el valor real del objeto, mientras los peritos sonreían. Al llegar á cierta cifra, bastante respetable ya, Rútolo enmudeció, vencido por la obstinación de su adversario.

—¡Se remata! ¡Se remata!

El amante de doña Hipólita, un poco pálido, gritó una última cifra. Sperelli la pujó. Hizose un momento de silencio. El perito miraba á los dos competidores; al fin, llevó el martillo con lentitud, sin perder de vista á aquellos.

—¡A la una! ¡á las dos! ¡á las tres!

La cabeza de muerto fué adjudicada al conde

d'Ugenta. Un murmullo se difundió por la sala. Una oleada de luz entró por la ventana é hizo brillar los fondos áureos de los trípticos, iluminó la frente doliente de una Virgen de Siene y el sombrerito gris de la princesa de Ferentino, cubierto de lentejuelas de acero.

—¿Cuándo llega el turno á la copa?—preguntó la princesa con impaciencia.

Los amigos examinaron los catálogos.

No había esperanza de que la taza del bizarro humanista florentino se pusiese á subastar en aquel día. Por la mucha concurrencia, la venta avanzaba lentamente. Quedaba todavía una larga lista de objetos pequeños, como camafeos, monedas y medallas. Algunos anticuarios y el príncipe Stroganow se disputaban cada pieza. Todos los que esperaban la prometida lira tuvieron una desilusión.

La duquesa Scerni se levantó para retirarse.

—Adios, Sperelli,—dijo.—Hasta esta noche, quizá.

—¿Por qué decís quizá?

—Me siento bastante mal.

—¿Qué tenéis?

Elena, sin responder, se volvió á saludar á los otros.

Pero éstos seguían su ejemplo, y juntos se disponían á salir.

Los jóvenes se burlaban del chasco de algunos que sólo habían acudido atraídos por la famosa contienda y el espectáculo prometido. La marquesa de Ateleta reía, pero la Ferentino parecía de pésimo humor... Los criados que esperaban en el

corredor hacían avanzar los carruajes, como á la puerta de un teatro ó de una sala de conciertos.

—¿No vienes á casa de la Miano?—preguntó la Ateleta á Elena.

—No; me vuelvo á casa.

Ella esperó, sobre el borde de la acera, á que el carruaje apareciese. La lluvia disminuía: entre anchas nubes blancas descubriase algunos espacios de azul; una zona de rayos hacía brillar el pavimento enlosado. Y la joven duquesa de Scerni, inundada de aquella claridad entre rubia y rósea, envuelta en su magnífico abrigo de pieles que caía con algunos pliegues rectos y casi simétricos, estaba bellísima.

El mismo sueño de la noche anterior surgió en el espíritu de Andrés, cuando entrevió el interior del coche, tapizado de raso como un *boudoir*, donde lucía el cilindro de plata lleno de agua tibia destinado á calentar los pequeños pies ducales.

«Estar ahí con ella, en una intimidad recogida, aspirando el cálido ambiente formado por su aromático aliento y el perfume de las violetas marchitas, entreviendo apenas por los cristales empañados la calle cubierta de lodo, las casas grises, la gente obscura.»

Pero ella inclinó levemente la cabeza en la portezuela, sin sonreír, y el carruaje partió hacia el palacio Barberini, dejando en el alma del enamorado conde una vaga tristeza, un desaliento indefinido.—Ella había dicho «quizá.» Podía, pues, no ir al palacio Farnesio. ¿Y, entonces?

Esta duda le atormentaba y affigia. El pensa-

miento de no verla érale insoportable: todas las horas que transcurriesen lejos de ella le pesaban ya. Y á sí mismo se preguntaba: «¿La amo, pues, ya tanto? Su espíritu parecía encerrado en un círculo, dentro del cual se agitaban confusamente todos los fantasmas de las sensaciones habidas en presencia de aquella mujer. De repente, emergían de su memoria, con singular exactitud, una frase por ella pronunciada, una entonación de su voz, una actitud, un movimiento de sus labios, la forma del diván sobre el cual estaba sentada, el final de la sonata de Beethoven, una nota de Mary Dyce, la figura del criado que esperaba en la portezuela, una particularidad cualquiera, un cualquier fragmento, y estas imágenes obscurecían aún la viveza, la existencia de las cosas en curso, se sobreponían á las cosas presentes. El le hablaba mentalmente; le decía mentalmente todo aquello que después le hubiera dicho en realidad, en futuros coloquios. Preveía las escenas, los casos, las vicisitudes; todo el desarrollo del amor según las sugerencias de su deseo.—¿De qué modo se entregaría ella á él la primera vez?

Mientras subía la escalera del palacio Zuccari, para entrar en su habitación, le relampagueaba este pensamiento: — Ella, seguramente, volvería allí. La vía Justina, la vía Gregoriana, la plaza de la Trinidad del Monte, especialmente en ciertas horas, estaban casi desiertas. La casa no estaba habitada más que por extranjeros. Ella podría, pues, aventurarse sin temor. Pero, ¿cómo atraerla?—Su impaciencia era tanta que hubiera querido poder decir: «Vendrá mañana.»

«Ella es libre» — pensó. — «No la retiene la vigilancia de su marido. Nadie puede pedirle cuenta de sus ausencias por largas y por insólitas que sean. Ella es dueña de todos sus actos, siempre y á todas horas. Se le presentaron en el espíritu días enteros y enteras noches de voluptuosidad. Vivió en torno de la estancia caldeada, profunda, secreta, y aquel lujo intenso y refinado, todo artificial pero elegante, le satisfizo, para ella. Aquel aire esperaba su respiración; aquellos tapices pedían ser oprimidos por su pie; aquellos almohadones deseaban recibir la impresión de su cuerpo.

«Ella amará mi casa» — pensó. — «Amará las cosas que yo amo.» Este pensamiento le daba una indecible dulzura, y parecía que ya un alma nueva, consciente de su inminente alegría, palpítase bajo los altos artesonados de la estancia.

Pidió el té á su criado, y se acomodó delante de la chimenea para mejor gozar de la ficción de su esperanza. Sacó del estuche el pequeño cráneo adornado de piedras preciosas y se puso á examinarlo atentamente.

A la claridad del fuego la superficial dentadura adamantina brillaba sobre el marfil amarillento, y los dos rubies iluminaban las sombras de las concavidades de los ojos. Bajo el cráneo pulido resonaba el incesante golpear del tiempo.—*Ruit-Hora.* — ¿Qué artífice hubiera podido jamás tener para su Hipólita aquella superba y libre fantasía de muerte, en el siglo en que los maestros esmalteadores adornaban de tiernos idilios pastoriles los relojes destinados á señalar á los pisaverdes la hora de su

cita en los parques del Watteau? La escultura revelaba una mano maestra, vigorosa, hábil, dueña de un estilo propio: era en un todo digna de un maestro del siglo XV tan hábil como el Verrochio.

«Os aconsejo este reloj.» Andrés sonreía ligeramente, recordando las palabras de Elena, pronunciadas de un modo muy extraño después de un tan frío silencio.—Sin duda, al pronunciar aquella frase, pensaba en el amor: ella pensaba en sus próximas entrevistas de amor, sin duda alguna. Pero ¿por qué después, había vuelto á su desdén y hablase puesto impenetrable? ¿Qué temía?—Andrés se perdió en conjeturas é indagaciones. Mas, pronto el aire cálido, la luz discreta, la blandura de la poltrona, las variaciones del fuego, el aroma del té, todas estas sensaciones gratas recondujeron su espíritu á los errores deliciosos. El iba errando en la ventura como en un fantástico laberinto, y el pensamiento en él, tomaba á veces la virtud del opio: podía embriagarlo.

—Me permito recordar al señor conde que para las siete es esperado en casa Doria,—dijo en voz baja el criado, que tenía también el oficio de refrescarle la memoria.—Todo está preparado.

Andrés fué á vestirse á la cámara octogonal que era, en verdad, el más elegante y cómodo vestuario que pudiera desear un joven elegante de nuestra época. Al vestirse, ponía una infinidad de minuciosos cuidados en su persona. Sobre un gran sarcófago romano, transformado con gran gusto en mesa tocador, estaban dispuestos y ordenados los pañuelos de batista, los guantes de baile, las carte-

ras, las petacas, los frascos de esencias, y cinco ó seis gardenias frescas en pequeños vasos de porcelana azul. Escogió su pañuelo con sus cifras bordadas en blanco y vertió en el dos ó tres gotas de *pao rosa*; no cogió ninguna gardenia porque había de encontrarla en la mesa de casa Doria; llenó de cigarrillos rusos la petaca, de oro cincelado, sutilísima, adornada de un zafiro sobre la abertura del muelle un poco curvo para adherirse al muslo en el bolsillo del pantalón. Después salió.

En casa de Doria, entre las diversas conversaciones sostenidas entre los allí congregados, y á propósito del reciente alumbramiento de la Miano, la duquesa Angelieri dijo:

—Parece que Laura Miano y la Muti están reñidas.

—¿A causa de Jorge, quizá?—preguntó otra dama riendo.

—Así se dice. Es una historia empezada en Lucerna este verano.

—Pero si Laura no estaba en Lucerna.

—Precisamente. Pero estaba su marido...

—Creo que es una calumnia, una simple y ruin malignidad, nada mas,—interrumpió la condesa florentina, doña Blanca Dolcebuono.—Jorge está ahora en París.

Andrés había oído este diálogo, á pesar de distraer continuamente su atención la locuaz condesa Starnina, que tenía á su lado. Las palabras de la Dolcebuono no bastaron á suavizar la picadura agudísima del áspid de los celos. El hubiese querido, al menos, conocer la historia hasta el fondo. Pero la

Angelieri renunciaba á continuar; y otras conversaciones se cruzaron sobre los triunfos de las magníficas rosas de la villa Pamphily.

—¿Quién era ese Jorge? ¿El último amante quizá, de Elena? Esta había pasado una parte del verano en Lucerna. Ella venía de París. Ella, al salir del hotel de ventas había rehusado ir á casa de la Miano.—En el ánimo de Andrés las apariencias estaban todas en contra de ella. Un deseo atroz le invadió de volverla a ver, de hablarla. La invitación al palacio Farnesio era para las diez; á las diez y media él se encontraba ya allí, esperando.

Esperó mucho tiempo. Los salones se llenaban rápidamente; el baile comenzaba: en la galería de Annibal Caracci las semidiosas romanas luchaban en hermosura con las Ariadnas, con las Galateas, con las Auroras, con las Dianas de los frescos; las parejas danzaban y se arremolinaban exhalando sus aromáticos perfumes; las manos enguantadas de las damas oprimían las espaldas de los caballeros, las cabezas consteladas de pedrería se curvaban ó se erguían; algunas bocas semiabiertas brillaban como la púrpura; algunas espaldas desnudas, veladas por un velo de humedad, relucían al reflejo de las luces; algunos turgentes pechos pugnaban por salirse del corsé que los aprisionaba bajo la vehemencia del ansia.

—¿No bailáis, Sperelli?—preguntó Gabriela Barbarisi, una joven morena como la *oliva especiada*, al pasar del brazo de un caballero agitando con la mano el abanico y con su sonrisa un lunar que tenía en un hoyuelo junto á la boca.

—Sí, más tarde,—repuso Andrés.—Más tarde.

Inmediatamente á las presentaciones y á los saludos, nuestro preocupado joven sentía acrecer su tormento en la espera inútil y giraba de sala en sala á la ventura. Aquel quizá... que no pudiera olvidar, haciale temer que Elena no concurriera al baile.—¿Y si realmente ella no iba? ¿Cuándo la volvería á ver?

Pasó doña Blanca Dolcebuono, y, sin saber por qué, se puso á su lado diciéndola muchas frases corteses, experimentando casi un poco de alivio en su compañía. Hubiera querido hablarle de Elena, interrogarla, asegurarse. La orquesta preludió una mazurka muy lánguida; y la condesa florentina con su caballero se lanzó al baile.

Entonces Andrés se volvió hacia un grupo de jóvenes que estaba junto á una puerta. Eran Ludovico Barbarisi y el duque de Beffi, con Felipe del Gallo y Gino Bonminaco. Miraban á la pareja dar vueltas y murmuraban algún tanto groseramente. Barbarisi contaba haber visto las dos redondeces del pecho á la condesa de Licoli, bailando un wals.

Bonminaco preguntó:

—Pero, ¿cómo?

—Probadlo. Basta inclinar los ojos sobre el corsé. Te aseguro que vale la pena.

—¡Habéis reparado en las axilas de la señora Chrysoloral! ¡Mirad!

El duque de Beffi señalaba á una dama que tenía sobre su frente, blanca como el mármol de Luni, un flamijero mechón de cabellos rojos, á semejanza de una sacerdotisa de Alma Tadema, y

cuyo corpiño estaba sujeto á los hombros por un simple lazo, dejando al descubierto las concavidades axilares adornadas de dos copetes rojos bastante abundosos.

Bonminaco se puso á disertar sobre el olor singular que despiden las mujeres rojas.

—Tú puedes conocerlo bien, ese olor,—dijo con malicia Barbarisi.

—¿Por qué?

—La Micigliano...

El joven se complació manifestamente de oír nombrar á una de sus amantes, pues en vez de protestar se sonrió maliciosamente. Después, dirigiéndose á Sperelli preguntóle:

—¿Qué tienes esta noche? Hace un momento te buscaba tu prima. Ahora baila con mi hermano. Miralos; ahí vienen.

—¡Mira!—exclamó Felipe del Gallo.—Ha vuelto ya la Albónico.—Baila con Juanito.

—También ha regresado la Muti, desde hace una semana,—dijo Ludovico.—¡Qué hermosa criatura!

—¿Está aquí?

—No la he visto aún.

Andrés tuvo en el corazón un sobresalto ante el temor de que de alguna de aquellas maldicientes bocas fuese á salir también una maledicencia contra ella. Pero el paso de la princesa Issé, del brazo del ministro de Dinamarca distrajo á sus amigos. Esto no obstante, sentíase impulsado por una temeraria curiosidad, á reanudar la conversación sobre el nombre de su amada con objeto de saber, de descubrir; pero no se atrevió.

La mazurka terminaba: el grupo se disolvía. «Ella no viene! ¡Ella no viene!» La inquietud de su alma crecía tan fieramente que pensó en abandonar el salón, porque el contacto de aquella multitud érale insufrible.

Mas, al volverse, vió aparecer en la entrada de la galería á la duquesa de Scerni del brazo del embajador de Francia. Al instante, sus miradas se encontraron, y sus ojos, durante aquel segundo, parecieron atraerse, penetrarse, beberse. Ambos sintieron buscarse mutuamente, ambos sintieron, á la par, descender sobre el alma un silencio absoluto, en medio de aquel rumor, y casi diríamos abrirse un abismo en el que todo cuanto les rodeaba desaparecía bajo la fuerza de un pensamiento cinico.

Ella avanzaba por la historiada galería del Caracci, donde era menor la concurrencia, arrastrando una larga cola de brocado blanco que la seguía como una duda grave sobre el pensamiento. Al pasar, blanca y sencilla, inclinando la cabeza á los muchos saludos que de sus admiradores recibía, mostraba un aire de cansancio, sonreía con un pequeño esfuerzo visible que le fruncía los ángulos de la boca, y sus ojos parecían más grandes bajo su frente pálida y exangüe. No sólo la frente sino todas las líneas de su rostro asumían una extrema palidez, una tenuidad casi diríamos psíquica.

Ella no era ya la mujer sentada á la mesa de la Ateleta, ni la que se sentaba en el banco de la sala de ventas, ni aquella que permaneciera un instante de pie sobre la acera de la vía Sixtina. Su belleza tenía ahora una expresión de soberana idealidad,

que hacía la aparecer más esplendente en medio de las otras damas de rostro encendido por la danza, excitadas, demasiado movibles, algún tanto convulsas. Algunos hombres, al mirarla, quedaban pensativos. Aun en los espíritus más obtusos ó más fátuos infundía una turbación, una inquietud, una aspiración indefinibles. El que tenía el corazón libre imaginaba con un temblor sexual y profundo el amor de aquella mujer; el que tenía una amante experimentaba un obscuro pesar soñando con una embriaguez desconocida y no satisfecho por su corazón; el que llevaba dentro de sí la llaga de los celos ó de un engaño abierta por otra mujer, sentía que ella podría muy bien curarla.

Así avanzaba, entre homenajes, envuelta por las miradas de los hombres. Al final de la galería se unió á un grupo de damas que hablaban con gran animación agitando sus abanicos, bajo las pinturas de Perseo y de Fineo petrificadas. Eran la Ferentino, la Massa d' Albe, la marquesa Daddi-Tosinghi y la Dolcebuono.

—¿Cómo tan tarde?—le preguntó esta última.

—He dudado mucho, antes de venir, porque no me encuentro muy bien.

—En efecto, estáis pálida.

—Temo que se me reproducirá la neuralgia facial que padece el año pasado.

—¡Dios no lo permita!

—Mira, Elena, á la señora de Boissiere,—dijo Juanita Daddi, con su extraña voz ronca. ¿No parece un camello disfrazado de cardenal, con su peluca amarilla?

—La señorita Vanloo pierde esta noche la cabeza por su primo,—dijo la Massa d' Albe á la princesa, al ver pasar á Sofia Vanloo del brazo de Ludovico Barbarisi.—La he oído antes que suplicaba, después de una vuelta de polka, junto á mí: *«Ludovic, ne faites plus ça en dansant je frissonne toute...»*

Las damas se echaron á reír en coro, entre la agitación de sus abanicos. De la sala contigua llegaban las primeras notas de un vals húngaro. Los caballeros se presentaron en busca de pareja. Andrés, al fin, pudo ofrecer su brazo á Elena y arrastrarla consigo.

—¡Esperándoos he creído morir! Si no hubieseis venido, Elena, hubiera ido á buscaros á donde os encontrarais, sin importarme el sitio. Cuando os he visto entrar, he retenido con gran trabajo un grito. Esta es la segunda noche que os veo, y, sin embargo, me parece que os amo ya desde hace un siglo. El pensamiento de vos, único incesante, es ahora la vida de mi vida...

Estas palabras de amor profiriólas Andrés en voz baja, sin mirarla, teniendo los ojos fijos delante de sí; y ella le escuchaba en la misma actitud, impasible en apariencia, casi marmórea.

En la galería quedaban pocas personas. A lo largo de las paredes, entre los bustos de los Césares, los cristales opacos de las lámparas en forma de lirios, vertían una claridad igual, no muy fuerte. La profusión de las plantas verdes y floridas daba imagen de un invernadero suntuoso. Las ondas de la música se propagaban en el aire cálido, bajo las

cóncavas y sonoras bóvedas, pasando sobre toda aquella mitología como la brisa sobre un fastuoso jardín.

—¿Me amaréis?—preguntó el joven.—Decidme que me amaréis.

Elena respondió con lentitud.

—He venido aquí solamente por vos.

—¡Decidme que me amaréis!—repitió Andrés, sintiendo toda la sangre de sus venas afluir al corazón como un torrente de alegría.

Ella repuso:

—¡Quizá!

Y lo miró con la misma mirada que la noche anterior, habíale parecido á él una divina promesa; con aquella indefinible mirada que casi daba á la carne la sensación del tacto amoroso de una mano.

Después, callaron y pusieron atento oído á la confusa y rumbosa música de la danza, que de vez en cuando llegaba hasta ellos lenta y suave como un susurro ó estruendosa como un torbellino imprevisto.

—¿Queréis que bailemos?—preguntó Andrés que, al pensamiento de tenerla entre sus brazos temblaba como un azogado.

Ella dudó un poco, y, al fin, contestó:

—No; no quiero bailar...

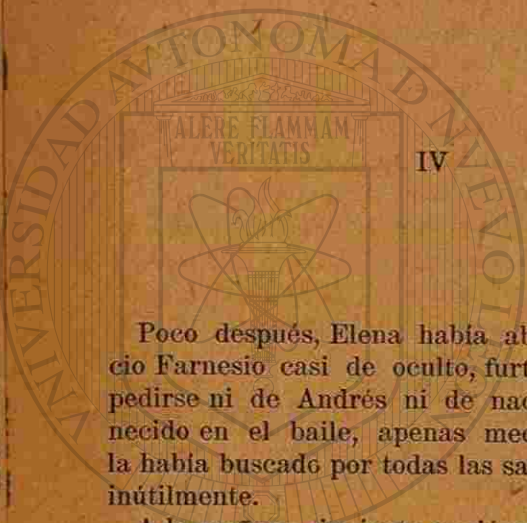
Y viendo entrar en la galería á la duquesa de Bugnara, su tía materna, y á la princesa Alberoni con la embajadora de Francia, añadió:

—Ahora, sed prudente; dejadme.

Y le tendió su mano enguantada, dirigiéndose después, al encuentro de las tres damas, sola, con

paso rítmico y ligero. Daba una soberana gracia á su persona y á su paso la larga cola blanca de su vestido de baile, porque la anchura y la pesantez del brocado contrastaban con la flexibilidad de su cintura.

Andrés, siguiéndola con los ojos, repetía mentalmente la frase por ella pronunciada: «He venido solamente por vos.» Ella, tan hermosa, estaba allí por él, sólo por él. Súbitamente, del fondo del corazón le subió un resto de la amargura que le habían causado las palabras de la Angelieri. La orquesta lanzábase con ímpetu á una *reprise*. Y el recuerdo de aquella noche, quedó para siempre grabado en su mente, sin olvidar jamás su imprevista angustia, ni la actitud de la mujer, ni el esplendor de la estofa arrastrada, ni el menor pliegue, ni la más mínima sombra, ni detalle alguno de aquel momento supremo.



Poco después, Elena había abandonado el palacio Farnesio casi de oculto, furtivamente, sin despedirse ni de Andrés ni de nadie. Había permanecido en el baile, apenas media hora. Sperelli la había buscado por todas las salas largo tiempo, inútilmente.

A la mañana siguiente envió un criado al palacio Barberini á adquirir noticias de ella, y supo que estaba mala. Por la noche fué en persona, con la esperanza de ser recibido; pero una camarera le dijo que la señora sufría mucho y no podía ver á nadie. El sábado, hacia las cinco de la tarde volvió, con la misma esperanza de ser recibido.

Salió á pie del palacio Zuccari. Era un crepúsculo violado y griseo, un poco lúgubre, que poco á poco se extendía sobre Roma como un pesado sudario. En torno á la fuente de la plaza Barberini los faroles ardían ya, con palidísimas llamas, como

cirios en torno de un féretro, y el Tritón no arrojaba agua, quizá por causa de alguna reparación ó de limpieza, ó por ornato público. Por la pendiente vía bajaban carros tirados por dos ó tres caballos puestos en fila y grupos de obreros que volvían de su trabajo. Algunos, cogidos del brazo, se bamboleaban cantando á voz en grito una canción impúdica.

Andrés se detuvo, para dejarlos pasar. Dos ó tres de aquellos rostros colorados y bisojos le quedaron impresos en su memoria. Observó que uno de los carreteros llevaba una mano vendada y la venda manchada de sangre. Así mismo observó otro carretero, arrodillado sobre el carro, que tenía la faz lívida, las órbitas hundidas, la boca contraída, como un hombre atosigado. Las palabras de la canción se mezclaban á los gritos guturales, á los golpes de la fusta, al rumor de las ruedas, al tintineo de los cascabeles, á las injurias, á las blasfemias, á las ásperas risas.

Su tristeza se agravó. Hallábase en una disposición de espíritu extraña. La sensibilidad de sus nervios era tan aguda que la más mínima sensación producida por las cosas exteriores parecía causarle una herida profunda.

Mientras un pensamiento fijo ocupaba y atormentaba todo su sér, sentía todo su sér expuesto á los golpes de la vida circundante. Contra toda enajenación de la mente y toda inercia de la voluntad, sus sentidos permanecían activos y vigilantes, y de esta actividad no tenía, sin embargo, más que una conciencia oscura é inexacta. Los grupos de sen-

saciones le atravesaban de improviso el espíritu, semejantes á grandes fantasmagorias en medio de una obscuridad, turbándolo y causándole espanto. Las nubes del ocaso, la sombría forma del Tritón en medio de un círculo de faroles mortecinos, el paso ó descenso bárbaro de aquellos hombres bestiales y de aquellas bestias enormes, los gritos, las canciones, las blasfemias, exasperaban su tristeza, suscitaban en su corazón un temor vago, como de un presentimiento trágico.

Un carruaje cerrado salía del jardín. Al fijar en él su mirada vió inclinarse al cristal un rostro de mujer que lo saludaba; pero no lo reconoció. El palacio elevábase delante de él, vasto como una morada regia; los cristales de las ventanas del primer piso brillaban con reflejos violáceos; sobre el remate del edificio se reflejaba una débil claridad; del vestibulo salía otro carruaje cerrado.

—Si pudiese verla—pensó deteniéndose.

Retardaba el paso para prolongar la incertidumbre y la esperanza. Ella le parecía muy lejana, casi perdida, en aquel edificio tan vasto.

El carruaje se detuvo, y un hombre asomó la cabeza á la portezuela, llamando:

—¡Andrés!

Era el duque de Grititi; uno de sus parientes.

—¿Vas á casa de la Scerni?—preguntóle con fina sonrisa.

—Sí,—contestó Andrés—voy á tomar noticias. Tú ya sabes, está enferma.

—Lo sé. Vengo de allí. Está mejor.

—¿Recibe?

—A mí, no. Pero á tí, quizás, podrá recibirte.

Y Grititi se echó á reir maliciosamente, entre el humo de su cigarrillo.

—No comprendo—dijo Andrés, con seriedad y rostro grave.

—¡Vaya! ¡vaya! Es inútil ya todo disimulo: se dice que estás ya en favor. Lo supe anoche en casa Pallavicini, por una de tus amigas, te lo juro.

Andrés hizo un gesto de impaciencia y se volvió para alejarse.

—¡*Bonne chance!*—le gritó el duque.

Andrés entró en el pórtico. Su vanidad gozaba ya por aquel «se dice» tan pronto esparcido, y sentíase ya más seguro, más ligero, más alegre, lleno de una íntima complacencia. Las palabras de Grititi habían levantado en un segundo su decaído ánimo, como un sorbo de un licor cordial. A medida que subía la escalera, su esperanza acrecía. Al llegar delante de la puerta se detuvo para contener su ansia. Después, llamó.

El criado lo reconoció, y dijo en seguida:

—Si el señor conde tiene la bondad de esperar un momento, voy á avisar á *Mademoiselle*.

Andrés asintió, y se puso á pasear por la vasta antecámara donde parecía que repercutiese fuertemente el tumulto de su sangre.

Las lámparas de hierro forjado iluminaban desigualmente el cuero de las paredes, las arcas y los bancos de madera tallada, los bustos antiguos sobre pedestales de brocatel. Bajo un baldaquino recamado resplandecían las armas ducales: un liocornio de oro en campo de gules. En medio de una mesa veíase un plato de bronce lleno de tarjetas; y, al

arrojar sobre ellas una mirada, vió la que acababa de dejar Grimiti.

En sus oídos le resonaba todavía el augurio irónico: *¡Bonne chance!*

Mademoiselle apareció, diciendo:

—La duquesa está un poco mejor. Creo que el señor conde podrá pasar á saludarla, un momento. Si así lo desea, puede venir conmigo.

Era, la señorita de compañía de la duquesa de Scerni, una mujer de juventud ya marchita, más bien delgada, vestida de negro, con dos ojos grises que brillaban singularmente entre los falsos rizos rubios. Tenía el paso y el gesto ligerísimos, casi furtivos, como de quien tenga la costumbre de vivir entre enfermos, ó de atender á oficios delicados ó de ejecutar órdenes secretas.

—Venga, señor conde.

Ella precedía á Andrés al atravesar las lujosas habitaciones, apenas iluminadas, sobre los mullidos y gruesos tapices que atenuaban todo rumor; y el joven, á pesar del infrenable tumulto de su espíritu experimentaba contra ella un sentimiento instintivo de repulsión, sin saber por qué.

Al llegar á una puerta que cubrían dos tapices orlados de terciopelo rojo, de la época de los Médicis, ella se detuvo, diciendo:

—Esperad aquí. Entro primero á anunciar al señor conde.

Una voz del interior de la estancia, la voz de Elena, llamó:

—¡Cristina!

Andrés sintió temblar sus venas con tal furia, al

percibir el sonido inesperado de aquella voz, que pensó: «La emoción me ahoga y me siento desfallecer.» Tenía como un obscuro presentimiento de una felicidad sobrenatural que superaba la tortura de su espectación, que excedería á sus sueños, que sobrepujaría sus fuerzas.—¡Ella estaba allí, al otro lado de aquella puerta!—Toda noción de la realidad huía de su espíritu. Le parecía tener, á un tiempo, pictórica ó poéticamente imaginada, una semejante aventura de amor, en las mismas circunstancias, con aquel mismo aparato, con aquel mismo fondo, con aquel mismo misterio; pero de la que *otro*, un personaje imaginario, era el héroe.

Mas, en aquellos momentos, por un extraño fenómeno fantástico, aquella ideal ficción de arte confundíase con el caso real, y esto le causaba un sentimiento indefinible de turbación y sobresalto.—Cada tira de tapicería que cubría el hueco de la misteriosa puerta tenía una figura simbólica. El Silencio y el Sueño, dos efebos, esbeltos y altos como hubiera podido dibujarlos el Primiticcio boloñes, custodiaban la puerta. Y era él, él mismo, el que estaba delante, en espera; y al otro lado de aquel simbólico tapiz, quizás en el lecho, respiraba la mujer amada.—El creía oír esta respiración en la propia palpitación de sus arterias.

Mademoiselle salió al fin. Y recogiendo y teniendo levantado con la mano el pesado tapiz, dijo en voz baja y con una sutil sonrisa:

—Podéis entrar.

Y se retiró á un lado para dejar libre el paso al visitante.

Andrés entró.

De pronto recibió la impresión de un aire bastante cálido, casi sofocante; en aquel ambiente sintió el olor especial del cloroformo; vislumbró algo encarnado en la sombra; el damasco rojo de las paredes, los cortinajes del lecho; oyó la voz fatigada de Elena que murmuraba:

—Os agradezco, Andrés, la visita. Estoy mejor.

Un poco vacilante, porque no veía distintamente las cosas á la débil y opaca luz que iluminaba la estancia, avanzó hasta el lecho.

Ella sonreía lánguidamente, con la cabeza hundida en las almohadas, en posición supina, en la penumbra. Una venda de lana blanca le cubría la frente y las mejillas, pasando por debajo de la barba, como una toca monacal; y, ni la piel del rostro era menos blanca que aquella venda. Los ángulos externos de sus párpados se reducían y comprimían por la contracción dolorosa de los nervios inflamados; á cortos intervalos el párpado inferior sufría un ligero temblor involuntario, y el ojo estaba húmedo, infinitamente suave, como velado por una lágrima que no pudiese rebosar, casi implorando entre las pestañas temblorosas.

Una inmensa ternura invadió el corazón del joven, cuando la vió de cerca. Elena sacó fuera una mano y se la tendió, con un gesto muy lento. El se inclinó, casi se arrodilló sobre el borde del lecho, y se puso á cubrir de besos rápidos y ligeros aquella mano que ardía, aquel pulso que latía con la fuerza de la calentura.

—¡Elena! ¡Elena! ¡Amor mío!

Elena había cerrado los ojos, como para saborear más íntimamente la ola de placer que le subía por el brazo, y le inundaba su palpitante seno, y le penetraba en sus más secretas fibras. Revolvía la mano bajo la ardorosa boca del apasionado amante, para sentir sus besos sobre la palma, sobre el dorso, entre los dedos, en torno al pulso, sobre todas sus venas, en todos sus poros.

—¡Basta!—murmuró, al fin, abriendo los ojos.

Y con la mano que sintió un poco entorpecida desfloró los cabellos de Andrés.

En esta caricia tan tenue había tanto abandono que ella fué para el alma del apasionado joven la hoja de rosa sobre el colmado cáliz.

La pasión desbordó, como torrente que rompe el dique que lo aprisionaba. Le temblaban los labios, bajo la onda confusa de palabras que él no conocía, que él no profería; experimentaba la sensación violenta y divina de una vida que se dilatase más allá de sus órganos.

—¡Qué dulzura! ¿Es verdad?—dijo Elena en voz baja, repitiendo su blanda caricia. Y un estremecimiento recorrió toda su persona visible, á través de la pesada cubierta de su lecho.

Como Andrés hiciera ademán de cogerle de nuevo la mano, ella suplicó:

—No... ¡Así, permanece así! ¡Me agrada tanto!

Oprimiéndole las sienes, hizole descansar la cabeza sobre el borde de la cama, de modo que él sentía contra su mejilla la forma de la rodilla de ella. Después lo contempló un poco, sin dejar de acariciarle los cabellos; y con una voz moribunda

de delicia, mientras que entre sus pestañas pasaba algo así como un relámpago blanco, añadió, prolongando las palabras:

—¡Cuánto me gusta!

Un indefinible aleteo voluptuoso se marcaba en la apertura de sus labios, cuando pronunciaba la primera sílaba de aquel verbo tan fluido y sensual en boca de una mujer.

—¡Todavía!—murmuró el amante, cuyos sentidos languidecían de pasión bajo la caricia de sus finos dedos, bajo la adulación de sus palabras.—¿Todavía? ¡Dime! ¡Habla!

—¡Me agrada tanto!—repetía Elena, viendo las miradas de Andrés, fijas en sus labios y conociendo quizá la fascinación que ella emanaba con aquellas palabras.

Después, ambos callaron. Cada uno sentía la presencia del otro, fluir y mezclarse á su sangre, hasta el punto de que el fluido emanado de él, daba la vida á ella, y la sangre de ella, la vida al amante. Un silencio profundo engrandecía la estancia; el crucifijo de Guido Reni daba un tinte religioso á la sombra de los cortinajes; el rumor de la ciudad llegaba hasta allí como el murmurio de una ola bastante lejana.

Entonces, con un movimiento repentino, Elena se incorporó sobre el lecho, estrechó entre sus dos palmas la cabeza del joven, lo atrajo á sí, le alentó sobre el rostro el hálito de su deseo, lo besó una y cien veces en los labios, en los ojos, en la frente... Por fin, cayó sobre el lecho y se ofreció.

Después, una inmensa tristeza la invadió; esa

tristeza oscura que hay en el fondo de toda felicidad humana, como en la embocadura de todos los ríos está el agua amarga. Ella, tendida é inmóvil sobre el lecho, tenía los brazos fuera de la colcha abandonados á lo largo de los flancos de la cama, las manos supinas, casi muertas, agitadas á cada momento por un ligero estremecimiento, y miraba á Andrés, con los ojos muy abiertos, con una mirada continua, inmóvil, intolerable. Una á una, las lágrimas empezaron á rebosar y descendieron por sus mejillas una á una, silenciosamente.

—Elena, ¿qué tienes? Dime: ¿qué tienes?—preguntóla el amante, cogiéndole las muñecas é inclinandose para beber las lágrimas de sus pestañas.

Ella apretaba fuertemente los dientes y los labios para reprimir un sollozo.

Al fin, balbuceó:

—Nada. Adios. Déjame; ¡te lo ruego! Me verás mañana. Véte.

Su voz y su gesto fueron tan suplicativos que Andrés obedeció.

—Adios—dijo él; y la besó en la boca, con gran ternura, gustando el sabor acre de las lágrimas, bañándose en aquel llanto cálido.—¡Adios! ¡Amame! ¡Acuérdate de mí!

Al traspasar el umbral parecióle oír detrás de sí una explosión de sollozos. Marchó adelante, un poco incierto, vacilando como un hombre que no tenga la vista muy segura. Percibía en sus sentidos el olor del cloroformo, semejante á un vapor de embriaguez; pero á cada paso algo íntimo le huía, se esparcía en la atmósfera y, por un impulso instinti-

vo, hubiera querido apoderarse, retener, envolverse, impedir aquella dispersión. Delante de él las estancias aparecían desiertas y mudas. Sobre el umbral de una puerta apareció de pronto *Madamoiselle*, sin haber dejado oír ningún rumor de pasos, ningún roce de vestidos, como un fantasma.

—Por aquí, señor conde. No encontrais la salida. Sonreía de una manera ambigua é irritante, y la curiosidad hacia más penetrantes sus ojos grises. Andrés no habló. De nuevo la presencia de aquella mujer érale molesta, le estorbaba, le despertaba, casi una repugnancia vaga, le causaba ira.

Apenas estuvo bajo el pórtico, respiró como un hombre librado de un angustioso peso. La fuente murmuraba entre los árboles quedamente, rompiendo á veces en un estrépito sonoro; todo el firmamento centelleaba de estrellas que algunas nubes gironadas envolvían como en largas cabelleras griseas ó en vastas redes negras; entre los colosos de piedra, á través de las cancelas, aparecían y desaparecían los faroles de los carruajes en curso; esparcíase en el aire frío el soplo de la vida urbana, las campanas sonaban á lo lejos y de cerca. Tenía, al fin, la conciencia completa de su felicidad.

Una felicidad llena, olvidadiza, libre, siempre nueva, sentida por ambos desde entonces. La pasión les envolvió y les hizo inconscientes de todo aquello que para ambos no fuese un goce inmediato. Admirablemente formados uno y otra en el espíritu y en el cuerpo, para el ejercicio de todos los más altos y los más raros deleites, ambos perseguían sin tregua lo Absoluto, lo Imposible, lo Inaccesible;

y llegaban tan allá, que á veces una obscura inquietud se apoderaba de ellos, aun en el colmo del olvido, como si una voz secreta subiese del fondo de su sér á advertirles de un ignoto castigo, de un término próximo. De su misma laxitud resurgía aún más sutil el deseo, más temerario, más imprudente: á medida que se embriagaban, la quimera de su corazón se agigantaba, se agitaba, generaba nuevos sueños; parecía que no encontraban reposo más que en el esfuerzo y en el exceso, como la llama no encuentra la vida sino en la combustión. A veces, una fuente inopinada de placer abriase en sus almas, como salta de pronto un surtidor de agua viva bajo las pisadas de un hombre que vague á la ventura por un bosque intrincado; y de ella bebían sin medida, hasta que la veían exhausta. Otras veces su alma, bajo el influjo de los deseos y por un singular fenómeno de alucinación, producía la imagen engañosa de una existencia más larga, más libre, más potente, ultradeliciosa, y ellos se sumergían, gozaban y respiraban en ella, como en su atmósfera natal. Las finuras y delicadezas del sentimiento y de la imaginación sucedían á los excesos de la sensualidad.

Ninguno de los dos ponía freno á la mutua prodigalidad de la carne y del espíritu. Experimentaban una alegría indecible en rasgar todos los velos, en descubrir todos los secretos, en violar todos los misterios, en poseerse hasta en lo profundo, en penetrarse, en mezclarse, en componer un sólo sér.

—¡Qué extraño amor!—decía Elena, recordando los primeros días, su enfermedad, su rápida deci-

sión.—Me hubiera entregado á tí, la misma noche que te vi.

Ella experimentaba una especie de orgullo.

Y el amante decía:

—Cuando oí, aquella inolvidable noche, anunciar mi nombre unido al tuyo, tuve, no sé por qué, la ínfima certidumbre de que mi vida estaba ligada á la tuya para siempre.

Ellos creían lo que decían. Juntos leyeron la elegía romana de Goethe: «*Lass dich, Geliebte, nicht reuen, dass du mir so schnell dich ergeben!...*» ¡No te arrepientas, querida, de haberte tan prontamente entregado! Créeme, yo de tí no guardo ningún pensamiento bajo é impuro. Los dardos del Amor tienen varios efectos: los unos arañan apenas, y del tóxico que se insinúa el corazón sufre muchos años; bien guarnecidos con plumas y armados de un hierro agudo y vivo, los otros penetran en la médula y súbitamente inflaman la sangre. En los tiempos heroicos, cuando los dioses y las diosas amaban, el deseo seguía á la mirada, el goce seguía al deseo. ¿Crees tú que la diosa del Amor había meditado largamente cuando, bajo los bosquecillos de Ida, Anquises un día le agradó? ¿Y la Luna? ¡Si ella dudaba la celosa Aurora hubiera presto despertado al hermoso pastor! Hero vió á Leandro en plena fiesta, y el apasionado amante se zambulló en la onda nocturna. Rea Silvia, la virgen regia, va á sacar agua en el Tiber y la arrebató el dios...»

Para ellos, como para el divino cantor de Faustina, Roma se iluminaba de una nueva luz. Por donde quiera que pasaban dejaban un recuerdo de amor.

Las iglesias del Aventino, Santa Sabina con sus bellas columnas de mármol de Paros, el hermoso jardín de Santa María del Priorato, el campanario de Santa María en Cosmedin, semejante á una viviente estrella rósea en el azul, conocían su amor. Las villas de los cardenales y de los príncipes, la villa Pamphily, que se contempla en sus fuentes y en sus lagos, toda graciosa y afable, todo bosque para encerrar un noble idilio, y donde los balaustres de piedra y las maderas arbóreas compiten en número; la villa Albani, fría y muda como un claustro, selva de mármoles esculpidos y museo de bojes centenarios, donde de los vestíbulos y de los pórticos, por entre las columnas de granito, las cariátides y los ermitorios símbolos de inmovilidad, contemplan la inmutable simetría del verde, y la villa Médicis, que semeja un bosque de esmeraldas ramificándose en una luz sobrenatural, y la villa Ludovisi, un poco salvaje, perfumada de violetas, consagrada por la presencia de Juno á quien Wolfgang adoró, donde en aquel tiempo los plátanos de Oriente y los cipreses de la Aurora, que parecían inmortales, se estremecían en el presentimiento del mercado y de la muerte; todas las villas patricias, soberana gloria de Roma, conocían su amor.

Las galerías de cuadros y de estatuas, la sala del palacio de los Borgias, donde delante de la Danae, Elena sonreía como delante de la revelación de sí misma, y la sala de los espejos, donde su imagen pasaba entre los amores de Ciro Ferri y las guirnaldas de Mario de Fiori; la cámara de Heliodoro, prodigiosamente animada de la más fuerte palpita-

ción de vida que el Sanzio haya sabido infundir á la inercia de una pared; y el departamento de los Borgia, donde la gran factura del Pinturicchio se desarrolló en un milagroso tejido de historias, de fábulas, de sueños, de caprichos, de artificios y de valentías, y la cámara de Galatea, por donde se difunde no sé qué pura frescura y qué serenidad inextinguible de luz, y el gabinete del Hermafrodito, donde el estupendo monstruo, nacido de la voluptuosidad de una ninfa y de un semidiós, extiende su forma ambigua entre los destellos de las piedras finas; todos los solitarios sitios de la Belleza conocían sus amores.

Ellos comprendían el sublime grito del poeta: *«Eine Welt zwar bist Du, ó Rom!—Tú eres un mundo, oh Roma! Pero sin el amor el mundo no sería el mundo, la misma Roma no sería Roma.»*—Y la escalera de la Trinidad, glorificada por la lenta ascensión del Día, era la escalera de la Felicidad por la ascensión de la bellísima Elena Muti.

Elena complaciase en subir á menudo por aquellas gradas al *buen retiro* del palacio Zuccari. Subía lentamente, siguiendo la sombra; pero su alma corría rápida á la cima. Muchas fueron las horas alegres y felices que midió el pequeño eráneo de márfil dedicado á Hipólita, que Elena acercaba é veces al oído con un gesto infantil, mientras oprimía la otra mejilla sobre el pecho de su amante, para escuchar á la par la fuga de los segundos y los latidos de su corazón. Andrés le aparecía siempre con un aspecto nuevo. Algunas veces, ella permanecía casi atónita ante la infatigable vitalidad de aquel

espíritu y de aquel cuerpo. Otras, las caricias de su amante le arrancaban un grito, en el cual exhalábase todo el terrible espasmo del sér angustiado por la violencia de la sensación. Muchas, entre los brazos de su amado, sentíase presa de una especie de sopor estático, en el que ella creía trocarse, por la transfusión de otra vida, en una criatura diáfana, fluida, penetrada de un elemento inmaterial, purísima; mientras que todas las pulsaciones, en su multitud, le daban imagen del temblor incesante de un mar tranquilo en el estío. Tambien, á veces, entre los brazos, sobre el pecho de su adorado, después de las caricias, sentía dentro de si la voluptuosidad aquietarse, adormecerse, á semejanza de un agua hirviendo que poco á poco se aquietaba; pero si el amante respiraba más fuerte ó hacía el menor movimiento, ella sentía de nuevo una onda inefable atravesarla de la cabeza á los pies, vibrar disminuyendo y, al fin, morir. Esta «espirituación» del goce carnal, causada por la perfecta afinidad de los cuerpos, era quizás el más saliente entre los fenómenos de su pasión. Ella, á veces, tenía lágrimas más dulces que los besos.

Y en los besos ¡qué dulzura más profunda! Hay bocas de mujer que parecen encender de amor el hálito que las abre. Las embermejece una sangre más rica que la purpura, ó las hiela una palidez de agonía; las ilumina la bondad de un consentimiento ó las obscurece una sombra de desdén; las despliega el placer ó las tuerce el sufrimiento; llevan siempre en sí un enigma que turba á los hombres de inteligencia y los atrae y los cautiva. Una asidua

discordia entre la expresión de los labios y la de los ojos engendra el misterio; parece que una doble alma se les revela con diversa belleza, alegre y triste, helada y apasionada, cruel y misericordiosa, humilde y orgullosa, sonriente é irónica; y esta ambigüedad suscita la inquietud en los espíritus que se complacen de las cosas oscuras. Dos artistas del siglo xv, meditativos, perseguidores infatigables de un ideal raro y supremo, psicólogos agudísimos, á quienes se deben quizá los más sutiles análisis de la fisonomía humana, sumidos de continuo en el estudio ó en la pesquisa de las dificultades más arduas y de los secretos más ocultos, Botticelli y Vinci, comprendieron y rindieron por vario modo en su arte toda la indefinible seducción de tales bocas.

En los besos de Elena había, en verdad, para su amado, el más sublime elixir de la voluptuosidad. De todas las mezclas carnales aquella parecía la más completa, la más perfecta. Creían á veces que la viva flor de sus almas se deshacía bajo la presión de sus labios, esparciendo un jugo de delicia por todas sus venas, que afluíá al corazón; y, otras veces, experimentaban la sensación ilusoria como de un fruto tierno y húmedo que se les derritiera en el corazón. Tan perfecta era la conjunción, que una forma parecía el natural complemento de la otra. Para prolongar el sabor, contenían la respiración hasta que se sentían morir de angustia, mientras las manos de la una temblaban sobre las sienes del otro perdidamente. Al separarse se miraban con los ojos fluctuantes en una niebla de torpeza.



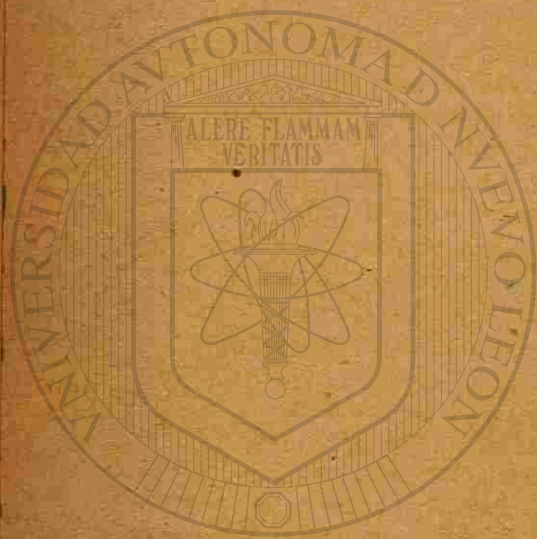
Se rebujaba en el manto zodiacal

Y ella decía, con la voz un poco ronca, sin fuerzas para sonreír:—Moriremos.

A veces, al revés, él cerraba los párpados esperando. Ella, que conocía aquel artificio, inclinábase sobre él con meditada lentitud á besarlo. No sabía el amado dónde recibiría aquel beso que, en su voluntaria ceguedad, vagamente presentía. En aquel minuto de espectación y de incertidumbre, un ansia indescriptible agitaba todos sus miembros, semejante en su intensidad al terror de un hombre vendado que estuviera bajo la amenaza de una marca de fuego. Cuando, por fin, los labios lo tocaban, reprimía con esfuerzo un grito. Y la tortura de aquel minuto le agradaba, porque no es raro que el sufrimiento físico en el amor atraiga más que el halago. Elena también, por ese singular espíritu imitativo que impulsa á los amantes á devolver exactamente una caricia, quería probar.

—Me parece—decía, con los ojos cerrados,—que todos los poros de mi piel sean como un millón de pequeñas bocas anhelantes de la tuya y anhelosas de ser elegidas, envidiosas la una de la otra...

Y entonces, por equidad, él se ponía á cubrirla de besos rápidos y espesos, recorriendo todo su cuerpo, sin dejar intacto el más mínimo espacio, sin interrumpir un segundo su obra. Ella reía, feliz, sintiéndose envolver como por un invisible velo húmedo y cálido; reía y gemía, loca, sintiendo la furia de aquellos besos tempestuosos; reía y lloraba, delirante en el paroxismo del placer, no pudiendo ya soportar aquel devorante ardor. Después, con un esfuerzo repentino, aprisionaba entre sus brazos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

el cuello de su amado, le enlazaba con sus cabellos, lo estrechaba y lo retenía como á una presa palpitante. Y él, fatigado, contento y feliz en ceder, permanecía cautivo de aquellos lazos.

Elena, contemplándole, exclamaba:

—¡Cuán joven eres!

La juventud en él, á pesar de todas las corrupciones, de todas las disipaciones, resistía, persistía, á semejanza de un metal inalterable, de un aroma indestructible y tenaz. El esplendor sincero de la juventud era, precisamente, su cualidad más preciosa. A la gran llama de la pasión, cuanto en él había de más falaz, de más triste, de más artificioso, de más vano, se consumía como en una hoguera. Tras la disolución de la fuerza producida por el abuso del análisis y de la acción *separada* de todas las esferas interiores, volvía á la unidad de las fuerzas, de las acciones, de la vida; reconquistaba la confianza y la espontaneidad; amaba y gozaba siempre juvenilmente. Algunos de sus abandonos parecían más propios de un muchacho inconsciente; algunos de sus caprichos estaban llenos de gracia, de frescura y de ardor.

—Algunas veces—le decía Elena,—mi ternura por tí se hace más delicada que la de una amante. Yo no sé... se vuelve casi maternal.

Andrés reía, porque ella era mayor apenas en tres años.

—Algunas veces—decíala él,—la comunión de mi espíritu con el tuyo me parece tan casta que yo te llamaría hermana, besándote las manos.

Estas falaces purificaciones y elevaciones del

sentimiento ocurrían siempre en los lánguidos intervalos del placer, cuando sobre el reposo de la carne el alma experimentaba una vaga necesidad de idealidad. Entonces, también, resurgían en el joven las idealidades del arte que él amaba; y en su inteligencia se agrupaban todas las formas en otro tiempo buscadas y contempladas, que pedían salir, y las palabras del monólogo goethiano le estimulaban.—«¿Qué puede bajo tus ojos la ardiente naturaleza? ¿Qué puede la forma del arte en torno de tí si la apasionada fuerza creadora no te llena el alma y no afluye á la punta de tus dedos, incesantemente, para producir?» El pensamiento de dar alegría á la amante por un verso numeroso ó con una línea noble, lo empujaba á la otra. Escribió *La Simona*, é hizo las dos aguas fuertes, la del *Zodiaco* y la de *La Copa de Alejandro*.

El cogía, en el ejercicio del arte, los instrumentos difíciles, exactos, perfectos, incorruptibles: la métrica y la incisión, é intentaba proseguir y renovar las formas tradicionales italianas, con severidad, realizándose á los poetas del *estilo nuevo* y á los pintores que precedieron al *Renacimiento*. Su espíritu era esencialmente *formal*. Más que el pensamiento amaba la expresión. Sus ensayos literarios eran ejercicios, juegos, estudios, requisas, experimentos técnicos, curiosidad. Pensaba, con Enrique Heine, que es más difícil componer seis versos hermosos que ganar una batalla campal. Su *Fábula del Hermafrodito* imitaba en la estructura la *Fábula de Orfeo*, de Poliziano, y tenía estrofas de extraordinaria delicadeza, potencia y armonía,

especialmente en los coros de monstruos de doble naturaleza: centauros, sirenas y esfinges. Su nueva tragedia *La Simona*, de forma breve, tenía un sabor singularísimo. Magüer rimara en el antiguo metro toscano, parecía imaginada por un poeta inglés del siglo de Isabel sobre una novela del *Decamerón*, y encerraba en sí una parte del dulce y extraño encanto que hay en algunos pequeños dramas de Guillermo Shakespeare.

En el frontispicio del *Ejemplar Único* el poeta señaló así su obra: «A. S. CALCOGRAPHUS AQUA FORTI SIBI TIBI FECIT.»

El cobre le atraía más que el papel, el ácido nítrico más que la tinta, el buril más que la pluma. Ya uno de sus antepasados, Justo Sperelli, había ensayado el grabado. Algunas de sus estampas, ejecutadas allá por el año 1520, revelaban manifiestamente la influencia de Antonio Pollajuollo por la profundidad y casi diríamos lo acerbo del dibujo. Andrés tenía la factura de Rembrandt á trazos libres y la *manera negra* predilecta de los pintores ingleses de la escuela de Green, del Dixon, del Earlom. Había formado su educación artística inspirándose en todos los ejemplares, había estudiado detenidamente el efecto perseguido por cada grabador, había aprendido de Alberto Durero y del Parmigianino, de Marco Antonio y del Holbein, de Anibal Caracci y de Mac-Ardell, de Guido y de Callotta, de Toschi y de Gerardo Audrán; pero su estilo y su manera propia, sobre el cobre, era éste: hermanar con los efectos de luz del Rembrandt las elegancias de dibujo de los artistas florentinos per-

tenecientes á la segunda generación, como Sandro Boticelli, Dominico Ghirlandajo y Filipino Lippi.

Sus dos últimos cobres representaban, en dos episodios de amor, dos actitudes de la Belleza de Elena Muti, y tomaba el título de los accesorios.

Entre los objetos más preciosos que poseía Andrés Sperelli había una colcha de seda fina, de un color azul pálido, con los doce signos del Zodiaco bordados á su alrededor, con las denominaciones Aries, Taurus, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpión, Sagitarius, Capricornio, Acuario y Piscis con caracteres góticos. Un Sol respunteado ocupaba el centro del círculo; las figuras de los animales, dibujadas con un estilo un poco arcaico que recordaba el de los mosaicos, tenían un esplendor extraordinario: toda la estofa era digna de cubrir un tálamo imperial. Ella, en efecto, provenía del equipo de Blanca María Sforza, sobrina de Ludovico el Moro, esposa que fué del emperador Maximiliano.

La desnudez de Elena no podía, en verdad, tener un más rico ropaje. A veces, mientras Andrés estaba en otra habitación, ella se desnudaba rápidamente y se metía en la cama, debajo de la admirable colcha, y llamaba á su amante. Y cuando éste acudía al llamamiento, recibía la impresión de una divinidad envuelta en una zona de firmamento. También, á veces, para ir á la chimenea, levantábase del lecho, llevando consigo el ropaje sideral. Friolenta, se rebujaba toda ella en el manto zodiacal, y caminaba á pie descalzo, con paso breve, para no enredarse con los pliegues abundantes. El sol

resplandecía en las espaldas, á través de los cabellos sueltos, el Escorpión le cogía un pecho; un gran fragmento zodiacal arrastraba detrás de ella, sobre la alfombra, barriendo las rosas que acababa de esparcir.

Una de las aguas fuertes representaba precisamente á Elena, dormida, bajo los signos celestes. La forma femenina aparecía moldeada por los pliegues de la estofa, con la cabeza abandonada un poco fuera del borde del lecho, con los cabellos lloviendo en cascada y que lamían el tapizado suelo, con un brazo colgante y el otro á lo largo del costado. Las partes no ocultas, ó sea el rostro, el seno y los brazos, eran luminosísimos, y el buril había dado gran relieve al centelleo de los recamos en la penumbra y el misterio de los símbolos. Un alto lebrél blanco, *Famulus*, hermano del que posa la cabeza sobre las rodillas de la condesa d'Arundel en el cuadro de Pedro Pablo Rubens, extendía el cuello hacia la dama, mirando, firme sobre sus cuatro patas, dibujado con una feliz valentía de escurzo. El fondo de la estancia era opulento y obscuro.

La otra agua fuerte referíase al histórico jarrón de plata que Elena Muti había heredado de su tía Flaminia, y que se llamaba la «Copa de Alejandro».

Este histórico jarrón fué donado á la princesa de Bisentí por César Borgia, antes de partir para Francia á llevar la bula de divorcio y las dispensas del matrimonio á Luis VII, y debía de haber formado parte del fabuloso equipaje que el Valentino

llevó consigo á su entrada en Chinon, descrita por el señor de Brantôme. El dibujo de las figuras que giraban en torno, y las que surgían de los bordes de las dos extremidades, se atribuían al Sanzio.

La copa se llamaba de Alejandro porque fué compuesta en memoria de aquella otra prodigiosa, en la que en los grandes festines solía prodigiosamente beber el Macedonio. Grupos de Sagitarios contorneaban los flancos del vaso, con los arcos tendidos, tumultuosos, en las actitudes admirables de aquellos otros que Rafael pintó desnudos y saeteando contra l'Erma en el fresco que hay en la sala del palacio de los Borgias, decorada por Juan Francisco Bolognesi. Perseguían una gran Quimera, que surgía por encima del borde, como una asa, en la extremidad del vaso, mientras en la parte opuesta brincaba el joven sagitario Bellerofonte, con el arco tendido contra el monstruo nacido del Tifón. Los adornos de la base y del borde eran de una muy rara elegancia. El interior estaba dorado como el de un copón; el metal era sonoro como un instrumento; su peso, de trescientas libras, y su forma era en un todo armoniosa.

A menudo, por capricho, Elena Muti tomaba en aquella copa su baño matutino; pues en ella podía muy bien sumergir, si no tender, toda su persona, y nada, en verdad, igualaba la suprema gracia de aquel cuerpo recogido en el agua que el dorado tenía de una indescriptible tenuidad de reflejos, porque el metal no estaba plateado todavía y el oro moría.

Encantado de las tres formas diversamente ele-

gantes, la de la mujer, la de la copa y la del lebril, el artista encontró una composición de líneas bellísimas. La mujer, desnuda, en pie, dentro del jarrón, apoyándose con una mano sobre la saliente de la Quimera y con la otra sobre la del Bellerofonte, se inclinaba hacia adelante para halagar al perro que, plegado en arco sobre las patas delanteras abatidas y sobre las posteriores derechas, á semejanza de un felino cuando va á saltar, alargaba hacia ella el hocico largo y sutil como el de un sollo, agudamente.

Jamás Andrés Sperelli había gozado y sufrido con más ardor la intensa ansiedad del artista al vigilar la acción del ácido, ciega é irreparable; jamás había con más ardor aguzado la paciencia en la sutillísima obra de la punta seca sobre las asperezas de los pasajes. El había nacido, en verdad, calcógrafa como Lucas de Olanda. Poseía una ciencia admirable (que era quizás un raro sentido) de todas las mínimas particularidades de tiempo y de grado que concurren á variar infinitamente sobre el cobre la eficacia del agua fuerte. No solamente la práctica, la diligencia y la inteligencia, si que aquella especie de sentido nativo, casi infalible, le advertía del momento preciso, del instante puntual, en que la corrosión llegaba á dar tal preciso valor de sombra que en la intención del artista debía tener la estampa. Y en el dominar tan espiritualmente aquella energía bruta, y casi pudiera decirse, en el infundirle su espíritu de arte y en el sentir no se qué oculta correspondencia de medida entre el batar de su pulso y el progresivo morder del ácido,

estaba su embriagador orgullo, su tormentosa alegría.

A Elena parecía ser deificada por su amante, como Isotta lo había sido en las indestructibles medallas que Segismundo Malatesta hizo acuñar para glorificarla.

Pero ella, en los días precisamente en que Andrés atendía á su obra, se ponía triste y taciturna y suspirosa, como bajo la presión de una secreta é íntima angustia. Tenía de improviso, efusiones de ternura tan arrebatadora, mezclada de lágrimas y de sollozos mal reprimidos, que el joven quedaba atónico, lleno de sospechas, sin comprender.

Una tarde regresaban á caballo del Aventino, por la pendiente de la vía de Santa Sabina, llevando todavía en sus retinas la gran visión de los palacios imperiales incendiados por el crepúsculo, rojos de llamas entre los cipreses negruzcos que penetraba un polvillo de oro. Cabalgaban en silencio, porque la tristeza de Elena habíase comunicado al amante. Frente á Santa Sabina, Andrés detuvo su bayo corcel, diciendo:

—¿Te acuerdas?

Algunas gallinas, que picoteaban en paz entre los montones de hierbas, se dispersaron á los ladridos de *Famulus*. La plaza, invadida por las granas, estaba tranquila y silenciosa como el sagrario de una aldea; pero los muros tenían esa luminosidad singular que refleja de los edificios de Roma «en la hora del Tiziano».

Elena se detuvo también.

—¡Cuán lejano parece aquel día!—dijo, con voz algún tanto temblorosa.

En efecto, aquel recuerdo se perdía indefinidamente en el tiempo, como si su amor durase muchos meses, muchos años. Las palabras de Elena habían suscitado en el alma de Andrés esta ilusión extraña, á la par que una inquietud. Ella se puso á recordar todas las particularidades de aquella visita, hecha en un mediodía del mes de Enero, bajo un sol precozmente primaveral. Se extendía en minuciosidades, insistiendo, y de vez en cuando interrumpíase como quien sigue, más allá de sus palabras, un pensamiento no expresado. Andrés creyó sentir en la voz de su amada un lamento. ¿Qué lamentaba ella? ¿Su amor no veía ante sí días aún más dulces? ¿La primavera no estaba ya en Roma?

El, perplejo, casi no la escuchaba ya. Sus caballos bajaban al paso, uno al lado del otro, resollando fuertemente por sus dilatadas narices ó acercando sus hocicos como para confiarse un secreto. *Famulus* marchaba delante y detrás, en perpetua carrera.

—¿Te acuerdas,—seguida preguntando Elena,—te acuerdas de aquel fraile que nos vino á abrir cuando hicimos sonar la campanilla?

—Sí, sí...

—¡Con qué ojos más estupefactos nos miró! Era pequeño, muy bajo, sin barba, con el rostro muy rugoso. Nos dejó solos en el atrio, para ir á buscar las llaves de la iglesia, y entonces tú me besaste. ¿Recuerdas?

—Sí.

—¡Y todos aquellos barriles en el atrio! ¿Y aquel olor de vino, mientras que el fraile nos explicaba

las historias esculpidas en la puerta de los cipreses? ¿Y después, la Virgen del Rosario? ¿Te acuerdas? La explicación te hizo reír y yo al oírte reír, no me pude contener, y reímos tanto delante de aquel pobre hermano que se avergonzó y no abrió más la boca, ni aún á lo último para darte las gracias.

Después de un corto intervalo de silencio, agregó:

—¿Y en San Alejo, cuando no quisiste dejarme ver la cúpula por el agujero de la cerradura? ¡Cómo reímos también allí!

De nuevo se calló. Un cortejo fúnebre subía por el camino acompañando un féretro, seguido por un carruaje de alquiler lleno de parientes que lloraban. El muerto era conducido al cementerio de los Israelitas. Era un entierro mudo y frío. Todos los hombres que componían el cortejo tenían la nariz grande y los ojos rapaces, y se semejaban entre sí como consanguíneos.

A fin de que el cortejo pasase, los dos caballos se separaron, tomando cada uno un lado al rás de la pared, y los amantes se miraron por encima del muerto, sintiendo acrecer su tristeza.

Cuando se reunieron, Andrés preguntó:

—Pero, ¿qué es lo que tienes? ¿En qué piensas?

Ella dudó, antes de responder. Tenía los ojos bajos y fijos en el cuello del animal, acariciándolo con el puño del látigo, irresoluta y pálida.

—¿En qué piensas?—repitió el joven.

—Pues bien, ya que tanto empeño muestras, voy á decírtelo. El próximo miércoles parto, no sé para cuanto tiempo; quizás para mucho, tal vez para

siempre, ¡quién sabe!... Nuestro amor se rompe por mi culpa; pero no me preguntes cómo, no me preguntes por qué, no me preguntes nada, ¡te lo ruego! No podría contestarte.

Andrés la miró, casi incrédulo. La cosa le parecía tan imposible, que no le causó dolor ni pesadumbre.

—Tú lo dices en broma, ¿no es verdad, Elena?

Ella sacudió la cabeza, negando, porque se le había cerrado la garganta, y, súbitamente puso su caballo al trote. Detrás de ellos las campanas de Santa Sabina y de Santa Prisca empezaron á sonar en el crepúsculo. Trotaban en silencio, despertando los ecos bajo los arcos, bajo los pórticos de los templos, en las ruinas solitarias y vacías. Dejaron á la izquierda San Jorge de Velabro, que guardaba todavía el resplandor rojizo del ocaso en los ladrillos del campanario, como en aquel lejano día de felicidad. Costearon el Foro romano, el Foro de Nerva, ya envueltos de una sombra azulada, semejante á la de las nevadas durante la noche. Por fin, se detuvieron bajo el Arco de los Plátanos, donde les esperaban sus palafreneros y el carruaje.

Así que Elena se apeó de su gallardo trotón, tendió la mano á Andrés, evitando mirarle en los ojos. Parecía que tuviese gran prisa en alejarse.

—¿Y bien?—preguntóla Andrés, ayudándola á subir en su coche.

—Hasta mañana. Esta noche, no.

V

La despedida sobre la vía Nomentana, aquel adiós al aire libre exigido por Elena, no resolvió ninguna de las dudas que Andrés tenía en su alma: —¿Cuáles serían las secretas razones de aquella súbita partida?—En vano trataba de penetrar el misterio; las dudas seguían atormentando su espíritu.

Durante los primeros días, los asaltos del dolor y del deseo fueron tan crueles, que el abandonado amante pensó morir. Los celos, que después de los primeros accesos habíanse disipado ante el asiduo ardor de Elena, resurgían en él, despertados por los pensamientos impuros; y la sospecha de que un hombre pudiera esconderse en el fondo de aquella oscura intriga, le causaba un tormento insostenible. A veces invadía una baja cólera contra la

siempre, ¡quién sabe!... Nuestro amor se rompe por mi culpa; pero no me preguntes cómo, no me preguntes por qué, no me preguntes nada, ¡te lo ruego! No podría contestarte.

Andrés la miró, casi incrédulo. La cosa le parecía tan imposible, que no le causó dolor ni pesadumbre.

—Tú lo dices en broma, ¿no es verdad, Elena?

Ella sacudió la cabeza, negando, porque se le había cerrado la garganta, y, súbitamente puso su caballo al trote. Detrás de ellos las campanas de Santa Sabina y de Santa Prisca empezaron á sonar en el crepúsculo. Trotaban en silencio, despertando los ecos bajo los arcos, bajo los pórticos de los templos, en las ruinas solitarias y vacías. Dejaron á la izquierda San Jorge de Velabro, que guardaba todavía el resplandor rojizo del ocaso en los ladrillos del campanario, como en aquel lejano día de felicidad. Costearon el Foro romano, el Foro de Nerva, ya envueltos de una sombra azulada, semejante á la de las nevadas durante la noche. Por fin, se detuvieron bajo el Arco de los Plátanos, donde les esperaban sus palafreneros y el carruaje.

Así que Elena se apeó de su gallardo trotón, tendió la mano á Andrés, evitando mirarle en los ojos. Parecía que tuviese gran prisa en alejarse.

—¿Y bien?—preguntóla Andrés, ayudándola á subir en su coche.

—Hasta mañana. Esta noche, no.

V

La despedida sobre la vía Nomentana, aquel adiós al aire libre exigido por Elena, no resolvió ninguna de las dudas que Andrés tenía en su alma: —¿Cuáles serían las secretas razones de aquella súbita partida?—En vano trataba de penetrar el misterio; las dudas seguían atormentando su espíritu.

Durante los primeros días, los asaltos del dolor y del deseo fueron tan crueles, que el abandonado amante pensó morir. Los celos, que después de los primeros accesos habíanse disipado ante el asiduo ardor de Elena, resurgían en él, despertados por los pensamientos impuros; y la sospecha de que un hombre pudiera esconderse en el fondo de aquella oscura intriga, le causaba un tormento insostenible. A veces invadía una baja cólera contra la

mujer ausente, un rencor lleno de amargura y casi una necesidad de venganza, como si ella lo hubiera engañado ó hecho traición para abandonarse á otro amante. También creía á veces no desearla ya, no amarla ya, no haberla amado jamás; y no era para él un fenómeno nuevo, esta cesación momentánea de su sentimiento, esta especie de síncope espiritual que, por ejemplo, le hacía completamente extraña en medio de un baile la mujer predilecta, y le permitía asistir á una alegre comida una hora después de haber bebido las lágrimas de la mujer amada. Pero estos olvidos eran de corta duración. La primavera romana florecía con inaudita alegría: la ciudad de los mármoles y los ladrillos absorbía la luz, como una árida selva; las fuentes papales se elevaban en un cielo más diáfano que una gema y la plaza de España olía como un rosal, y la Trinidad del Monte, sobre la gran escalinata poblada de muchachos, parecía una catedral de oro.

A las excitaciones que le producían las nuevas bellezas de Roma, cuanto quedaba en él del encanto de aquella mujer, en la sangre y en el alma, reavivábase y se encendía nuevamente. Y sentíase turbado, hasta en lo más profundo de su sér por invencibles angustias, por implacables tumultos, por indefinibles languideces, que semejaban algo á las de la pubertad.

Una noche, en casa de la Dolcebuono, después de un thé, habiendo quedado el último en el salón lleno de flores y vibrante todavía de una *cachucha* del Raff, habló de amor á doña Blanca; y no se arrepintió ni aquella noche, ni después.

Su aventura con Elena Muti era á la sazón muy comentada, como lo son antes ó después y más ó menos, en la sociedad elegante de Roma y en toda otra sociedad del gran mundo, todas las aventuras amorosas y todas las *flirtations*. Las precauciones fueron inútiles. Cada cual allí es tan buen conocedor de la mimica erótica, que le basta sorprender un gesto, una actitud, una mirada para tener un indicio seguro, mientras los amantes, ó los que están para serlo, nada sospechan. Por otra parte, hay en toda sociedad algunos curiosos que hacen profesión de descubrir y que andan siempre á la zaga de los vestigios de los amores de los otros, con no menos perseverancia que sabuesos á la pista de la caza. Están siempre vigilantes, sin parecerlo: sorprenden infaliblemente una palabra murmurada, una sonrisa tenue, un pequeño sobresalto, un leve rubor, un relámpago de los ojos; en los bailes, en las grandes fiestas, donde son más probables las imprudencias, giran de continuo, saben insinuarse en lo más velado, con un arte extraordinario, como en las multitudes los rateros, y todo oídos para sorprender un fragmento de diálogo, todo ojos detrás del cristal de sus lentes, prontos á observar un apretón de manos, una languidez, un temblor, la presión nerviosa de una mano femenina sobre la espalda de un caballero.

Un terrible sabueso era, por ejemplo, don Felipe del Monte, el comensal de la marquesa de Ateleta. Pero, en verdad, Elena Muti no se preocupaba mucho con la maledicencia mundana, y en esta su última pasión, había llegado á una temeridad casi

loca. Ella cubría toda audacia con su belleza, con su lujo, con su alto nombre; y pasaba siempre saludada, admirada, adulada por aquella cierta afable tolerancia, que es una de las más amables cualidades de la aristocracia romana, que nació quizá precisamente del mismo abuso de la murmuración.

Además, la aventura había desde luego realzado á Andrés Sperelli, á los ojos de las damas á un alto grado de prestigio. Un aura de favor lo envolvió, y su fortuna en poco tiempo, llegó á hacerse maravillosa. Un fenómeno bastante frecuente en la sociedad moderna, es el contagio del deseo. Un hombre que haya sido amado por una mujer de singular valer, excita en las otras la imaginación, y cada una de por sí arde por poseerlo, por vanidad ó por curiosidad, por envidia ó por deseo, á porfía. El hechizo de don Juan está más en su fama que en su persona.

Por otra parte, la reputación que tenía de artista misterioso, ayudaba mucho al joven Sperelli; y habían sido muy celebrados dos sonetos, escritos por él en el álbum de la princesa de Ferentino, en los cuales como en un dístico antiguo habrá elogiado una boca diabólica y una boca angélica: la que pierde las almas y la que dice *Avè*.

La gente vulgar no comprende, ni siquiera imagina, los profundos y nuevos goces que lleva al amor la aureola de la gloria, aún siendo pálida ó falsa. Un amante obscuro aunque tuviese la fuerza de Hércules y la belleza de Hipólita y la gracia de Ila, no podrá jamás dar á su amada las delicias que el artista, aún inconsciente, derrama en abundancia en los ambiciosos espíritus femeniles. Gran

dulzura debe ser para la vanidad de una mujer el poder decir:—En cada carta que él me escribe hay quizás la más pura llama de su inteligenciá, de cuyo calor gozaré yo sola; en cada una de sus caricias él pierde una parte de su voluntad y de su fuerza; y sus más altos sueños de gloria caen en los pliegues de mi vestido, en los círculos que señala mi respiración!

Andrés Sperelli no dudó un instante delante de las lisonjas. A aquella especie de recogimiento ó de indiferencia, producido en él por el dominio único de Elena, sucedía ahora el desenvolvimiento. No retenidas por los lazos de fuego que le estrechaban como en un haz, sus fuerzas volvían al primitivo desorden. No pudiendo ya conformarse, adaptarse, asimilarse ó una superior forma dominadora, su alma camaleónica, mudable, fluida, virtual, se transformaba, se deformaba, tomaba todas las formas. Pasaba de uno á otro amor con increíble ligereza; acariciaba á un mismo tiempo diversos amores; seguía, sin escrúpulos, una gran trama de engaños, de ficciones, de mentiras, de insidias, para recoger el mayor número de presas. El hábito de la falsedad le embotaba la conciencia. Por la continua falta de reflexión, hacíase poco á poco impenetrable á sí mismo, permanecía fuera de su misterio. Poco á poco llegaba casi á no ver ya su vida interior, del mismo modo que el hemisferio externo de la tierra no ve el sol aún estando á él ligado indisolublemente. Siempre vivo, despiadadamente vivo, estaba en él su instinto: el instinto del disgusto de todo lo que le atraía sin cautivarlo. Y su voluntad,

inútil como una espada de mal temple, colgaba al costado de un ébrio ó de un inerte.

A veces, el recuerdo de Elena, resurgiendo de improviso, le llenaba el corazón; pero él, ó bien procuraba sustraerse á la melancolía del pesar, ó bien al contrario, complaciase en revivir en su imaginación viciada el exceso de aquella vida, para encontrar un estimulante á sus nuevos amores. Repetíase á sí mismo con frecuencia las palabras del *lied*: ¡Recuerda los días pasados! ¡Y posa sobre los labios de la *segunda* besos tan suaves como los que dabas á la *primera*, no há mucho tiempo!

Mas, ya la segunda habíale salido del alma. Muy luego había hablado de amor á doña Blanca Dolcebuono, al principio sin casi pensarlo, instintivamente atraído quizá, por virtud de un indefinido reflejo que á él venía del ser amigo de Elena. Tal vez germinaba en su corazón el pequeño gérmen de simpatía que habían arrojado en él las palabras de la condesa florentina, en la comida de casa Doria. ¿Quién sabe porque misterioso proceder un cualquier contacto espiritual ó material entre un hombre y una mujer, magüer insignificante, puede generar y alimentar en ambos un sentimiento latente, inadvertido, no sospechado, que tras mucho tiempo las circunstancias hagan emerger en un instante? Es el fenómeno mismo que encontramos en el orden intelectual, cuando el gérmen de un pensamiento ó la sombra de una imagen, se presentan de momento, después de un largo intervalo por un desarrollo inconsciente, elaborados en imágenes perfectas, en pensamientos complejos. Las mismas leyes

gobiernan todas las actividades de nuestro sér, y las actividades que nosotros conocemos no son sino una parte de nuestras mismas actividades.

Doña Blanca Dolcebuono era el tipo ideal de la belleza florentina, cual fué producida por Ghirlandajo en el retrato de Juana Tornabuoni, que hay en Santa María Novella. Tenía un claro rostro oval, la frente alta, ancha y cándida, la boca benigna, la nariz un poco remangada, los ojos de ese color pardo obscuro, alabado por Firenzuola. Su tocado predilecto era disponer sus cabellos con abundancia sobre las sienes hasta la mitad de las mejillas, á la moda antigua. Su apellido convenia perfectamente con su carácter, porque tenía en la vida mundanal una bondad nativa, una gran indulgencia, una cortesía para todos igual y un hablar melodioso. Era, en suma, una de esas mujeres, sin profundidad, ni de espíritu ni de inteligencia, un poco indolentes, que parecen nacidas y creadas para vivir en perpetua afabilidad y á mecerse en discretos amores, como los pájaros sobre los árboles floridos.

Al escuchar las frases de Andrés, ella exclamó, con gracioso estupor:

—¿Tan pronto olvidásteis á Elena?

Después, tras algunos días de graciosas vacilaciones y perplejidades, le plugo ceder, y no era raro que hablase de Elena al joven infiel, sin celos, cándidamente.

—Pero, ¿por qué habrá partido este año antes de la época acostumbrada?—le preguntó una vez sonriendo.

—Yo no sé,—contestó Andrés, sin poder ocultar un poco de impaciencia y de amargura.

—¿Todo, entonces, ha terminado?

—¡Blanca, os ruego, que hablemos de nosotros!—
interrumpióle Andrés, en voz un poco alterada, porque estas remembranzas le turbaban é irritaban.

Ella quedó un poco pensativa, como si quisiera descifrar un enigma. Después, sonrió sacudiendo la cabeza, como si renunciase, con una fugaz sombra de melancolía sobre sus ojos.

—Así es el amor.

Y se puso á acariciar á su amante.

Andrés, poseyéndola, poseía en ella á todas las gentiles damas florentinas del siglo XV, á las cuales cantaba el Magnífico:

E' si vede in ogni lato
Che 'l proverbio dice il vero,
Che ciascun muta pensiero
Come l' occhio è separato.
Vedesi cambiare amore:
Come l' occhio sta di lunge,
Così sta di lunge il core:
Perchè appreso un altro il punge,
Col qual tosto é si congiunge
Con piacere é con diletto.... (1)

(1)

Por todas partes se ve
la verdad del fiel proverbio:
«que si el ojo se separa
muda siempre el pensamiento.»
Pronto se cambia de amor;
y así que el ojo se aleja,
alontanase el corazón:
y otro amor presto le impulsa,
al que entrégase con placar,
de nuevo deleite en busca...

Cuando, en el verano, ella estaba para partir, dijo al despedirse, sin ocultar su dulce emoción:

—Yo sé que cuando nos volveremos á ver ya no me amaréis. Así es el amor; pero acordáos, al menos, de una amiga.

El no la amaba. Sin embargo, en los días calurosos y tediosos del estío, ciertas suaves y melodiosas cadencias de su voz le infundían en el alma como la magia de una rima, y le sugerían la visión de un jardín refrescado por el agua sobre la cual ella se paseara en compañía de otras mujeres, soñando y cantando, como en una viñeta del *Sueño de Polifilo*.

Y doña Blanca se alejó. Y vinieron otras, á veces á pares: Barbarita Viti, la *mascula*, que tenía una soberbia cabeza de efebo, completamente dorada y fulgente, como ciertas cabezas judías de Rembrandt, la condesa de Lúcoli, la dama de las turquesas, una Circe de Dosso Dossi, con dos bellísimos ojos llenos de perfidia, variantes como los mares de otoño, grises, azulados, verdes, indefinibles; Litlana Theed, una *lady* de veintidos años, resplandeciente, de esa prodigiosa encarnación, compuesta de luz, de rosas y de leche, que solamente tienen las *babies* de las grandes familias inglesas en los lienzos de Reynolds, de Gainsborough y de Lawrence; la marquesa de Du Deffant, una belleza del Directorio, una Recamier, de largo y puro óvalo, de cuello de cisne, de pechos salientes, de brazos de bacante; doña Isotta Cellesi, la dama de las esmeraldas, que movía con una lenta majestad bovina su cabeza de emperatriz, entre el centelleo de

las enormes gemas hereditarias; la princesa Kallivoda, la dama sin joyas que, bajo la fragilidad de sus formas, escondía nervios de acero para el placer, y sobre la cerosa delicadeza de sus líneas abría dos voraces ojos luminosos; los ojos de un Scita.

Cada uno de estos amores le aportó una nueva degradación; cada uno le embriagó de una torpe embriaguez, sin apagar su sed insaciable de placer; cada uno le enseñó una nueva particularidad y sutilidad del vicio que le era todavía desconocido. El llevaba en sí el germen de todas las infecciones, y al corromperse, corrompía. La falacia le enviscaba el alma, como de una materia viscosa y fofoa que cada día se hiciera más tenaz. La perversión sensual le hacía rebuscar y cultivar en sus amantes todo lo que en él había de menos noble y menos puro. Una baja curiosidad lo impulsaba á escoger las mujeres que gozaban de peor fama; su cruel gusto de contaminar lo empujaba á seducir las mujeres que tenían fama mejor. Entre los brazos de una, se acordaba de una caricia de la otra, de una forma de voluptuosidad de la otra. A veces (y fué, especialmente, cuando la noticia de la segunda boda de Elena Muti le volvió á abrir por algún tiempo la herida), complaciase en sobreponer á la desnudez presente, la evocada desnudez de Elena, y servirse de la forma real como de un apoyo sobre el cual gozar de la forma ideal. Nutría la imagen con un esfuerzo intenso, hasta que la imaginación llegaba á poseer la sombra casi creada.

Sin embargo, él no tenía aún culto alguno por los

recuerdos de su antigua felicidad. A veces, también, estos mismos le daban un pretexto para cualquiera nueva aventura. En la galería del palacio Borgia, por ejemplo, en la memorable sala de los espejos, obtuvo la primera promesa de Lilián Theed; en la villa Médicis, sobre la memorable escalera verde que conduce al Belvedere, sus dedos estrecharon los finos y largos dedos de Angélica Du Deffand; y el pequeño cráneo de marfil, que había pertenecido al cardenal Inmenraet, el joyero mortuario señalado con el nombre de una Hipólita desconocida, le suscitó el capricho de tentar á doña Hipólita Albónico.

Tenia la Albónico en toda su persona un gran aire de nobleza, semejando un poco á María Magdalena de Austria, esposa de Cosme II de Médicis, en el retrato de Justo Suttermans, que hay en Florencia, en casa de los Corsinis. Tenía gran afición á los trajes suntuosos, los brocados, los terciopelos, los encajes. Las anchas golillas á lo Médicis parecíanle ser la moda que mejor se adaptaba para hacer resaltar la belleza de su cabeza superba.

En un día de carreras, sobre la tribuna, Andrés Sperelli, quería obtener de doña Hipólita, que al otro día fuese al palacio Zuccari á recoger el misterioso marfil dedicado á ella.

La Albónico se excusaba y resistía, vacilando entre la prudencia y la curiosidad. A cada frase del joven un poco atrevida, arrugaba el entrecejo, mientras una sonrisa involuntaria le forzaba la boca; y su cabeza, bajo el sombrero adornado de plumas blancas sobre el fondo de la sombrilla ador-

nada de encajes blancos, era en aquel momento de singular armonía.

—*Tibi Hippolyta!* ¿Iréis, pues? Yo os esperaré todo el día, desde las dos hasta la noche. ¿Estáis conforme?

—Pero, ¿estáis loco?

—¿Qué teméis? Yo juro á Vuestra Majestad no tocarle ni siquiera un guante. Permaneceréis sentada como en un trono, según vuestra real costumbre, y aún tomando una taza de té, podréis no abandonar el invisible cetro que lleváis siempre en vuestra imperial diestra. ¿Está accedida la gracia, con estas condiciones?

—No.

Pero ella sonreía, porque complacíase en oír exaltar aquel aspecto de realeza que era su gloria.

Y Andrés Sperelli continuaba tentándola siempre en tono de broma ó de súplica, uniendo á la seducción de su voz una mirada continua, sutil, penetrante, aquella mirada indefinible que parecía desnudar á la mujer, verla desnuda á través de sus vestidos, tocarla sobre la piel viva.

—No quiero que me miréis así,—dijo doña Hipólita, casi ofendida, con un ligero rubor.

Sobre la tribuna habían quedado pocas personas. Damas y caballeros paseaban sobre la hierba, á lo largo de la estacada, ó rodeaban al caballo victorioso, ó apostaban con los públicos apostadores, bajo la inconstancia de un sol que aparecía y desaparecía entre los claros archipiélagos de nubes.

—Bajamos,—añadió ella, no percantándose de las miradas vigilantes é insistentes de Juanito Rú-

tolo, que estaba apoyado en la rampa de la escalera.

Al descender y pasar por delante de aquél, Andrés le dijo:

—Adiós, marqués. Hasta muy pronto. Corremos.

Rútolo se inclinó profundamente, saludando á doña Hipólita, y una súbita llama le coloreó el semblante. Habíale parecido entender en el saludo del conde una ligera irrisión. Quedóse en la tribuna siguiendo siempre con los ojos á la pareja, en el recinto. Visiblemente sufría.

—Rútolo, ¡en guardia!—dijole, con una deliciosa sonrisa la condesa Lúcoli, pasando de bracero con don Felipe del Monte, y bajando por la escalera de hierro.

El sintió el golpe en mitad del corazón. Doña Hipólita y el conde de Ugenta, después de haber llegado hasta la plataforma de los jueces, regresaron á la tribuna. La dama llevaba el bastón de la sombrilla sobre el hombro, dándole vueltas entre los dedos: la cúpula blanca le rodaba detrás de la cabeza como una aureola, y la ola de encajes se agitaban y se levantaban incesantemente. En el centro de este círculo móvil, ella sonreía, de vez en cuando, á las palabras del joven, y un ligero rubor teñía la noble palidez de su semblante. A menudo se detenían en su paseo.

Juanito Rútolo, fingiendo querer observar los caballos que entraban en la fiesta, dirigió hacia ellos sus gemelos de campo. Visiblemente le temblaban las manos. Toda sonrisa, todo gesto, toda actitud de

Hipólita le causaba un dolor atroz. Cuando bajó el binóculo, estaba densamente pálido. Había sorprendido en los ojos de su amada, que se posaban sobre Sperelli, aquella mirada que también conocía, porque habíale iluminado, en otro tiempo, de esperanza. Parecíale que todo se hundiese en torno á él. Un largo amor, truncado por aquella mirada, acababa irreparablemente. El sol no era ya el sol: la vida no era ya la vida.

La tribuna se repoblaba rápidamente, por estar próxima ya la señal de la tercera carrera. Las damas se subían de pie sobre sus asientos. Un murmullo corría á lo largo de las gradas, semejante á una brisa sobre un jardín en pendiente. La campana sonó; y los caballos partieron como un grupo de saetas.

—Correré en vuestro honor, doña Hipólita,—dijo Andrés Sperelli á la Albónico, tomando permiso para ir á prepararse para la siguiente carrera, que era de gentilhombres.—*¡Tibi, Hippolyta semper!*

Ella le estrechó la mano con efusión, como demostración de buen augurio, sin pensar que también Rútolo figuraba entre los contendientes. Cuando vió, poco después, á su amante pálido descender por la escalera, la ingenua crueldad de la indiferencia, reinaba en sus bellos ojos oscuros. El viejo amor le caía del alma, parecido á un despojo inerte bajo la invasión del nuevo amor. Ella no pertenecía ya á aquel hombre; no la ligaba á él ningún lazo. No es concebible cuan pronto y enteramente, vuelva á entrar en posesión del propio corazón la mujer que no ama ya.

«El me la ha robado»,—pensó Rútolo, caminando hacia la tribuna del *Jockey Club*, sobre la hierba, que parecíale que se hundía bajo sus pies como la arena. Delante, á poca distancia, caminaba el otro, con paso desenvuelto y seguro. La persona alta y esbelta, en su traje ceniciento, tenía esa particular é inimitable elegancia que sólo puede dar el linaje. El fumaba; y Rútolo, que iba detrás, sentía el olor del cigarro á cada bocanada de humo, siendo esto para él un fastidio insoportable, un disgusto que le subía de las entrañas, como si fuese un veneno.

El duque de Bessi y Pablo Caligaro estaban sobre la silla apercebidos ya para la carrera. El duque se inclinaba sobre las piernas abiertas con un movimiento gimnástico, para probar la elasticidad de su calzón de piel ó la fuerza de sus rodillas. El pequeño Caligaro maldecía la lluvia de la noche anterior, que había puesto pesado el terreno.

—Ahora,—dijo á Sperelli,—tienes muchas probabilidades de triunfo, con *Miching Mallecho*.

Rútolo oyó este presagio y tuvo en el corazón un dolor agudo. El fundaba en la victoria una vaga esperanza. En su imaginación veía los efectos de una carrera ganada y de un duelo afortunado, contra el enemigo. Desnudándose todos sus gestos revelaban su preocupación.

—Hé aquí un hombre que, antes de montar á caballo, ve abierta la sepultura,—dijo el duque de Bessi, posando una mano sobre su espalda, con un gesto cómico.—*Ecce homo novus*.

Andrés Sperelli, que en aquel momento tenía el espíritu alegre, rompió en una de sus más francas

explosiones de risa, que eran la más seductora efusión de su juventud.

—¿Por qué reis así, conde?—le preguntó Rútolo, palidísimo, fuera de sí, mirándole fijamente, con arrugado entrecejo.

—Me parece,—observó Sperelli, sin turbarse,—que me habláis en un tono demasiado vivo, querido marqués.

—¿Y bien?

—Pensad de mi risa lo que os plazca.

—Pienso que es estúpida.

Sperelli dió un salto y avanzó con el látigo levantado contra Rútolo. Pablo Caligaro llegó por milagro á tiempo de retenerle el brazo.

Otras palabras gruesas se cruzaron entre los dos rivales, hasta que, al oír el altercado, sobrevino don Mareo Antonio Spada, y dijo:

—Basta, queridos míos. Ya sabéis ambos lo que debéis hacer mañana. Ahora, habéis de correr.

Los dos adversarios acabaron de vestirse en silencio. Después salieron. Ya la noticia de la disputa se había esparcido por el recinto y subía á las tribunas á acrecer la espectación de la carrera. La condesa de Lúcoli, con refinada perfidia, la refirió á doña Hipólita Albónico, la cual, no dejando traslucir la menor turbación, dijo:

—Me disgusta. Parecían amigos.

La noticia se difundía, transformándose por las bonitas y picarescas bocas femeninas. En torno á los públicos apostadores hervía la multitud. *Mallecho*, el caballo del conde de Ugenta, y *Brumel*, el caballo del marqués Rútolo, eran los favoritos: ve-

nían después *Satirist*, del duque de Bessii, y *Carbonilla*, del conde Caligaro. Los buenos conocedores, empero, desconfiaban de los dos primeros, pensando que la excitación nerviosa de los dos caballeros había de perjudicar inevitablemente á la carrera.

Más Andrés Sperelli estaba tranquilo, casi alegre. El sentimiento de su superioridad sobre su adversario, le daba una confianza completa en el triunfo; por otra parte, la tendencia caballeresca á las aventuras peligrosas, heredada de un padre byroniano, le hacía ver su situación, envuelta en una luz de gloria, y dada la nativa generosidad de su sangre juvenil, despertábase ante el riesgo. Doña Hipólita Albónico, en aquel momento, se elevaba sobre su alma, más deseable y más bella.

Con el corazón palpitante, palpitante, fué al encuentro de su caballo como al encuentro de un amigo que le trajera esperado anuncio de una fortuna. Le palpó el hocico con dulzura; y el ojo del animal, aquel ojo donde brillaba toda la nobleza de su raza por una inextinguible llama, lo embriagó como la mirada magnética de una mujer.

—¡*Mallecho!*—murmuraba palpándolo,—¡es una gran jornada! Debemos vencer.

Su *trainer*, un hombrecillo rojizo, fijando sus penetrantes pupilas sobre los otros caballos que pasaban llevados á mano por los palafreneros, dijo en voz ronca:

—*No doubt.*

Miching Mallecho esq, era un magnífico bayo, proveniente de las caballerizas del barón de Sou-

beyran. Unía á la desenvuelta elegancia de sus formas, una potencia de riñones extraordinaria. De su pelo luciente y fino, por debajo del que aparecían el laberinto de venas en el pecho y en los flancos, parecía exhalar casi un fuego vaporoso, tanto era el ardor de su vitalidad. Fuertidiano, en el salto, había llevado bastante á menudo á su dueño en las cacerías por encima de todos los obstáculos de la campiña de Roma, sobre cualquier terreno, sin detenerse jamás ni ante una triple barrera ni frente á una muralla, siempre á la cola de los perros, intrépidamente. Un *hop* del jinete se excitaba más que un golpe de espuela, y una caricia le hacía temblar.

Antes de montar, Andrés examinó atentamente la montura, se aseguró de toda brida y de toda cincha; después brincó á la silla sonriendo. El *trainer* demostró con expresivo gesto su confianza, mirando alejarse á su amo.

En torno de las pizarras de las cuotas, persistía la multitud de los apostadores. Andrés, sentía, sobre su persona, el peso de todas las miradas. Alzó los ojos hacia la tribuna de la derecha, para ver á Albónico, pero no pudo distinguir á nadie entre aquella compacta multitud de damas. Saludó de cerca á Lilián Theed, á quien eran muy conocidos los galopes de *Mallecho*, detrás de las zorras y detrás de los venados. La marquesa de Ateleta, le hizo, desde lejos, un gesto de reproche, porque había sabido el altercado.

—¿Qué cuota alcanza *Mallecho*?—preguntó á Ludovico Barbarist.

Al dirigirse al punto de partida, pensaba fríamente en el método que seguiría para vencer, y miraba á sus tres competidores que lo procedían, calculando la fuerza y la ciencia de cada uno. Pablo Caligaro era un demonio de malicia, hecho á todos los engaños del oficio, como un *jockey*; pero *Carbonilla*, si bien veloz, era de poca resistencia. El duque de Beffi, caballero de alta escuela, que había ganado más de un *match* en Inglaterra, montaba un animal de humor difícil, que podía rehusarse delante de cualquier obstáculo. Juanito Rúsolo, en cambio, montaba uno excelente y bastante bien disciplinado; pero, aunque fuerte, era demasiado impetuoso y tomaba parte por primera vez, en una carrera pública. Además, debía encontrarse en un estado de nerviosidad terrible, como se veía por muchos indicios.

Andrés, pensaba, mirándolo: «Mi victoria de hoy, influirá sobre el duelo de mañana, sin la menor duda. El perderá la cabeza, estoy cierto, aquí y allí. Yo debo estar tranquilo sobre los dos terrenos.» A poco, pensó también: «¿Cómo estará el alma de doña Hipólita?» Parecíale que en torno de sí reinase un silencio insólito. Midió con la vista la distancia que mediaba hasta el primer obstáculo; observó sobre la pista una capa de arena luciente; se percibió que era observado por Rúsolo, y un estremecimiento de frío recorrió todo su cuerpo.

La campaña dió la señal; pero *Brummel* había tomado ya carrera, y la partida, no habiendo sido simultánea, fué considerada falsa. También la segunda fué una falsa partida, por culpa de *Brum-*

mel. Sperelli y el duque le Beffi cambiaron una sonrisa furtiva.

Por fin, la tercera partida fué válida. *Brummel* se destacó súbitamente del grupo, rasando la barrera. Los otros tres caballos siguieron su línea durante algunos segundos, y saltaron el primer obstáculo, felizmente; después el segundo. Cada uno de los tres caballeros hacía un juego diverso. El duque de Beffi procuraba mantenerse en el grupo, para que delante de los obstáculos *Satirist* fuese instigado por el ejemplo. Catigaro moderaba la velocidad de *Carbonilla*, á fin de cansarle las fuerzas para los últimos quinientos metros. Andrés Sperelli aumentaba gradualmente la velocidad, tratando de alcanzar á su enemigo en las proximidades del obstáculo más difícil.

Poco después, en efecto, *Mallecho* se adelantó á sus dos compañeros y se puso á estrechar de cerca á *Brummel*.

Rútolo oyó detrás de sí el galope perseguidor, y fué presa de tal ansiedad que no vió ya nada. Todo á su vista se le confundió, como si estuviese próximo á perder el espíritu. Hacia un esfuerzo inmenso para tener sus espuelas clavadas en los hijares del caballo, y le espantaba el pensamiento de que las fuerzas lo abandonarían. Tenía en sus oídos un rumor continuo, y en medio de este rumor oía el grito breve y seco de Andrés Sperelli:

—¡Hop! ¡Hop!

Sensibilísimo á la voz más que á toda otra instigación, *Mallecho* devoraba el intervalo de distancia: no estaba más que á tres ó cuatro metros de

Brummel; iba á darle pronto alcance ó adelantarle.

—¡Hop!

Una alta barrera atravesaba la pista. Rútolo no la vió, porque había perdido toda conciencia, conservando sólo su furioso instinto de apegarse al animal y de empujarlo hacia adelante, á la ventura; *Brummel* saltó; pero no secundado por el caballero, chocó las piernas traseras contra la valla y cayó del otro lado tan mal, que el jinete perdió los estribos, aunque sin ser desmontado. Esto, no embargante, siguió siempre corriendo.

Andrés Sperelli, tenía ahora el primer puesto; Juanito Rútolo, sin haber recuperado los estribos, venía después, seguido de cerca por Caligaro; el duque Beffi, á consecuencia de haber sufrido una escapada de *Satirist*, había quedado el último. En este orden pasaron por frente á las tribunas, de donde partió un clamoreo confuso que á sus oídos pronto se disipó.

Sobre las tribunas, todos los ánimos estaban en suspenso, y atentísimos á la lucha. Algunos indicaban en alta voz las vicisitudes de la carrera. A cada cambio en el orden de los caballos, numerosas exclamaciones se elevaban entre un largo murmullo, y las damas se estremecían. Doña Hipólita Albónico, subida en pie sobre el asiento, apoyándose en los hombros de su marido, que estaba de pie delante de ella, miraba sin inmutarse jamás, con maravilloso dominio de sí misma; tan sólo sus labios demasiado cerrados, y un ligerísimo encrespamiento de la frente podían, quizá, revelar á un buen

observador su esfuerzo. De pronto retiró sus manos de los hombros del marido por temor á que la traicionara algún involuntario movimiento.

—Sperelli ha caído,—añunció en voz alta la condesa de Lúcoli.

Mallecho, en efecto, al saltar, había puesto un pie en falso sobre la hierba húmeda y habíase doblado sobre las rodillas: pero levantándose inmediatamente, Andrés se había deslizado por el cuello, sin daño alguno, y con una prontitud fulminea, había vuelto á montar, mientras Rútolo y Caligaro le alcanzaban. *Brummel* si bien herido en sus cuartos traseros, hacía prodigios, por virtud de su pura sangre. *Carbonilla* desplegaba toda su velocidad, conducido con arte admirable por su caballero. Falta- ban cerca de ochocientos metros para llegar á la meta.

Por un momento, Sperelli, vió escapársele la victoria; pero recogió todos sus alientos, acogió todos sus esfuerzos para retenerla. Tieso sobre los estribos, curvado sobre el crinal, lanzaba de vez en cuando aquel grito breve, seco, penetrante, que tanto poder tenía sobre el noble bruto. Mientras *Brummel* y *Carbonilla*, fatigados por la pesantez y dureza del terreno, perdían vigor, *Mallecho* aumentaba la vehemencia de su desenvoltura, estaba para reconquistar su puesto, ya desfloraba la victoria con la llama de sus narices. Después del último obstáculo, habiendo superado á *Brummel*, rozaba ya con la cabeza la culata de *Carbonilla*. A los cien metros próximamente de la meta, resaba la barrera, avanzando siempre, y dejando entre él y

la yegua negra de Caligaro el espacio de diez «larguras.»

La campana sonó; un aplauso estruendoso se oyó por todas las tribunas, como el trepidar sordo de una granizada; un clamor se propagó en la multitud, sobre la vasta pradera inundada de sol.

Al volver á entrar en el recinto, Andrés Sperelli pensaba: «La fortuna está conmigo hoy. ¿Estará conmigo también mañana?» Y sintiéndose acariciado por el aura del triunfo, tuvo contra el obscuro peligro, casi un arrebató de ira. Hubiera querido afrontarlo súbito, en aquel mismo día, en aquella misma hora, sin dilación alguna, á fin de gozar una doble victoria, y para morder, además, el fruto que le ofrecía la mano de doña Hipólita. Todo su sér, encendiase de un orgullo salvaje, al pensamiento de poseer aquella blanca y superba mujer, por derecho de conquista violenta. La imaginación, le fingía un goce jamás experimentado, casi diríamos una voluptuosidad de otros tiempos, cuando los gentilhombres desataban los cabellos de sus damas, con manos homicidas y acariciadoras, y hundían su frente todavía sudosa por la fatiga del combate, y su boca todavía amarga de las injurias proferidas. Sentíase invadido por esa inexplicable embriaguez que dan á ciertos hombres de inteligencia el ejercicio de su fuerza física, el experimento de su valor, la revelación de su brutalidad. Lo que en el fondo de nuestro sér ha quedado de ferocidad original, torna á la superficie á veces con una extraña vehemencia, y también bajo la mezquina elegancia del hábito moderno, nuestro corazón, á ve-

ces, se hincha de no sé qué manía sanguinaria y anhela el estrago. Andrés aspiraba de lleno la cálida y acre exhalación de su caballo, y ninguno de cuantos delicados perfumes había hasta entonces preferido, ninguno había jamás proporcionado á su sentido un más agudo placer.

Apenas desmontó, fué rodeado de amigas y de amigos que le felicitaron y se congratulaban de su triunfo. *Miching Mallecho*, fatigado, humeante y cubierto de espuma, resoplaba estirando el cuello y sacudiendo sus bridas. Sus flancos se encogían y se elevaban con un movimiento continuo, tan fuerte, que parecía fuesen á estallar, y bajo la sudorosa y luciente piel, sus músculos temblaban como las cuerdas de los arcos después del disparo; sus ojos dilatados é inyectos de roja sangre, tenían en aquel momento la ferocidad de los de una fiera; su pelo, sembrado, á la sazón, de anchas manchas más oscuras, se abría aquí y allí, en espigas bajo los arroyos de sudor; la vibración incesante de todo su cuerpo, daba pena y enternecía, como el sufrimiento de una criatura humana.

—*Poor fellow!*—murmuró Lilián Theed.

Andrés le examinó las rodillas para ver si la caída le había dañado. Estaban intactas. Entonces, golpeándole suavemente en el cuello, le dijo con un acento indefinible de dulzura:

—*Marcha, Mallecho, marcha.*

Y lo acompañó con grata mirada al alejarse.

Después, habiendo cambiado su traje de carrera, salió en busca de sus amigos Ludovico Barbarisi y el barón de Santa Margarita.

Ambos aceptaron el encargo de representarle en la cuestión con el marqués Rútolo. El les rogó que apresuraran el lance.

—Arregladlo todo esta misma noche. Mañana, á la una de la tarde, debo estar ya libre; pero, por la mañana dejadme dormir, al menos hasta las nueve. Comeré en casa de la Ferentino, y pasaré después al palacio de Justiniano. Más tarde iré al Círculo. Ya sabéis, por tanto, donde encontrarme. Gracias, y hasta la vista, amigos.

Subió á la tribuna; pero evitó acercarse inmediatamente, á doña Hipólita. Sonreía al sentirse blanco de todas las miradas femeninas. Muchas bellas manos se tendían hacia él; muchas bellas voces lo llamaban familiarmente Andrés; algunas también lo llamaban con cierta ostentación. Las damas que habían apostado por él le decían la cifra de su ganancia: diez luises, veinte luises. Otras le preguntaron con curiosidad, no exenta en algunas de interés:

—¿Os batiréis?

Parecíale haber alcanzado en un solo día la meta de la gloria venturosa, mejor que el duque de Buckingham y el señor de Lauzun. Había salido vencedor en una carrera heroica; había conquistado una nueva amante, magnífica y serena como una dogaresa; había provocado un duelo á muerte; y ello, no obstante, pasaba tranquilo y cortés, ni más ni menos que como de costumbre, entre las sonrisas de aquellas damas de quienes conocía otra cosa que la gracia de su boca. ¿De algunas de ellas, no podía él indicar, quizás, un halago secreto ó una particu-

lar costumbre de voluptuosidad? ¿No veía él, á través de todas aquellas claras frescuras de estofas primaverales, el lunar rubio, semejante á una pequeña moneda de oro, sobre la cadera izquierda de Isotta Cellesi; ó el vientre incomparable de Julia Moceto, pulido como una copa de marfil, puro como el de una estatua, por la ausencia absoluta de aquello que en las esculturas y en las pinturas antiguas lamentaba el poeta del *Musée secret*? ¿No oía en la sonora voz de Barbarita Viti otra indefinible voz que repetía incesantemente una palabra inverecunda? ¿ó en la ingenua risa de Aurora Seymour otro indefinible sonido, ronco y gutural, que recordaba algo el ronquido de los gatos en el hogar, y el arrullo de las tórtolas en los bosques? ¿No conocía las exquisitas depravaciones de la condesa de Lúcoli que se inspiraba en los libros eróticos, en los grabados ó en las miniaturas? ¿ó en los invencibles pudores de Francisca Daddi que en los supremos espasmos invocaba, como un agonizante, el nombre de Dios? Casi todas las mujeres que él había engañado, ó que le habían engañado, estaban allí y le sonreían.

—Aquí está el héroe,—dijo el marido de la Albónica, tendiéndole la mano, con amabilidad insólita, y estrechándosela con efusión.

—Y héroe de verdad,—añadió doña Hipólita, con el tono indiferente de un cumplimiento obligado, aparentando ignorar el drama.

Sperelli se inclinó cortesmente y pasó más allá, porque experimentaba cierto embarazo ante aquella extraña benevolencia del marido. Una sospecha

cruzó cual relámpago su mente; que el marido le estuviese agradecido por haber promovido contienda con el amante de su mujer; y sonrió de la vileza de aquel hombre. Cuando se volvió á mirarle, los ojos de doña Hipólita se encontraron con los suyos y sus miradas le acariciaron.

Al regreso, desde el *mail-coach* del príncipe de Ferentino, vió huir hacia Roma á Juanito Rútolo, sólo en un pequeño tilbury, al trote largo de un gran ruano, que él guiaba inclinado hacia adelante, llevando la cabeza baja y el cigarro entre los dientes sin cuidarse de los guardias que le inclinaban á meterse en la fila. Roma, en el fondo, se dibujaba oscura, sobre una zona de luz amarilla como azufre, y las estatuas de lo alto de la basílica de San Juan se engrandecían en el cielo de violeta, fuera de la zona luminosa.

Sólo entonces tuvo Andrés la conciencia entera del mal que hacía sufrir á aquella alma.

Por la noche, en casa Giustiniani, dijo á la Albónica:

—Queda, pues, firmemente convenido, en que mañana, de dos á cinco de la tarde, os esperaré.

Ella quería preguntarle:

—¿Cómo? ¿No os batís, mañana?

Pero no se atrevió y contestóle:

—Lo he prometido.

Poco tiempo después, se acercó á Andrés el marido, cogiéndose de su brazo, con afectuosa franqueza, para pedirle noticias del duelo.

Era un hombre todavía joven, rubio, elegante, con los cabellos muy rapados, de ojos claros, y con

los dos colmillos salientes fuera de los labios. Tenía una ligera tartamudez.

—¿Con que, con que, mañana, eh?

Andrés apenas podía vencer su repugnancia, y tenía el brazo tieso á lo largo del costado, para demostrar que no le agradaba aquella familiaridad.

Como en aquel momento viera entrar al barón de Santa Margarita, se libró diciendo:

—Me apremia hablar con Santa Margarita. Dispensadme, conde.

El barón lo acogió con estas palabras:

—Todo está arreglado.

—Bien. ¿Para qué hora?

—Para las diez y media, en la Villa Sciarra. A espada y guante de sala. A todo trance.

—¿Quiénes son los otros dos?

—Roberto Casteldieri y Carlos de Souza. Nos hemos despachado pronto, evitando las formalidades. Juanito tenía ya elegidos y dispuestos los suyos. Hemos concertado y convenido verbalmente las condiciones del encuentro, en el Círculo, sin discusión. Procura no irte á la cama demasiado tarde. Debes estar cansado.

Por jaetancia, al salir del palacio Giustiniani, Andrés fué al Círculo de la caza y se puso á jugar con los *sportmens* napolitanos. Hacía las dos de la madrugada, Santa Margarita lo sorprendió, y, obligándole á abandonar la mesa, quiso acompañarle á pie hasta el palacio Zuccari.

—Querido,—le admonizaba en el camino,—tú eres demasiado temerario. En estos casos una imprudencia puede ser fatal. Para conservar intacto

el vigor, un buen tirador debe tomarse el mismo cuidado que tiene un buen tenor para conservar la voz. El pulso es tan delicado como la laringe; las articulaciones de las piernas son tan delicadas como las cuerdas vocales. ¿Entiendes? El mecanismo se resiente del más mínimo desorden; el instrumento se descompone y no obedece ya. Después de una noche de amor ó de juego ó de crápula, ni aún las estocadas de Camilo Agrippa, podrían ir derechas y las paradas, ni podrían ser exactas ni veloces. Ahora, basta equivocarse de un milímetro, para meterse tres pulgadas de hierro en el cuerpo.

Estaban á la entrada de la vía de Condotti, y veían, en el fondo, la plaza de España, iluminada por la luna clara, la escalera blanqueante y la Trinidad del Monte elevándose en el azulado y suave firmamento.

—Tú,—prosiguió el barón,—cierto que tienes muchas ventajas sobre tu adversario; entre otras, la sangre fría y la práctica del terreno. Te he visto en París contra Gavaudan. ¿Te acuerdas? ¡Hermoso duelo! Te batiste como un Dios.

Andrés se echó á reír de complacencia y satisfacción. El elogio de aquel insigne duelista, le hinchaba el corazón de orgullo, le metía en los nervios una superabundancia de fuerzas. Instintivamente su mano, estrechando el bastón, hacía gesto de repetir el famoso golpe que atravesó el brazo al marqués de Gavaudan, el 12 de Diciembre, del año 1885.

—Fué,—dijo él,—una «contra tercera» y un «filo.»

El barón repuso:

—Juanito Rútolo, sobre la plancha, es un discreto tirador; sobre el terreno, de primer ímpetu. Se ha batido una sola vez con mi primo Cassibile, y ha salido mal. Hace mucho abuso de «uno, dos» y de «uno, dos, tres» atacando. Te pueden servir y te ayudarán las «paradas en un tiempo» y especialmente la «en cuarta.» Mi primo, precisamente, lo agujereó con una «en cuarta» limpia, al segundo asalto. Y tú eres un *tempista* fuerte. Ten, empero, el ojo siempre avízor, y procura conservar la distancia. Será conveniente que no olvides que tienes enfrente á un hombre á quien has quitado, según dicen, la querida, y sobre el cual, has levantado el látigo.

Habían llegado á la plaza de España. La Barcaccia metía un ruido ronco y apagado, brillando al reflejo de la luna que en ella se espejaba de lo alto de la columna católica. Cuatro ó cinco carruajes de alquiler estaban parados, en fila, con los faroles encendidos. De la vía del Babuino llegaba un tintineo de esquilas y un rumor sordo de pasos, como de un rebaño en camino.

Al pie de la escalera, el barón se despidió:

—Adiós, hasta mañana. Vendré algunos minutos antes de las nueve, con Ludovico. Tirarás un par de asaltos para desentumecerte. Nosotros nos encargaremos de avisar al médico. Vé; duerme profundamente.

Andrés empezó á subir la escalera. Al primer rellano se detuvo, atraído por el tintineo de las esquilas que se acercaba. Verdaderamente se sentía un

poco fatigado, y también un poco triste, en el fondo del corazón. Tras la sobreexcitación suscitada en la sangre por aquel discurso de la ciencia de las armas y por el recuerdo de su bravura, una especie de inquietud lo invadía, no muy distinta, mezcla de duda y de descontento. Sus nervios, su tensión continua durante aquella jornada violenta y febril, se aflojaron al fin, bajo la apacibilidad de la noche primaveral.

—¿Por qué sin pasión, por puro capricho, por mera vanidad, por arrogancia tan sólo, habíase complacido en despertar el odio y herir el alma de un hombre?

El pensamiento de la horrible pena que seguramente debía afligir á su enemigo, en una noche tan dulce, le movió un sentimiento casi de piedad. La imagen de Elena le atravesó el corazón como un relámpago; tornaron á su mente las angustias sufridas un año antes, cuando la había perdido, y los celos, y la cólera, y los desalientos indefinibles.

También entonces las noches eran claras, tranquilas, saturadas de perfumes, y sin embargo, cómo le pesaban!

Aspiró el aire que conducía los hálitos de las rosas floridas en los pequeños jardines laterales, y miró abajo, sobre la plaza, pasar el rebaño.

La espesa lana blanquiza de las ovejas en tropel y apiñadas avanzaba con una fluctuación continua, acaballándose, á semejanza de un agua fangosa, que inundase el pavimento. Algunos balidos trémulos mezclábanse al tintineo; otros balidos, más sutiles, más tímidos, respondían; los pastores

lanzaban de vez en cuando un grito y arrojaban su cayado, cabalgando detrás y á los flancos; la luna daba á aquel pasaje de ganado por medio de la gran ciudad dormida, un misterio como de cosa vista casi en sueños.

Andrés recordó que en una noche serena de Febrero, al salir de un baile en la embajada inglesa, él y Elena habían encontrado, en la calle Veinte de Septiembre, un rebaño; y que su carruaje había tenido que pararse. Elena, inclinada sobre el cristal, miraba pasar las ovejas rozando las ruedas é indicaba los corderos más pequeños, con una alegría infantil, y él tenía su rostro junto al rostro de ella, semicerrando los ojos, escuchando el rumoroso paso del ganado, sus balidos y el tintineo de las esquilas y el tan tan de los cencerros.

—¿Por qué volvían á su memoria en aquellos momentos todos aquellos recuerdos de Elena?

Continuó subiendo lentamente, y en la ascensión sintió más pesada su fatiga. De pronto, relampagueó en su cerebro el pensamiento de la muerte. «¿Si en el duelo quedara muerto?» «¿Si recibiese una grave herida que me dejara para toda la vida en impedimento?» Su avidez de vivir y de gozar se sublevó contra este pensamiento lúgubre, y dijose á sí mismo: «Es necesario vencer.» A su mente se ofrecieron todas las ventajas que habría de proporcionarle aquella otra victoria: el prestigio de su fortuna, la fama de su proeza, los besos de doña Hipólita, nuevos amores, nuevos goces, nuevos caprichos.

Entonces, dominando toda agitación, se puso

á cuidar la higiene de su fuerza. Durmió hasta que la llegada de sus dos amigos le despertó; tomó la ducha acostumbrada; hizo extender sobre el pavimento la lista de encerado é invitó á Santa Margarita á tirar dos «*cavazione*,» y después á Barbarisi á un breve asalto, durante el cual ejecutó con exactitud precisa muchas acciones de tiempo.

—¡Óptimo puño!—dijo el barón, congratulándose.

Después del asalto, Sperelli tomó dos tazas de té y algunos bizcochos. Escogió un pantalón largo, un par de zapatos cómodos y con el tacón muy bajo, una camisa poco almidonada; preparó el guante, mojándolo ligeramente sobre la palma y rociándolo de pez greca en polvo; le ató una correa de cuero para sujetar la guarda á la muñeca, examinó la hoja y la punta de las dos espadas; no olvidó ninguna precaución, la menor minucia.

Cuando estuvo dispuesto, dijo:

—Vamos. Será mejor que nos encontremos sobre el terreno antes que los otros. ¿Y el médico?

—Espera allí.

Al bajar la escalera se encontraron con el duque de Grimiti que iba de parte de la marquesa de Afeleta.

—Os seguiré á la villa, y llevaré después súbito la noticia á Francisca—dijo el duque.

Bajaron juntos. El duque subió en su coche saludando. Los otros subieron en un carruaje cubierto. Andrés no ostentaba su buen humor porque las bromas antes de un duelo á muerte le parecían de

pésimo gusto; pero estaba tranquilísimo. Fumaba, escuchando á Santa Margarita y á Barbarisi discutir, á propósito de un reciente caso ocurrido en Francia, sobre si era ó no lícito hacer uso de la mano izquierda contra el adversario. De vez en cuando, inclinábase á la portezuela para mirar el camino y la campiña.

Roma esplendorizaba, en aquella mañana de Mayo, acariciada por el sol. A lo lejos del camino, una fuente iluminaba con su risa argentina, una plazoleta todavía en la sombras; la puerta cochera de un palacio mostraba el fondo de un corral adornado de pórticos y de estatuas; de los arquitrabes barrocos de una iglesia en el travertino, pendían los paramentos del mes de María. Sobre el puente apareció el Tiber lúcido, espejeando y huyendo entre las casas verduzas, hacia la isla de San Bartolomé. Tras de una corta subida, apareció la ciudad inmensa, augusta, radiante, erizada de campanarios, de columnas y de obeliscos, coronada de cúpulas y de rotondas, limpiamente grabada como una ciudadela en pleno azul.

—*Ave, Roma. Moriturus te salutat*,—dijo Andrés Sperelli, arrojando la punta del cigarro hacia la ciudad.

Y, en seguida, añadió:

—En verdad, queridos, que un golpe de espada hoy me fastidiaría soberánamente.

Estaban en la villa Sciarra ya por mitad deshonrada por los constructores de casas nuevas, y pasaban por un sendero de laureles altos y esbeltos, entre dos vallados de floridos y odorosos rosa-

les. Santa Margarita asomándose fuera de la portezuela vió otro carruaje parado en la esplanada delante de la *villa*, y dijo:

—Ya nos esperan.

Miró su reloj. Faltaban diez minutos para la hora fijada. Hizo parar el carruaje, y junto con el otro testigo y el médico se dirigió hacia los adversarios.

Andrés quedóse en el sendero, esperando. Mentalmente se puso á ensayar algunos medios de ataque y de defensa que intentaba emplear con probabilidad de éxito; pero lo distrajeron los maravillosos destellos de luz que se filtraban por el intrincamiento de los laureles, y sus miradas erraban tras las apariencias de las ramas agitadas por la brisa matinal, mientras su alma meditaba la herida; y los árboles, galantes como en las amorosas alegorías de Francisco Petrarca, suspiraban sobre su cabeza donde imperaba el pensamiento de una buena estocada.

Acercósele Barbarisi á llamarlo, diciendo:

—Estamos prontos. El guarda ha abierto la *villa*. Tenemos á nuestra disposición las habitaciones de la planta baja, una gran comodidad. Ven á desnudarte.

Andrés le siguió. Mientras se desnudaba los dos médicos abrieron sus estuches, donde relucieron los pequeños instrumentos de acero. Uno de aquellos era todavía joven, pálido, calvo, con las manos afeminadas, con la boca un poco cruel, con una continua y visible contracción de la mandíbula inferior, extraordinariamente desarrollada. El otro

era ya maduro, membrudo, con el rostro sembrado de pecas, con una espesa barba rojiza, con un cuello de toro.

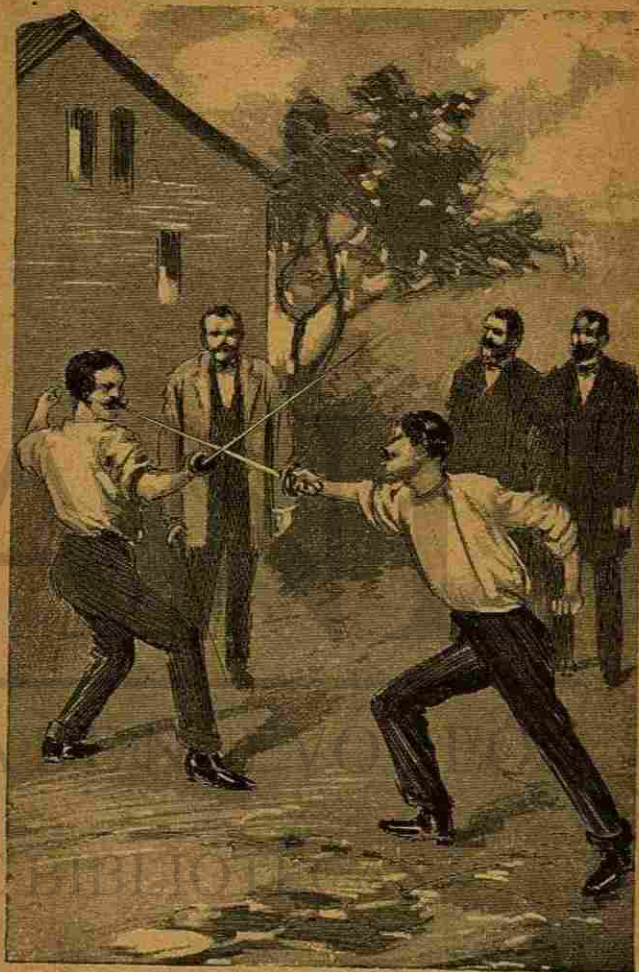
El uno parecía la antítesis física del otro: y esta diversidad llamaba la curiosa atención de Sperelli. Preparaban sobre una mesa las vendas y el agua fenicada para desinfectar las hojas. El olor del ácido se esparcía en la estancia.

Cuando Sperelli estuvo dispuesto, salió con sus testigos y con los médicos á la esplanada. De nuevo el espectáculo de Roma á través de los laureles, atrajo sus miradas y le hizo palpar violentamente el corazón. Hubiera querido encontrarse ya en guardia y oír el mandato de ataque. Parecíale tener en el puño el golpe decisivo; la victoria.

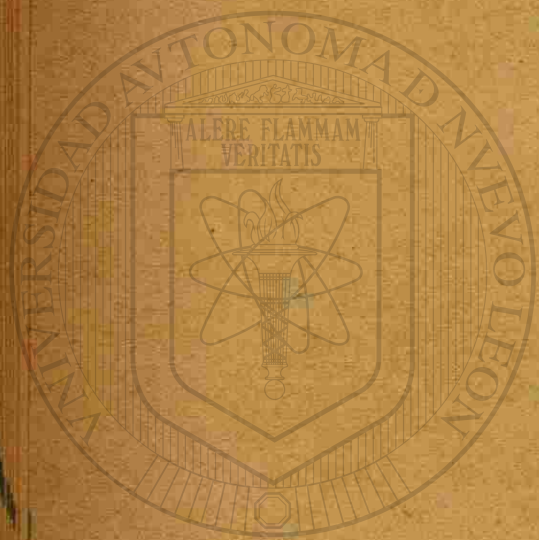
—¿Estás dispuesto?—preguntó Santa Margarita yendo á su encuentro.

—Sí, estoy pronto.

El terreno escogido estaba a un lado de la *villa*, en la sombra, cubierto de fina arena y apisonado. Juanito Rútolo estaba ya en el otro extremo, con sus testigos Roberto Casteldieri y Carlos de Souza. Todos ellos habían tomado un aire grave, casi solemne. Los dos adversarios fueron colocados uno frente al otro; y se miraron. Santa Margarita, que tenía la dirección del combate, observó la camisa de Rútolo fuertemente almidonada, muy tiesa, con el cuello demasiado alto, lo cual advirtió á Casteldieri que era el segundo. Este habló á su primo, y Sperelli vió á su enemigo encenderse de improviso el rostro y con un gesto resuelto quitarse la camisa. El, con fría tranquilidad siguió el ejemplo;



Rútolo dió un paso hacia adelante...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

se arremangó el pantalón; cogió de manos de Santa Margarita el guante, la correa y la espada, se armó con gran cuidado, y después agitó el arma para cerciorarse de que la tenía bien empuñada. Al hacer este movimiento su biceps resaltó visibilísimo, revelando el largo ejercicio del brazo y el vigor adquirido.

Cuando los dos extendieron las espadas para tomar las distancias, la de Rútolo oscilaba en un puño convulso. Tras las advertencias de costumbre sobre la lealtad en el combate, el barón de Santa Margarita ordenó con voz vibrante y viril:

—¡Señores, en guardia!

Ambos combatientes cayeron en guardia á un mismo tiempo. Rútolo, golpeando el pie, Sperelli enarcándose con ligereza. Aquel era de estatura mediana, bastante delgado, todo nervios, con una faz aceitunada á la que daban cierta fiereza las puntas de unos bigotes muy retorcidos y una pequeña mosca aguda sobre la barba, á la manera de Carlos I en los retratos de Van Dyck. Sperelli era más alto, más desenvuelto, más correcto, de maneras distinguidísimas y firme y tranquilo en su equilibrio de gracia y de fuerza con un porte de gran señor en toda su persona. Ambos se miraban mutuamente en los ojos, y cada uno experimentaba interiormente un indefinible temblor á la vista de la carne desnuda del otro, contra la cual apuntábase la hoja sutil de sus aceros. En medio del solemne silencio que reinaba en torno de ellos, oíase el murmurio fresco de la fuente mezclado al rumor del viento sobre los rosales trepadores donde tem-

blaban las innumerables rosas blancas y amarillas.

—¡A ellos!—ordenó el barón.

Andrés Sperelli esperaba de Rútolo un ataque impetuoso; pero éste no se movió. Durante un minuto, ambos quedaron acechándose uno al otro, inclinándose todavía más sobre sus jarretes, en guardia baja, se descubrió Sperelli, á causa de tener la espada muy en terciá, y provocó á su adversario con insolente mirada y con un golpe de pie. Rútolo dió un paso hacia adelante, fingiendo una estocada derecha que acompañó de un grito, á la manera de ciertos espadachines sicilianos; y el asalto comenzó.

Sperelli no desarrollaba acción alguna decisiva, limitándose casi siempre á las paradas; construyendo á su adversario á descubrir todas sus intenciones, á agotar todos los medios, á desenvolver todas las variedades de su juego. Paraba limpio y veloz, sin ceder terreno, con una precisión admirable, como si estuviese sobre la tarima en una academia de esgrima, frente á un florete con boton, mientras Rútolo atacaba con ardor, acompañando cada estocada con un grito apagado, semejante al de los leñadores al manejar la segur.

—¡Alto!—gritó Santa Margarita, á cuyos vigilantes ojos no escapaba el menor movimiento de los dos aceros.

Y se acercó á Rútolo, diciendo:

—Si no me engaño, habéis sido tocado.

En efecto, el marqués tenía un rasguño en el antebrazo, pero tan leve que no hubo necesidad si-

quiera del tafetán. Sin embargo, estaba jadeante, y su extrema palidez, obscura y casi lívida, era una manifestación de su cólera contenida.

Sperelli, sonriendo, dijo en voz baja á Barbarisi:

—Ahora, ya conozco á mi hombre. Le abriré un ojal debajo de la tetilla derecha. Pon atención al segundo asalto.

Como, sin advertirlo, hubiera puesto en tierra la punta de su espada, el doctor calvo, el hombre de la gran mandíbula, fuese á él con la esponja embebida de agua fenicada y desinfectó de nuevo la hoja.

—¡Por Dios!—murmuró Andrés al oído de Barbarisi.—Tiene el aire de un *jettatore*. Mi hoja va á romperse.

Un mirlo se puso á silbar entre los árboles. En los rosales algunas rosas se deshojaban y esparcíanse por el suelo. Algunas nubes bajas subían al encuentro del sol, ligeras semejantes á vellones de oveja y se disolvían en vedijas, y lentamente se alejaban hasta disiparse en la atmósfera.

—¡En guardia!

Juanito Rútolo, convencido de su inferioridad en parangón de su enemigo, resolvió estrechar las distancias y atacar á la desesperada, impidiendo así toda continuidad de acción á su adversario. Tenía para esto en su favor su baja estatura y el cuerpo ágil, delgado y flexible, que ofrecía muy poco blanco á los golpes.

—¡A ellos!

Sperelli había previsto ya que Rútolo avanzaría

de aquel modo, con sus ficciones acostumbradas, y estaba en guardia arqueado como una ballesta pronta a disparar la flecha, atento al instante preciso de tirarse á fondo.

—¡Alto!—gritó Santa Margarita.

Del pecho de Rútolo manaba un poco de sangre. La espada de su adversario habíale penetrado debajo de la tetilla derecha, rasgando los tejidos hasta casi la costilla. Los médicos acudieron. Pero el herido, dijo súbito á Casteldiere, con voz ruda, en la que notábase un temblor de cólera.

—No es nada. Quiero seguir.

Rehusó entrar en la villa para curarse. El doctor calvo, después de haber oprimido el pequeño agujero apenas sanguinoso y de haberle hecho un lavado antiséptico, aplicó un simple pedazo de esparadrapo, y dijo.

—Puede continuar.

El barón, por invitación de Casteldieri, sin tardanza ordenó el tercer asalto.

—¡En guardia!

Andrés Sperelli se percató del peligro. Frente á él, su adversario, todo recogido sobre los jarretes, casi diríamos oculto detrás de la punta de su acero, aparecía resuelto á un supremo esfuerzo. Los ojos le brillaban singularmente y el muslo izquierdo, por la excesiva tensión de los músculos, le temblaba fuertemente.

Esta vez, Andrés, para aguantar el impetu de su enemigo, se preparaba á tirarse de costado para repetir el golpe decisivo de Cassibile, y el disco blanco del trapo sobre el pecho de su adversario

servíale de blanco. Anhelaba volver á meter allí la estocada para encontrar esta vez el espacio intercostal y no la costilla.

En torno á los combatientes, el silencio parecía más profundo; todos los allí presentes tenían conciencia de la voluntad homicida que animaba á aquellos dos hombres, y la ansiedad los angustiaba y les torturaba el pensamiento de tener quizás que conducir á casa un muerto ó un moribundo.

El sol, velado por las vedijas de nubes derramaba una luz casi láctea; las plantas se agitaban ruidosamente á intervalos desiguales; el mirlo silbaba todavía, invisible en la espesura.

—¡A ellos!

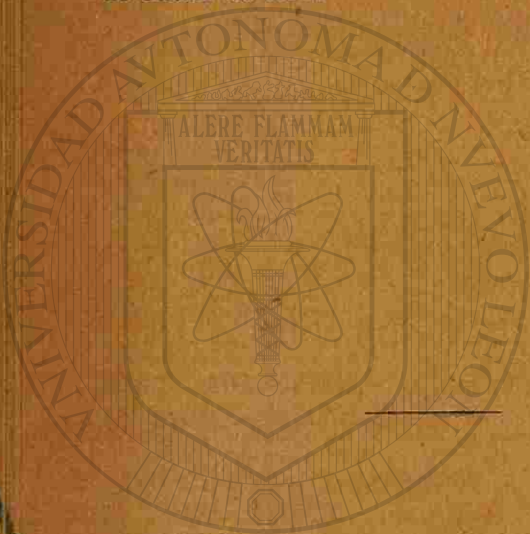
Rútolo se precipitó sobre su adversario, sin medir distancias, con dos giros de espada y una estocada en seguida. Sperelli paró y contestó, dando un paso atrás. Rútolo avanzaba, furioso, con estocadas velocísimas, casi todas bajas, no acompañándolas ya con gritos. Andrés, sin desconcertarse ante aquella furia, queriendo evitar un encuentro, paraba fuerte y respondía con tal rudeza que cada una de sus estocadas hubiera podido atravesar de parte á parte á su enemigo. El muslo de Rútolo, cerca de la ingle sangraba.

—¡Alto!—gritó con voz de trueno el barón en cuanto lo advirtió.

Pero, en aquel preciso momento Sperelli, haciendo una parada en cuarta baja y no encontrando el hierro adversario, recibió en pleno tórax una estocada, y cayó desmayado en brazos de Barbarisi.

—Herida torácica, en el cuarto espacio intercos-

tal derecho, penetrante en la cavidad con lesión superficial del pulmón—anunció en la estancia, después del reconocimiento y examen, el cirujano de cuello de toro.



VI

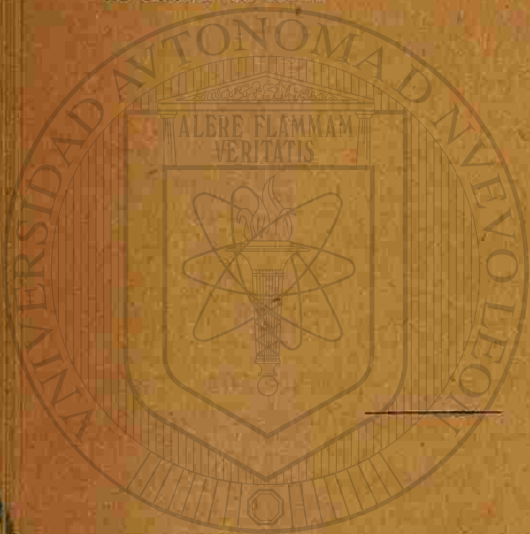
La convalecencia larga y penosa de toda aguda y grave enfermedad es una purificación y casi un renacimiento.

Jamás el sentimiento de la vida es tan dulce como después de la angustia del mal; y nunca el alma humana se inclina tanto á la bondad y á la fe como después de haberse asomado á los abismos de la muerte.

Comprende el hombre, al curar, que el pensamiento, el deseo, la voluntad, la conciencia de la vida no son la misma vida. Algo hay en él más vigilante que el pensamiento, más continuo que el deseo, más patente que la voluntad, más profundo aún que la conciencia; y es, la sustancia, la naturaleza de su sér.

Comprende que su vida real es aquella no vivida por él; es el complejo de las sensaciones involunta-

tal derecho, penetrante en la cavidad con lesión superficial del pulmón—anunció en la estancia, después del reconocimiento y examen, el cirujano de cuello de toro.



VI

La convalecencia larga y penosa de toda aguda y grave enfermedad es una purificación y casi un renacimiento.

Jamás el sentimiento de la vida es tan dulce como después de la angustia del mal; y nunca el alma humana se inclina tanto á la bondad y á la fe como después de haberse asomado á los abismos de la muerte.

Comprende el hombre, al curar, que el pensamiento, el deseo, la voluntad, la conciencia de la vida no son la misma vida. Algo hay en él más vigilante que el pensamiento, más continuo que el deseo, más patente que la voluntad, más profundo aún que la conciencia; y es, la sustancia, la naturaleza de su sér.

Comprende que su vida real es aquella no vivida por él; es el complejo de las sensaciones involunta-

rias, espontáneas, inconscientes, instintivas; es la actividad armoniosa y misteriosa de la vegetación animal; es el imperceptible desarrollo de todas las metamorfosis y de todas las renovaciones.

Y esta vida, precisamente, completa en él los milagros de la convalecencia; cierra las llagas, repara las pérdidas, realza las tramas quebrantadas, remienda los tejidos lacerados, restaura las conjunciones de los órganos, reinfunde en las venas la riqueza de la sangre, reanuda sobre los ojos la venda del Amor, reintegra en torno de la cabeza la corona de los sueños, enciende de nuevo en el corazón la llama de la esperanza, torna á abrir las alas á las quimeras de la fantasía.

Después de la mortal herida, tras una especie de larga y lenta agonía, Andrés Sperelli renacía poco á poco, casi con otro cuerpo y con otro espíritu, como un hombre nuevo, como una criatura salida de un reciente baño léteo inmémore y vacío. Parecíale haber tomado una forma más elemental. En su memoria el pasado tenía una lontananza sin perspectiva, como para la vista el cielo estrellado es un campo igual y difuso, magüer los astros están diversamente distantes. Los tumultos se pacificaban, el fango descendía al limo, el alma se purificaba; y él tornaba á entrar en el seno de la madre naturaleza, sentíase por ella maternalmente infundir la bondad y la fuerza.

Hospedado por su prima en la villa de Schifanoja, Andrés Sperelli volvía á la existencia en presencia del mar. De igual modo que permite siempre en nosotros la naturaleza *simpática*, y así como

nuestra vieja alma abrazada á la grande alma natural palpita siempre á su contacto, así el convaleciente media su respiración al unisono de las respiración ancha y tranquila del mar, erguia su cuerpo á semejanza de robustos árboles, serenaba su pensamiento ante la serenidad de los horizontes. Poco á poco, en sus ocios atentos y recogido su espíritu se extendía, se desenvolvía, se desplegaba, se elevaba dulcemente como la hierba oprimida sobre los senderos; volviase, en fin, veraz, ingenuo, original, libre, abierto á la pura conciencia, dispuesto á la pura contemplación; atraía á sí las cosas, las concebía como modelo de su propio sér, como formas de su propia existencia; se sentía en fin, penetrado por la verdad que proclama el *Oupanischad* de Vida: «*Hæ omnes creaturae intotum ego sum, et praeter me aliud ens non est.*» El gran soplo de idealidad que exhalan los libros sagrados indios, estudiados y amados en un tiempo, parecía que lo elevasen. Y tornaba á resplandecerle singularmente la fórmula sanscrita, llamada Mahavakya, esto es la Gran Palabra: «TAT TVAAN ASI»; que significa:

«*Esta cosa viviente, eres tú.*»

Eran los últimos días de Agosto. El mar tenía una quietud extática, las aguas tenían tal transparencia que reproducían con perfecta exactitud cualquiera imagen, y su extrema línea perdíase en el cielo, de modo que los dos elementos parecían un elemento único, impalpable, sobrenatural. El vasto anfiteatro de los collados, poblado de olivos, de naranjos, de pinos, de todas las más nobles for-

mas de la vegetación itálica, abrazando aquel silencio, aparecían no como una multitud de cosas sino una cosa única, bajo el común sol.

El joven convaleciente, tendido á la sombra ó reclinado sobre un tronco ó sentado sobre una piedra, creía sentir en sí mismo correr el río de la vida, con una especie de tranquilidad cataléptica; creía sentir vivir en su pecho el mundo entero; con una especie de religiosa embriaguez creía poseer el infinito. Lo que él experimentaba era inefable, no definible ni aún con las palabras del místico: «Yo he sido admitido por la naturaleza en el más secreto de sus divinos asientos, en el surtidor de la vida del Universo. Desde aquí yo sorprendo la causa del movimiento y oigo el primer canto de los séres en toda su frescura.» La vista de cuanto le rodeaba trocábase poco á poco en visión profunda y continua; las ramas de los árboles sobre su cabeza le parecían elevarse hasta el cielo, ampliar el azul, resplandecer como aromas de inmortales poetas; y él contemplaba y escuchaba en silencio, respirando con el mar y con la tierra, plácido como un Dios.

¿Qué habían sido de todas sus vanidades, de sus crueldades, de sus artificios y sus mentiras? ¿Dónde estaban los amores y los engaños, los desengaños y los disgustos, y las incurables repugnancias después del placer? ¿Qué fueron de aquellos inmundos y rápidos amores que le dejaban en la boca como la extraña acidez de un fruto cortado con un cuchillo de acero? El no se acordaba ya de nada. Su espíritu había hecho una solemne renun-

cia. Otro principio de vida entraba en él: *alguno* entraba en él, de modo insensible y secreto, que sentía la paz profunda. Y él descansaba, porque no deseaba ya.

El deseo había abandonado su reino; la inteligencia en su actividad seguía libre sus propias leyes y reflejaba el mundo objetivo como un simple objeto conocido; las cosas aparecían en su forma verdadera, en su verdadero color, en su verdadera y entera significación y belleza, precisa, clarísima; desaparecía, en fin, todo sentimiento de la persona. Y en esta temporal muerte del deseo, en esta temporánea ausencia de la memoria, en esta perfecta objetividad de la contemplación estaba precisamente la causa del jamás experimentado goce.

*Die Sterne, die begehrt man nicht,
Man freut sich ihrer Pracht.*

«Las estrellas nadie las desea, pero alegra su fulgor.» Por primera vez, en efecto, el joven conoció toda la armoniosa poesía nocturna de un cielo estival.

△ Eran las últimas noches de Agosto, sin luna. Innumerables, en la infinita bóveda azul, palpataba la vida ardiente de las constelaciones. La Osa, el Cisne, Hércules, Boote, Casiopea, centelleaban con un continuo temblar tan rápido y tan fuerte, que casi parecían estar cercanas á la tierra, haber entrado en la atmósfera terrena. La vía láctea aparecía como un verdadero río aéreo, como un confluente de arroyos paradisiacos, como una inmen-

sa corriente silenciosa que llevase en su *micro gurge* un polvo de minerales sidéreos pasando sobre un álveo de cristal entre falanges de flores. A intervalos, meteoros lúcidos regaban el aire inmóvil, con la descensión ligerísima y muda de una gota de agua sobre una lámina de diamante. La respiración del mar lenta y solemne, era la única que medía la tranquilidad de la noche, sin turbarla; y las pausas eran más dulces que el sonido.

Pero este periodo de visiones, de abstracciones, de intuiciones, de contemplaciones puras; esta especie de misticismo budístico y casi diríamos cosmogónico, fué brevísimo. Las causas del raro fenómeno, más que en la naturaleza plástica del joven y en su actitud y propensión á la objetividad, estaban quizá en su imaginación inquisitiva, en la singular tensión y en la extrema impresionabilidad de su sistema nervioso cerebral. Poco á poco comenzó á volver á tener conciencia de sí mismo, á encontrar el sentimiento de su persona, á entrar en su corporeidad primitiva.

Un día, en la hora meridiana, mientras la vida de las cosas parecía en suspenso, el grande y terrible silencio permitióle ver dentro, de improviso, abismos vertiginosos, necesidades inextinguibles, indestructibles recuerdos, cúmulos de sufrimiento y de llanto, toda su miseria de otro tiempo, todos los vestigios de su vicio, todos los restos de sus pasiones.

Desde aquel día una melancolía pacífica é igual le ocupó el alma, y vió en todo aspecto de las cosas un estado de su alma. En vez de trasmutarse en

otras formas de existencia ó de meterse en otras condiciones de conciencia ó de perder el sér su particularidad en la vida general, presentaba los fenómenos contrarios, envolviéndose de una naturaleza que era una concesión completamente subjetiva de su intelecto.

El paisaje convertíase para él en un símbolo, en emblema, en signo, en guía que lo guiaba á través del laberinto interior. Una secreta afinidad descubría entre la vida aparente de las cosas y la vida íntima de sus deseos y de sus recuerdos. «*To me—High mountains are á feeling.*» Como en los versos de Jorge Byron las montañas, para él eran un *sentimiento* las marinas.

¡Claras marinas de Septiembre!—El mar tranquilo é inocente como un niño adormecido, se extendía bajo un cielo angélico de perlas. A veces aparecía completamente verde, del fino y precioso verde de una esmeralda; y, sobre la tersa superficie, las pequeñas velas rojas semejaban llamas errantes. A veces aparecía enteramente azul, de un azul intenso, casi diríamos heráldico, surcado de venas de oro, como un lapislazuli; y sobre su tranquila superficie las velas historiadas semejaban una procesión de estandartes y de gonfalones y paveses católicas.

También, á veces, tomaba un difuso resplandor metálico, un color pálido de plata, mixto del color verduzco de un limón maduro; algo de indefiniblemente extraño y delicado; y, entonces, las velas eran pías é innumerables como las alas de los querubines.

El convaleciente encontraba de nuevo sensaciones olvidadas de la puericia; aquellas impresiones de frescura que dan á la sangre pueril los alientos del viento salso; aquellos indefinibles efectos que causan las luces, las sombras, los colores, los olores del agua sobre el alma virgen. El mar no era solamente para él una delicia de los ojos, si que una perenne onda de paz en la que se abrevaban sus pensamientos, una mágica fuente de juventud en la que su cuerpo recobraba la salud y su espíritu la nobleza. El mar tenía para él la atracción misteriosa de una patria; y se abandonaba á él con una confianza filial, como un hijo débil en brazos de su padre omnipotente. Y en ello recibía consuelo; porque nadie ha confiado jamás en vano sus dolores, sus deseos, su sueño, al mar.

El mar tenía siempre para él una palabra profunda llena de revelaciones subitáneas, de iluminaciones imprevistas, de significaciones inesperadas. Le descubría en lo secreto de su alma una úlcera todavía viva, magüer oculta, y hacía la sangrar; pero el bálsamo era después más suave. Le sacudía una quimera durmiente en su corazón y excitábala de modo que sintiese de nuevo las uñas y el pico; pero la mataba después y se la sepultaba en el corazón para siempre. Le despertaba en la memoria una remembranza y hacía que sufriese toda la amargura del llanto hacia las cosas irremediamente huídas; pero, en seguida, le prodigaba la dulzura de un olvido eterno.

Nada dentro de su alma quedaba oculto, en presencia del gran consolador. Del mismo modo que

una fuerte corriente eléctrica hace luminosos los metales y su esencia revela el color de la llama, la virtud del mar iluminaba y revelaba todas las potencias y las potencialidades de aquella alma humana.

A ciertas horas el convaleciente, bajo el asiduo dominio de una tal virtud, bajo el constante yugo de una tal fascinación experimentaba una especie de sobresalto y casi de espanto, como si aquel dominio y aquel yugo fuesen insoportables para su debilidad. A ciertas horas, el coloquio incesante entre su alma y el mar, le daba un vago sentimiento de postración, como si aquel sublime verbo hubiese hecho demasiada violencia á la angustia del intelecto ávido de comprender lo incomprensible. Una tristeza de las aguas le trastornaba como un desastre, como una desventura.

Un día se vió perdido. Vapores sanguinosos y malignos ardían en el horizonte, semejando rociadas de sangre y de oro sobre las oscuras aguas; un grupo de purpúreas nubes se elevaba de estos vapores, semejantes á un tropel de centauros monstruosos sobre un volcán en erupción; y por entre esa luz trágica un cortejo fúnebre de velas triangulares negreaba en el último límite del horizonte. Eran velas de una tinta indescriptible, siniestra como los emblemas de la muerte, señaladas de cruces y de figuras tenebrosas, que semejaban velas de navíos que llevasen cadáveres de apestados á alguna maldita isla poblada de buitres famélicos. Un sentimiento humano de terror y de dolor pesaba sobre aquel mar; un decaimiento de agonía gra-

vitaba sobre aquella atmósfera. La ola de sangre que manaba de las heridas de aquellos monstruos en lucha abierta y feroz no cesaba jamás y antes bien crecía en torrentes que enrojecían las aguas un gran espacio, hasta la orilla, haciéndose aquí y allá violácea y verduzca como por corrupción. De vez en cuando el tropel se agitaba, los cuerpos se deformaban ó se descuartizaban, girones sangrientos pendían al borde del cráter ó desaparecían engullidos por el abismo. Después, tras la feroz sacudida, los gigantes, regenerados, volvían de nuevo á la lucha, más feroces: el hacinamiento se recomponía, más enorme; tornaba el estrago y la matanza, más roja, hasta que los combatientes quedaban exangües entre las cenizas del crepúsculo, exánimes, destrozados sobre el moribundo volcán.

Parecía un episodio de alguna titanomaquia primitiva, un espectáculo heroico visto á través de una larga serie de edades, en el cielo de la fábula. Andrés, con el ánimo supremo, seguía todas las vicisitudes de aquella titánica contienda. Acostumbrado á las tranquilas caídas de la sombra en aquella declinación serena del estío, sentíase á la sazón, á causa del insólito contraste, exaltarse, sublevarse y perturbarse con una extraña violencia. De pronto fué como una angustia confusa, tumultuosa, llena de palpitaciones inconscientes, involuntarias. Fascinado por el ocaso belicoso, no llegaba aún á ver claramente en sí mismo. Más, cuando las cenizas del crepúsculo llovieron y extinguieron toda lucha y el mar se hizo como una inmensa laguna plúmbea, creyó oír en la sombra el grito de su alma, el grito de otras almas.

Sentíase dentro de sí, como un obscuro naufrago en tinieblas. Miles de voces demandaban socorro, imploraban ayuda, imprecaban á la muerte; voces conocidas, voces que él había escuchado en otro tiempo—(¿voces de criaturas humanas ó de fantasmas?)—y que ahora no sabía distinguir la una de la otra! Llamaban, imploraban, imprecaban inútilmente, sintiéndose morir; se debilitaban sofocadas por la onda voráz; hacíanse débiles, lejanas, interrumpidas, incognoscibles; convertíanse en un gemido, se extinguían, no resurgían ya.

Había quedado solo. De toda su juventud de toda su vida anterior, de toda su idealidad no quedaba nada. Dentro de él no quedaba más que un frío abismo vacío, y en torno á él, una naturaleza impasible, fuente perenne de dolor para su alma solitaria. Toda esperanzá había muerto: toda voz era muda: toda áncora estaba rota. ¿A qué, pues, vivir?

Súbitamente la imagen de Elena resucitó en su memoria. Otras imágenes de mujeres se sobrepusieron á aquella, se confundieron con ella, la dispersaron, se desvanecieron. El no acertó á retener ninguna. Todas parecían sonreírle, con sonrisa enemiga, al desaparecer, y todas al disiparse pareciale que se llevasen consigo alguna cosa de él. ¿El qué? No lo sabía. Un menoscabo indecible lo oprimió; un sentimiento de vejez lo heló, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Un trágico aviso le resonó en el corazón: «¡Demasiado tarde!»

Las recientes dulzuras de la paz y de la melan-

colia le parecieron ya lejanas, como una ilusión ya desvanecida; casi le parecieron haber sido gozadas por otro espíritu nuevo, entrado en él y después desaparecidos. Le pareció que su viejo espíritu no pudiese ya jamás renovarse ni relevarse. Todas las heridas que sin moderación tenía abiertas en la dignidad de su ser interior, sangraron. Todas las degradaciones que sin repugnancia había infligido á su conciencia, brotaron como manchas y se dilataron como una lepra. Todas las violaciones que su pudor había hecho á su idealidad, le suscitaron un remordimiento agudo, desesperado, terrible, como si dentro de sí llorasen almas de sus hijas á quienes el padre hubiese quitado la virginidad mientras dormía soñando.

Y él lloraba con ellas, y le parecía que sus lágrimas no le descendían sobre el corazón como un bálsamo, sino que le resbalasen como sobre una materia viscosa y fría que envolviese su corazón. La ambigüedad, el disimulo, la falsedad, la hipocresía, toda la forma de la materia y el dolor en la vida del sentimiento, todas se adherían á su corazón como un muérdago tenaz.

El había mentado demasiado, había engañado mucho, habíase relajado ya bastante. Un espanto de sí y de su vicio lo invadió.—¡Vergüenza! ¡Vergüenza!—La deshonrosa brutalidad le parecía indeleble; las llagas le parecían incurables; parecía que hubiese de sufrir las náuseas eternamente, para siempre, como un suplicio sin término.—¡Vergüenza!—Y lloraba, sumido en un profundo abatimiento, abandonado al peso de su miseria, afrenta-

do como un hombre que no vé salvación; y no veía brillar las estrellas una á una sobre su pobre cabeza, en la noche serena y profunda.

Al nuevo día tuvo un agradable despertar, uno de esos límpidos y frescos despertares que tiene solamente la Adolescencia en su primavera triunfal. La mañana era maravillosa; y respirar la mañana era una beatitud inmensa. Todas las cosas vivían en la felicidad de la luz; las colinas parecían envueltas en un velo diáfano de plata, sacudido por un débil temblor; el mar parecía atravesado por ríos de leche, por arroyos de cristal, por arroyuelos de esmeraldas, por mil corrientes que formaban como el movable enrejado de un laberinto líquido. Un sentimiento de alegría nupcial y de gracia religiosa emanaba de la concordia del mar, del cielo y de la tierra.

Andrés respiraba, miraba, un poco atónito. Durante el sueño su fiebre había desaparecido. El había cerrado los ojos, durante la noche, mecido por el coro de las aguas como por una voz amiga y fiel. Quien se adormece al sonido de aquella voz tiene un reposo lleno de reparadora tranquilidad. Ni aun las palabras de una madre, tienen un sonido tan puro y tan benéfico á los oídos del hijo que sufre.

Miraba, escuchaba, mudo, recogido, enternecido, dejando penetrar en sí aquella onda de vida inmortal. Jamás la música sacra de un gran maestro, un ofertorio de José Haydn ó un *Te deum* de Wolfgang Mozart habíale producido la emoción que en aquellos momentos le daban los simples repiques de las campanas de las iglesias lejanas saludando

la acensión del día en los cielos del Señor Uno y Trino. El sentía su corazón colmarse y desbordarse de emoción. Algo como un sueño vago, pero sublime, se elevaba sobre su alma; algo como un velo ondulante á través del cual resplandeciese el misterioso lecho de la felicidad. Hasta entonces había sabido siempre lo que deseaba, y no había jamás encontrado placer por desear en vano. Ahora no podía definir su deseo; no lo sabía. Pero, seguramente la cosa deseada debía ser infinitamente suave, porque era suavidad también desearla.

Los versos de la Quimera en el Rey de Chipre, antiguos versos casi olvidados, le volvieron á la memoria, vibraron como una caricia.

«Vuoi tu pugnare?

Uccidere? Veder fiumi di sangue?
gran mucchi d' oro? greggi di captive
femine? schiavi? altre, altre prede? Vuoi
tu far vivere un marmo? Ergere un tempio?
Comporre un immortale inno? Vuoi (m' odi,
giovine, m' odi) vuoi divinamente
amare? (1)»

(1)

«Quieres combatir?
Matar? Ver ríos de sangre?
grandes montones de oro? rebaños de cautivas
mujeres? esclavos? otras y otras presas? Quieres
hacer vivir un mármol? erigir un templo?
Componer un inmortal himno? Quieras, óyeme.
joven, óyeme, quieres divinamente
amar?»

La Quimera la repetía, en lo secreto de su corazón, en voz baja, con obscuras pausas:

«¿Me oyes, joven, me oyes? ¿Quieres divinamente amar?»

Andrés sonrió ligeramente y pensó: ¿Amar qué? ¿el Arte? ¿una mujer? ¿cuál mujer? Elena se le apareció lejana, perdida, muerta, no ya suya; las otras se le aparecían también lejanas, muertas para siempre. Era, pues, libre. ¿Para qué emprender de nuevo una pesquisa inútil y peligrosa? En el fondo de su corazón existía el deseo de darse, libremente y por reconocimiento, á un sér más alto y más puro ¿Pero dónde está ese sér?

El Ideal envenena toda posesión imperfecta; y en el amor toda posesión es imperfecta y engañosa, todo placer está mezclado con tristeza, todo goce es dividido, toda alegría lleva en sí un germen de sufrimiento, todo abandono lleva en sí un germen de duda; y las dudas estropean, contaminan, corrompen todas las delicias, como las Arpias hacían incombibles todos los alimentos á Fineo. ¿Por qué pues había tendido él la mano hacia el árbol de la ciencia?

«*The tree of knowledge has been pluk'd all's known.*»

«El árbol de la ciencia ha sido despojado,—todo es conocido» como canta Jorge Byron en el Don Juan.

En realidad para lo porvenir su salud estaba en la EUDABEIA esto es: en la prudencia, en la calma, en la cautela, en la seguridad. Este pensamiento suyo le parecía bien expresado en un so-

neto de un poeta contemporáneo, que por cierta afinidad de gustos literarios y paridad de educación estética, prefería.

Saró come colui che si distende
sotto l' ombra d' un grande albero carco
omai sazio di trar balestra od arco;
é in sul capo il maturo frutto pende.

Non ei scuote quel ramo, né protende
la man, né veglia in su le prede a' l varco.

Giace; e raccoglie con un gesto parco
i fruttí che quel ramo a' l suolo rende.

Di tal soave polpa ei ne' l profundo
non morde, á ricercar l' íntima essenza
perche teme l' amaro; anzi la fiuta,
poi sugge, con piacer límpido, senza
aviditá, ne triste né giocondo.

La sua favola breve é gia compiuta.

Pero la EUDABELA, si puede servir para excluir en parte, de la vida, el dolor, excluye también toda alta idealidad.

La salud, pues, estaba en una especie de equilibrio goethiano, entre un cauto y fino epicureísmo práctico y el culto profundo y apasionado del Arte.

—¡El Arte! ¡El Arte!—Hé ahí la amante fiel, siempre joven, inmortal; hé ahí la Fuente de la alegría pura, vedada á las multitudes, concedida á los elegidos; hé ahí el precioso Alimento que hace al hombre semejante á un dios. ¿Cómo había podido beber en otras copas, después de haber acercado los labios á esa? ¿Cómo había podido buscar otros gozes después de haber gustado el supremo? ¿cómo su espíritu había podido acoger otras agitaciones después de haber sentido en sí el inolvidable tumulto de la fuerza creadora? ¿cómo sus manos habían podido vagar entre lascivias sobre el cuerpo de las mujeres después de haber sentido de entre sus dedos brotar una forma substancial? ¿Cómo en fin, sus sentidos habían podido debilitarse y pervertirse en la baja lujuria, después de haber sido iluminados por una sensibilidad que cogía en las apariencias las líneas invisibles, percibía lo imperceptible, adivinaba los pensamientos ocultos de la Naturaleza?

Un imprevisto entusiasmo lo invadió. En aquella mañana religiosa, quería de nuevo arrodillarse ante el altar, y conforme al verso de Goethe; leer sus actos de devoción en la liturgia de Homero.

«Pero si mi inteligencia hubiese decaído? ¿Si mi mano hubiese perdido la ligereza? ¿Si yo ya no fuese digno?»

Ante esta duda le asaltó un temor tan fuerte, que con un ansia pueril comenzó á buscar lo que hubiese podido ser una prueba inmediata, para adquirir la certidumbre de que se trataba de un temor que no era razonable. Hubiese querido hacer en seguida un experimento real: componer una estrofa, di-

bujar una figura, grabar una rama, resolver un problema de formas. ¿Y qué? ¿Y después? ¿No hubiera sido esa una experiencia falaz?

La lenta decadencia del ingenio puede ser también inconsciente: ahí está lo terrible. El artista que poco á poco pierde sus facultades no se da cuenta de su debilidad progresiva; porque juntamente con la potencia de producir y reproducir pierde también el juicio crítico, el criterio. No distingue ya los defectos de su obra; no sabe que su obra es mala ó mediana; se engaña; cree que su cuadro, que su estatua, que su poema, están dentro de las leyes del Arte, cuando están fuera. Aquí está lo terrible. El artista atacado en el cerebro puede no tener conciencia de la propia imbecilidad, como el loco no tiene conciencia de la propia aberración. ¿Y entonces? El convaleciente experimentó una especie de pánico. Apretóse las sienes con las palmas de las manos; y permaneció algunos instantes bajo el choque de aquel pensamiento espantoso, bajo el horror de aquella amenaza, como aniquilado.—¡Mejor, mejor morir!—Nunca como en aquel momento había conocido el divino valor del *don*; nunca, como en aquel momento la *chispa* le había parecido tan sagrada. Todo su sér temblaba con una extraña violencia, á la sola duda de que el *don* pudiese destruirse, que la *chispa* pudiese apagarse.—¡Mejor morir!

Levantó la cabeza; sacudió de sí toda inercia; bajó al parque; caminó bajo los árboles, sin idea fija; sin pensamiento determinado. Un soplo ligero corría sobre las cimas; á intervalos las hojas se revol-

vían con un ruido fuerte, como si les pasase por encima una turba de ardillas; pequeños fragmentos de cielo aparecían entre las ramas como ojos cerúleos bajo los párpados verdes. En un lugar preferido, que era una especie de *lucus* mínimo en señorío de una Herma(1) cuadriforme, dispuesta para una cuádruple meditación, se detuvo, se sentó sobre la hierba con la espalda apoyada entre la base de la estatua, con la faz vuelta al mar. Delante de él, algunos troncos derechos y desiguales como las cañas de la flauta del dios Pan cortaban el ultramarino; á su alrededor los acantos abrían con soberana elegancia los cestos de sus hojas, entalladas simétricamente como en el capitel de Callimaco.

Los versos de *Salmace* en la *Fábula de Hermafrodito*, acudieron á su memoria.

«Nobili acanti, o voi ne le terrestri
selve indizi di pace, alte corone,
di pura forma; o voi, snelli canestri
che il Silenzio con lieve man compone
á raccogliere il fiore de' silvestri.
Sogni, qual mai virtù su'l bel garzone
versaste da le foglie oscura e dolce?
Ei dorme nudo, e il braccio il capo folce (2)

(1) Piedra cuadrada que remata una cabeza de Mercurio, del cual toma el nombre.

(2) «Nobles acantos, ¡oh vosotros que en las terrestres selvas indicáis soles de paz, altas coronas de forma ideal! ¡Oh vosotros ligeros canastos que el Silencio con mano ligera teje para recoger la flor de los silvestres Sueños! ¿Qué obscuro y dulce encanto había podido verter vuestro follaje sobre el hermoso éfebo?

El duerme desnudo, y su brazo sostiene su cabeza.»

Otros versos afluyeron á su memoria, y otros y otros más, tumultuosamente. Su alma se llenó toda de una música de rimas y de sílabas rítmicas. El gozaba: aquella espontánea é imprevista agitación poética, dábale un deleite indefinido. Escuchaba en sí mismo aquellos sonidos, complaciéndose de las ricas imágenes, de los epítetos exactos, de las metáforas lúcidas, de las armonías rebuscadas, de las exquisitas combinaciones de hiatos y de diéresis, de todas las más sutiles refinaciones que variaban su estilo y su métrica, de todos los misteriosos artificios del endecasílabo aprendido de los admirables poetas del siglo XIV y especialmente del Petrarca. La magia del verso le sojuzgó de nuevo el espíritu y el hemistiquio sentencioso de un poeta contemporáneo le sonreía singularmente:—El Verso es todo.—

El verso es todo. En la imitación de la Naturaleza, ningún instrumento de arte es más vivo, ágil, agudo, vario, multiforme, plástico, obediente, sensible, fiel. Más compacto que el mármol, más maleable que la cera, más sutil que un fluido, más vibrante que una cuerda, más luminoso que una gema, más fragante que una flor, más cortante que una espada, más flexible que un junquillo, más acariciador que un murmurio, más terrible que un trueno; el verso lo es todo y lo puede todo. Puede expresar y repetir los más mínimos movimientos del sentimiento y los más secretos impulsos de la sensación; puede definir lo indefinible y expresar lo inefable: puede abrazar lo ilimitado y sondear el abismo; puede abarcar dimensiones de eternidad; puede representar lo sobrehumano, lo sobrenatural,

lo ultraadmirable; puede embriagar como el vino, arrojar como un éxtasis; puede á un mismo tiempo poseer nuestra inteligencia, nuestro espíritu, nuestro cuerpo; puede, en fin, llegar á lo Absoluto.

Un verso perfecto y absoluto, inmutable, inmortal; tiene en sí las palabras con la cohesión de un diamante; encima el pensamiento, como en un círculo preciso que ninguna fuerza conseguirá jamás romper; se hace independiente de toda conexión y de toda sugestión; no pertenece ya al artífice, sino que es de todos y de nadie, como el espacio, como la luz, como las cosas inmanentes y perpetuas. Un pensamiento fielmente expresado, en un verso perfecto es un pensamiento que existía *preformado* en la obscura profundidad de la lengua. Extraído por el poeta, *continúa* existiendo en la conciencia de los hombres. El más grande poeta es, pues, aquel que sabe describir, desenvolver, extraer el mayor número de esas ideales preformaciones. Cuando el poeta está próximo á descubrir uno de esos versos eternos, es advertido por un divino torrente de alegría, que le invade de improviso todo su sér.

¿Qué alegría puede ser mayor? Andrés cerró un poco los ojos, como para prolongar aquella particular sensación, que era, en él, heraldo de la inspiración, cuando su espíritu se disponía á la obra de arte, especialmente al versificar. Después, embargado por un deleite jamás probado, se puso á rimar con el delgado lápiz sobre las breves páginas blancas de su libro de memorias. Y á su memoria acu-

dieron los primeros versos de una canción del Magnífico: (1)

*Parton leggiere e pronti
dal petto i miei pensieri...*

Casi siempre para empezar á componer, necesitaba una entonación musical comunicada por otro poeta; y casi siempre prefería tomarla de los versificadores antiguos de Toscana. Un hemistiquio de Lapo Gianni, de Cavalcanti, de Lino, de Petrarca, de Lorenzo de Medicis, el recuerdo de un grupo de rimas, la conjunción de dos epítetos, una cualquier concordancia de palabras bellas ó que sonasen bien, una frase cualquiera numerosa, bustaba para despertarle, y darle por así decirlo, el *la*, una nota que le sirviese de fundamento á la armonía de la primera estrofa. Era una especie de tópicó aplicado no á la busca de argumentos, si no á la pesquisa de preludios.

El primer septenario mediceo le ofreció en efecto la rima; y *vió* distintamente todo lo que quería mostrar á su imaginario auditorio personificado en la Herma; y juntamente con la visión, al mismo tiempo, se presentó espontáneamente en su espíritu la forma métrica, en la que debía verter, como un vino en una copa, la poesía.

Como su sentimiento poético era doble, ó mejor,

(1) Lorenzo de Medicis.

nacía de un contraste, esto es del contraste entre la abyección pasada y la presente resurrección, y como en su movimiento lírico procedía por elevación, eligió el soneto, cuya arquitectura consta de dos órdenes: del superior representado por los dos cuartetos, y el inferior representado por los dos tercetos.

El pensamiento y la pasión pues dilatándose en el primer orden, se refuerza y eleva en el segundo.

La forma del soneto, no obstante ser maravillosamente bella y magnífica, es en algo defectuosa; porque se asemeja á una figura con el busto muy largo y las piernas cortas.

En efecto los dos tercetos no tan solo son *en realidad* mas cortos que los cuartetos, por el número de versos; si no que también lo *parecen*, por lo rápido y fluido del movimiento, comparado con la lentitud y magestad de los cuartetos.

Es mejor artífice el que sabe disimular más el defecto; el que, reservando á los tercetos la imagen más precisa y más visible, y las palabras más fuertes y más sonoras, obtiene que estas estrofas se engrandezcan y harmonicen con los superiores, sin que pierdan nada de su ligereza y rapidez esenciales.

Los pintores del Renacimiento sabían equilibrar una figura entera, con el simple revoloteo de una cinta, de un lazo, ó de un pliegue.

Componiendo, Andrés se estudiaba á sí mismo, curiosamente. No había hecho versos desde hacía mucho tiempo. ¿Este intervalo de ocio, había perjudicado á su habilidad técnica? Le parecía que las rimas, saliendo una á una de su cerebro, tenían un

sabor nuevo. La consonancia fluía espontánea, sin que la buscara; y los pensamientos le nacían rimados. De pronto, un obstáculo le detenía la corriente, un verso se le rebelaba; todo el resto se le descomponía, como un mosaico desunido; las sílabas luchaban contra la sugestión de la medida; una palabra musical y luminosa que le agradaba, era excluida por la severidad del ritmo, á despecho de todos sus esfuerzos; de una rima nacía una idea nueva, inesperada, que le seducía y le distraía de la idea primitiva; un epíteto, aún siendo justo y exacto, tenía un sonido asaz débil; la tan buscada cualidad, la cohesión faltaba completamente; y la estrofa era como una medalla que, por culpa de un fundidor inexperto, que no hubiera sabido calcular la cantidad de metal fundido necesaria á llenar el troquel, hubiese resultado imperfecta. Con aguda paciencia, formó de nuevo en el crisol el metal, y volvió á comenzar la obra desde el principio. La estrofa, al fin, le salía entera y precisa; algún verso resultaba con cierta aspereza extraña, pero agradable; á través de las ondulaciones del ritmo, aparecía evidéntisima la simetría; la repetición de la rima rendía una música clara, reclamando al espíritu con el acorde de sonidos el acorde de pensamientos, y reforzando con un ligamiento físico la trabazón moral: todo el verso vivía y respiraba como un organismo independiente, con la más perfecta unidad. Para pasar de un soneto á otro, retenía una nota, como en música la modulación de un tono al otro, se prepara por el acorde de séptima, en

En la parte de los jardines, sobre la pendiente, un vestibulo conducía á una hermosa escalera de doble gradería descendente á un rellano limitado por balaustres de piedra como un vasto terrado y adornado de dos fuentes.

Otras escaleras, á la extremidad del terrado, se prolongaban hasta la pendiente, interrumpiéndose por otros rellanos hasta terminar casi sobre el mar, y de esta inferior area presentaban á la vista una especie de séptulo serpentinó entre la verdura superba y el espeso follaje de los rosales. Las maravillas de Schifanoja eran las rosas y los cipreses. Las rosas, de todas las clases, de todas las estaciones, eran suficientes *por en tirer neuf ou dix myrts d'eau rose*, como hubiera dicho el poeta del *Vergier d'honneur*. Los cipreses agudos y sombríos más hieráticos que las pirámides, más enigmáticos que los obeliscos, no cedían ni á los de la villa de Esté ni á los de la villa Mondragone ni á cuantos otros semejantes gigantes crecen en las gloriosas villas de Roma.

La marquesa de Ateleta solía pasar en Schifanoja el verano y parte del otoño; porque ella, aún siendo entre las damas romanas una de las más mundanas, amaba la campiña y la libertad campestre y le agradaba recibir y hospedar á sus amigos. Había tenido para Andrés infinito cuidado y solicitud durante su enfermedad, como una hermana mayor, casi como una madre, sin cansarse jamás: una profunda afección la ligaba á su primo. Ella estaba para él llena de indulgencias y de perdones; era una amiga buena y franca, capaz de compren-

der muchas cosas, pronta, siempre alegre, siempre aguda, espirituosa y espiritual á un mismo tiempo. Aun habiendo rebasado de cerca un año la treintena, conservaba una admirable vivacidad juvenil y una grande benevolencia, porque poseía el secreto de la señora de Pompadour, aquella *beauté sans traits* que puede avivarse de imprevistas gracias.

También poseía una virtud sana: la que comunmente se llama «el tacto». Un delicado genio femenino servíale de guía infalible. En sus relaciones con sus innumerables conocimientos de ambos sexos, ella sabía siempre, en toda circunstancia, cuando y cómo contenerse, y no cometía nunca errores, no averiguaba jamás la vida de los otros, no se hacía nunca inoportuna ni llegaba á hacerse jamás importuna, hacía siempre á tiempo todas sus acciones y decía á tiempo todas sus palabras. Su actitud cerca de Andrés, en este período de convalecencia un poco extraño y desigual, no podía ser en verdad más exquisito. Ella empleaba todos los medios para no turbarlo y para conseguir que nadie lo turbase; le dejaba en completa libertad, aparentaba no percibirse de las extravagancias y de sus melancolias; no le fastidiaba nunca con preguntas indiscretas, procuraba que su compañía le fuese ligera en las horas obligadas; renunciaba en fin á sus chanzas, en su presencia, para evitarle la fatiga de una sonrisa forzada.

Andrés, que comprendía aquella fineza, estaba reconocidísimo.

El 12 de Septiembre, después de sus sonetos á la

Herma, regresó á Schifanoja con una insólida alegría, y encontrando en la escalera á doña Francisca le besó las manos, diciéndola con un tono alegre y burlón:

—Querida prima, he encontrado la Verdad y el Camino.

—¡Aleluya!—dijo doña Francisca, levantando sus hermosos brazos redondos.—¡Aleluya!

Y bajó á los jardines.

Andrés subió á sus habitaciones con el corazón aliviado.

Poco después oyó golpear ligeramente á la puerta y la voz de doña Francisca que preguntaba:

—¿Puedo entrar?

Ella entró llevando en la falda y entre sus brazos un gran fajo de rosas blancas, amarillas róseas, encarnadas y purpurinas. Algunas anchas y claras, como las de la *villa Pamphily*, fresquísimas y todas perladas, tenían no sé qué de vítreo entre hoja y hoja; otras mostraban sus pétalos densos y una riqueza de color que hacía pensar en la celebrada magnificencia de las púrpuras de Elisa y de Tiro: otras parecían bolas de nieve odorosa y daban un extraño antojo de morderlas y engullirlas; otras eran de carne, verdaderamente de carne, voluptuosas como las más voluptuosas formas de un cuerpo de mujer, con algunas sutiles venas. Las infinitas gradaciones del rojo, del carmesí violento al color pálido de la fresa madura, se mezclaban á las más finas y cuasi insensibles variaciones del blanco, desde el candor de la nieve inmaculada, al color indefinible de la leche recién muñida, de la hostia,

de la médula de una caña, de la plata opaca, del alabastro, del ópalo.

—Hoy es fiesta—dijo ella, riendo; y las flores la cubrían el pecho casi hasta la garganta.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!—repetía Andrés ayudándola á depositar la odorosa carga sobre la mesa, sobre los libros, sobre los álbums, sobre los cartones de dibujos.—*¡Rosa rosarum!*

Así que estuvo libre, adornó todos los vasos esparcidos por la estancia y se puso á llenarlos de rosas, componiendo distintos y tan singulares ramilletes con una selección tan superba, que revelaba en ella un gusto raro, exquisito y poco común. Escogiendo y componiendo, hablaba de mil cosas diferentes con aquella su alegre volubilidad, como si quisiera compensarse de la parsimonia de palabras y de risas usadas hasta entonces con Andrés por respeto á su melancolía taciturna.

Entre otras cosas, dijo:

—El 15 tendremos una bella huésped: doña María Ferres y Capdevila; la esposa del ministro plenipotenciario de Guatemala. ¿La conoces?

—Me parece que no.

—En efecto, no puedes conocerla. Ha regresado á Italia hace pocos meses; pero pasará el invierno próximo en Roma, porque su marido ha sido destinado á aquel punto.

Es amiga mía de infancia, muy querida. Hemos estado juntas en Florencia tres años, en la Annunziata; pero es más joven que yo.

—¿Americana?

—No: italiana y de Siena, por añadidura. Naci-

da en casa Bandinelli, bautizada con el agua de la Fuente Alegre. Pero es más bien melancólica de naturaleza; y sumamente dulce. La historia de su matrimonio, también, es poco alegre. Ese Ferres no es nada simpático. Tienen empero una niña que es un amor. Verás; pálida, muy pálida, con una hermosa mata de cabellos, con dos ojos desmesuradamente grandes. Se asemeja mucho á su madre.... ¿Mira, Andrés, esta rosa, no se diría que parece de terciopelo? ¿Y esta otra? Me la comería. Pero mira aún; repara si no parece propiamente una crema ideal. ¡Qué delicia!

Y ella seguía escogiendo las rosas mientras hablaba amablemente. Una onda de perfume, embriagadora como un vino de cien años, subía del montón; algunas corolas se deshojaban y caían entre los pliegues de la falda de doña Francisca: frente á la ventana, á los dorados rayos del rubicundo Febo, la copa oscura de un ciprés se dibujaba apenas. Y en la memoria de Andrés cantaba con insistencia, como una frase musical, un verso del Petrarca:

«Cosi partía le rose e le parole.»

Dos mañanas después, él ofreció en compensación á la marquesa de Ateleta un soneto curiosamente formado á la moda antigua, y manuscrito sobre un pergamino adornado con dibujos y ribetes del gusto de aquellos que rien en los misales d'Atavante y de Liberale de Verona:

Schifanoja in Ferrara (oh gloria d'Estel)
 ove il Cossa emuló Cosimo Tura
 in trionfi d'iddi i su per la mura
 non vide mai tanto gioconde feste.
 Tante rose portó ne la sua veste
 Mona Francesca all'ospite in pastura
 quante mai n'ebbe il Ciel per avventura,
 bianche angelelle, a cingervi le teste.
 Ella parlava ed iscegliea que' fiori
 con tal vaghezza ch'io pensai:—Non forse
 venne una grazia per le vie del Sol?—
 Travidì, inebriato dalli odori.
 Un verso del Petrarca á l'aria sorse:
 «Cosi partía le rose e le parole.» (1)

(1) Schifanoja de Ferrara (oh, gloria del Estel) donde Cossa emuló á Cosimo Tura en los triunfos de los dioses sobre sus muros, no viera jamás tan alegre fiesta.

Tantas rosas llevó en su vestido doña Francisca, al huésped en pastura, cuantas jamás tuvo el cielo para coronar vuestras cabezas oh, lindos angeles!

Ella hablaba y escogía aquellas flores con tal garbo y donosura que yo pensé: ¿No es quizá una Gracia venida por la vía del Sol?

Embriagado por los perfumes, me desmayé. Un verso del Petrarca resonó en los aires: «Así distribuía las rosas y las palabras.»

Así Andrés comenzaba á aproximarse de nuevo al Arte, experimentándose curiosamente en pequeños ejercicios y en pequeños juegos magüer meditando á la par otras menos ligeras. Muchas ambiciones que ya un tiempo habianle excitado, volvieron á excitarlo; muchos proyectos de otro tiempo se reprodujeron en su espíritu modificados ó completos; muchas antiguas ideas se le representaron bajo una luz nueva ó más justa: muchas imágenes, entrevistas apenas una vez, le brillaron claras y nitidas, sin que pudiera darse cuenta de su descubrimiento. Súbitos pensamientos surgían de la profundidad misteriosa de su conciencia y lo sorprendían. Parecía que todos los confusos elementos acumulados en el fondo de su sér, combinados ahora con la disposición particular de su voluntad se transformasen en pensamientos con el mismo proceso por el cual la digestión estomacal elabora los alimentos y los convierte en sustancia del cuerpo.

Pretendía encontrar una forma de Poema moderno, ese perseguido sueño de muchos poetas; é intentaba hacer una lirica verdaderamente moderna en el contenido pero vestida de todas las antiguas elegancias, profunda y límpida, apasionada y pura, fuerte y compuesta.

Además vagamente sentía el deseo de hacer un libro de arte sobre los Primitivos, sobre los artistas precursores del Renacimiento, y un libro de análisis psicológica y literaria sobre los poetas del siglo XIII en gran parte ignorados.

Otro libro hubiese querido escribir sobre el Bernini, un gran estudio de decadencia, agrupando alrededor de este hombre extraordinario que fué el

favorito de seis papas, no tan solo todo el arte, si no también toda la vida de su siglo.

Para cada una de tales obras necesitaba naturalmente, muchos meses, muchos rebuscas, muchas fatigas, un elevado color de ingenio, una vasta capacidad de coordinación.

En materia de dibujo, pretendía ilustrar con aguas fuertes la tercera y la cuarta jornada del *Decanaron*, tomando como modelo aquella *Historia de Nastagio de los Honestos*, donde Sandro Botticelli revela tanto refinamiento de gusto en la ciencia del grupo y de la expresión.

Además pensaba alguna que otra vez en una serie de *Sueños*, de *Caprichos*, de *Grotescos*, de *Cosumbres*, de *Fábulas*, de *Alegorías*, de *Fantasías*, á la manera ligera de Callot, pero con otro muy diverso sentimiento y otro muy diverso estilo, para poder abandonarse libremente á todas sus predilecciones, á todas sus imaginaciones, á todas sus más agudas curiosidades, y más desenfrenadas temeridades de dibujante.

El 15 de Septiembre, un miércoles, llegó á Schifanoja el nuevo huésped.

La marquesa fué á recibir á su amiga, á la próxima estación de Rovigliano, acompañada de su primogénito Fernando y de Andrés.

Mientras el factón descendía por el camino sombreado de altos álamos, la marquesa hablaba de su amiga á Andrés, con gran benevolencia.

—Creo que te agrada—concluyó diciendo ella.

Después se echó á reír, como si un pensamiento imprevisto hubiera atravesado su espíritu.

—¿Por qué ries?—preguntóla Andrés.

—Por una analogía.

—¿Cuál?

—¿Adivina?

—No sé.

—Pues bien; pensaba en otro anuncio de presentación y en otra presentación que yo te hice, hace casi dos años, acompañándola con una profecía alegre. ¿Te acuerdas?

—¡Ah!—suspiró Andrés.

—Río porque también esta vez se trata de una desconocida y esta vez también yo seré... la protectora involuntaria.

—¡Oh! ¡Demasiado tarde!

—Pero el caso es distinto, mejor dicho, es distinto el personaje del posible drama.

—¿Y eso, por qué?

—María es una *turris eburnea*.

—Y yo soy ahora un *vas spirituale*.

—¡Bah! es verdad. Olvidaba ya que al fin has encontrado la Verdad y el Camino. «El alma ríe sus amores lejanos.»

—¿Recuerdas mis versos?

—Los sé de memoria.

—¿Qué amabilidad!

—Por lo demás, querido primo, aquella «blanca mujer» con la Hostia en la mano me es muy sospechosa. Tiene para mí todo el aire de una forma ficticia, de un ropaje sin cuerpo, que está á merced de cualquier alma de ángel ó de demonio que tenga intención de admitirla, de administrarte la comunión y de hacerte el «gesto que consiente.»

—¡Sacrilégio! ¡Sacrilégio!

—Guárdate y vigila bien el ropaje y haz muchos exorcismos... Pero, ya caigo de nuevo en la profecía. Indudablemente las profecías son una de mis debilidades.

—Hemos llegado, prima.

Ambos reían. Pocos minutos faltaban para la llegada del tren, cuando entraban en la estación. El primogénito Fernando, un niño de doce años, enfermizo, llevaba un hermoso ramo de rosas para ofrecerlo á doña María.

Andrés, después de aquel diálogo sentíase alegre, ligero, vivacísimo, como si de pronto hubiese vuelto á entrar en su primitiva vida de frivolidades y de fatuidad; era una sensación inexplicable. Parecía que algo así como un soplo femenino, como una tentación indefinida, le atravesase el espíritu. Escogió del ramo de Fernando una rosa thé y se la colocó en el ojal: dió una rápida ojeada á su traje de verano: se miró con complacencia las manos bien cuidadas que en la enfermedad se habían puesto más finas y más blancas. Todo esto lo hizo sin reflexión, casi por un instinto de vanidad despertada en él de repente.

—Ahí viene el tren—dijo Fernando.

La marquesa avanzó al encuentro de la que llegaba, que, asomada ya á la portezuela, saludaba con la mano y hacía signos con la cabeza completamente envuelta en un gran velo de color perla que cubría por mitad su sombrero de paja negra.

—¡Francisca! ¡Francisca!—llamaba, con una tierna efusión de alegría,

Aquella voz hizo sobre Andrés una impresión singular; le recordó vagamente una voz conocida. ¿Cuál?

Doña María descendió de un salto rápido y ágil; y con un gesto lleno de gracia levantó el velo hasta descubrir la boca para besar á su amiga.

Aquella señora alta y ondulante, bajo el *pardessus* de viaje y velada, de la que no veía más que la boca y la barba, inspiró súbitamente á Andrés una profunda seducción. Todo su sér, iluso en aquellos días por una apariéncia de libertad reconquistada, estaba dispuesto á acoger la fascinación del «etero femenino.» Apenas removidas por un soplo de mujer, las cenizas daban chispas.

—María, te presento mi primo el conde Andrés Sperelli-Fieschi d'Ugenta.

Andrés se inclinó cortesmente. La boca de la señora se abrió dando paso á una sonrisa que pareció misteriosa porque la densidad y brillantez del velo ocultaba el resto de las facciones.

En seguida la marquesa presentó á Andrés á don Manuel Ferres y Capdevila, y, acariciando los cabellos de la niña que miraba al joven conde con dos dulces ojos atónitos, dijo:

—Hé aquí á Delfina.

En el faetón, Andrés ocupaba un sitio frente á doña María y al lado del marido. Ella no se había quitado aún el velo: tenía sobre sus rodillas el ramo de Fernando y de vez en cuando lo llevaba á la nariz, mientras contestaba á las preguntas de la marquesa.

Andrés no se había engañado; en la voz de aque-

lla mujer había algunos acentos de la voz de Elena Muti, perfectamente iguales. Una curiosidad impaciente lo invadió por ver el rostro oculto, la expresión, el color.

—Manuel—decía ella—partirá el viernes. Más tarde vendrá á recogerme.

—Esperamos que sea muy tarde—interrumpió cordialmente doña Francisca.—A lo menos un mes: ¿es verdad, don Manuel? Y aun lo mejor sería esperar á irnos todos juntos. Nosotros estaremos en Schifanoja á lo menos hasta el primero de Noviembre; no más allá.

—Si mamá no me esperase, quedárame con mucho gusto contigo. Pero he prometido encontrarme sin excusa ni pretexto alguno en Siena para el 17 de Octubre, que es el natalicio de Delfina.

—¡Qué lástima! Precisamente el 20 de Octubre es la fiesta de las donaciones en Rovigliano, tan hermosa y extraña.

—¡Qué remedio! Si faltase, mamá tendría seguramente un gran disgusto. Delfina es su adorada...

El marido callaba; debía ser de natural taciturno. De mediana talla, un poco grueso, un poco calvo; tenía la piel de un color singular, de una palidez entre verduzca y violácea, sobre la cual el blanco de sus ojos, en los movimientos de la mirada, brillaba como el de un ojo de esmalte en ciertas cabezas de bronce antiguo. Sus bigotes, negros, duros y cortados al igual que los pelos de un cepillo, sombreaban una boca cruel y sardónica. Parecía un hombre todo regado de bilis. Podría tener cuarenta años ó poco más. En su persona había algo de equí-

voco y de socarrón que no escapaba á un observador; era ese indefinible aspecto de viciosidad que llevan en sí las generaciones provenientes de una aleación de razas bastardeadas, crecidas en la turbulencia.

—¡Mira, Delfina, los naranjos llenos de flores! —exclamó doña María, sacando la mano fuera de la ventanilla para coger una ramita.

El camino, en efecto, subía entre dos bosques de naranjos, en las cercanías de Schifanoja. Las plantas y legumbres eran tan altas, que hacían sombra. Un viento marino alentaba y suspiraba en la sombra, cargado de un perfume que se podía casi beber á sorbos como un agua refrigerante.

Delfina habíase puesto de rodillas sobre el asiento y se asomaba por la ventanilla fuera del faetón para coger las ramas. La madre la ceñía con un brazo para sostenerla.

—¡Guarda! ¡guarda! Puedes caer. Espera un poco que me quite el velo—dijo ella.—Perdona, Francisca; ayúdame.

E inclinó la cabeza hacia su amiga para que ésta le desprendiera el velo del sombrero. Al hacer este movimiento, el ramo de rosas le cayó á los pies. Andrés se apresuró á recogerlo, y, al levantarse para ofrecérselo, vió al fin descubierto enteramente el rostro de doña María.

—Gracias—dijo ésta.

Tenía un rostro oval, quizás un poco demasiado prolongado, pero muy poco, aquella aristocrática prolongación que en el siglo xv los artistas rebuscadores de elegancia exageraban. En sus delicadas facciones había esa expresión tenue de sufrimiento

y de fatiga que forma el humano encanto de las vírgenes en los *redondos* florentinos del tiempo de Cósimo. Una sombra mórbida, tierna, semejante á la fusión de dos tintas diáfanas, de un violeta y un azul ideales, le circundaba los ojos que dilataban el iris leonado de los ángeles morenos. Los cabellos le ocultaban la frente y las sienas, como una corona, y se acumulaban y ensortijaban sobre la nuca. Los bucles, por delante, tenían la densidad y la forma de los que cubren á guisa de casco la cabeza del Antinoo Farnesio. Nada superaba en gracia á aquella finísima cabeza, que parecía haber sido modelada de la profunda masa como por un divino castigo.

—¡Dios mío!—exclamó ella, probando á levantar con las manos el peso de las trenzas constreñidas y reunidas bajo la paja del sombrero.—Tengo toda la cabeza adolorida como si hubiese estado suspendida por los cabellos durante una hora. No puedo estar mucho tiempo sin desatarlos; me fatigan demasiado. Es una esclavitud.

—¿Te acuerdas—preguntó doña Francisca,—cuando en el Conservatorio todas queríamos peinarlo? Había todos los días grandes disputas. ¡Figúrate, Andrés, que al fin hasta corría la sangre! ¡Ah! no olvidaré jamás la escena entre Carlota Fiordelise y Gabriela Vanni. Era una manía, una locura. Peinar á María Bandinelli era la aspiración de todas las educandas, mayores y menores. El contagio se propagó por todo el Conservatorio: vinieron prohibiciones, admoniciones, rigores, amenazas, por fin, de tonsura. ¿Recuerdas María? Todas nuestras ami-

gas estaban enlazadas por aquella bella serpiente negra que te colgaba hasta los talones. ¡Qué llantos de pasión por la noche! ¿Y cuando Gabriela Vanni, por celos, te dió á traición un tejeretazo? Verdaderamente, Gabriela había perdido la cabeza. ¿Te acuerdas?

Doña Maria sonreía con una sonrisa melancólica y casi diríamos encantada como la de una persona que sueña. En su boca cerrada el labio superior avanzaba un poco sobre el inferior, pero tan poco, que apenas se percibía, y los ángulos se inclinaban hacia abajo dolientes, acogiendo una sombra en la leve cavidad formada por los sutiles pliegues. Todo esto creaba una expresión de tristeza y de bondad, atemperada por esa fiereza que revela la elevación moral de quien ha sufrido mucho y ha sabido sufrir en silencio y resignado.

Andrés pensó que ninguna de sus amigas poseía una semejante cabellera, una tan vasta y tan tenebrosa selva donde extraviarse. La historia de todas aquellas niñas enamoradas de una trenza, encendidas de pasión y de celos, maniáticas de meter el peine y los dedos en el vivo tesoro, parecióle un gentil y práctico episodio de vida claustral, y en su imaginación la doncella de la opulenta cabellera se iluminó vagamente como la heroína de una fábula, como la heroína de una leyenda cristiana que narra la infancia de una santa, destinada al martirio y á una glorificación futura. Al mismo tiempo una ficción de arte surgía en su espíritu. ¡Cuánta riqueza y variedad de líneas hubiera podido dar al dibujo de una figura de mujer, aquella voluble y divisible masa de cabellos negros!

No eran, verdaderamente, negros. El los miraba al otro día, cuando se hallaban á la mesa, en el momento en que la reverberación del sol los hería. Tenían reflejos sombríos de violeta, de esos reflejos que tiene la tinta del campeche, ó también á veces el acero probado por la llama, ó también cierta especie de patisandro pulido; y parecían áridos, de modo que, aun en su compacidad, los cabellos permanecían separados uno del otro, penetrados de aire y casi diríase respirantes.

Ella hablaba con finura, mostrando un espíritu delicado é inclinado á las cosas de la inteligencia, á la exquisitez del gusto, al placer estético. Poseía una cultura varia y abundante, una imaginación desarrollada, la palabra colorida del que ha visto muchos países, ha vivido en diversos climas, ha conocido gente diversa. Y Andrés sentía un aura exótica envolver la persona de aquella mujer, sentía partir de ella una extraña seducción, un encanto compuesto de los fantasmas vagos de las cosas lejanas que ella había mirado, de los espectáculos que todavía conservaba en los ojos, de los recuerdos que le llenaban el alma.

Y esto era un encanto indefinible, inexplicable: era como si ella llevara en su persona una huella de la luz en que se había sumergido, de los perfumes que había respirado, de los idiomas que había oído; era como si ella llevase en sí confundidas, desvanecidas, indistintas, todas las magias de aquellos países del Sol.

Por la noche, en la gran sala que daba sobre el vestibulo, ella se acercó al piano y lo abrió para probarlo, diciendo:

—¿Tocas tú todavía, Francisca?

—¡Oh! no —contestó la marquesa.—He dejado de estudiar hace mucho tiempo. Pienso que la simple audición es una voluptuosidad preferible. Pero me doy el aire de proteger el arte, y en invierno en mi casa, presido siempre un poco de buena música. ¿Es verdad, Andrés?

—Mi prima es muy modesta, doña María. Es algo más que una protectora, es una restauradora del buen gusto. Precisamente este año, en Febrero, se han ejecutado en su casa, por sus cuidados, dos quintetos, un cuarteto y un trío de Boccherini, y un cuarteto de Cherubini; música casi por completo olvidada, pero admirable y siempre joven. Los *Adagio* y los *Minuetos* de Boccherini son de una frescura deliciosa; solamente los *Finales* me parecen algo anticuados. Vos, estoy cierto que conocéis algo de ese maestro...

—Recuerdo haber oído un quinteto hace cuatro ó cinco años en el Conservatorio de Bruselas; y me pareció magnífico y además muy nuevo, lleno de episodios inesperados. Me acuerdo muy bien que en algunas partes el quinteto, por el uso del unísono, se reducía a un dúo, pero los efectos obtenidos con la diferencia de los tiempos eran de una finura extraordinaria. No he encontrado ya nada semejante en las otras composiciones instrumentales.

Ella hablaba de música con sutileza de conocedora; y para traducir el sentimiento que una parte de la composición ó la obra entera de algún maestro suscitaba en ella, usaba expresiones ingeniosas empleaba imágenes atrevidas.

—Tengo ejecutado y he oído mucha música—decía ella.—Y de cada Sinfonía, de cada Sonata, de cada Nocturno, de toda composición, en fin, conservo una imagen visible, una impresión de forma y de color, una figura, un grupo, un paisaje; tanto, que cada uno de mis trozos predilectos llevan un nombre, según la imagen. Tengo, por ejemplo, la *Sonata de las cuarenta cuerdas de Priamo*, el *Nocturno de la Bella durmiente en el bosque*, la *Gavotta de las Damas amarillas*, la *Giga (1) del Molino*, el *Preludio de la gota de agua* y otras así.

Y se echó á reír, con una débil risa que sobre su boca doliente tenía una indecible gracia y sorprendía como un relámpago inesperado.

—¿Te acuerdas, Francisca, en el colegio, de cuántos comentarios marginales afligíamos la música del pobre Chopin, de nuestro divino Federico? Tú eras mi cómplice. Un día cambiamos todos los títulos á Schumann, con graves discusiones; y todos los títulos llevaban una larga nota explicativa. Conservo todavía aquel papel como recuerdo. Ahora, cuando toco los *Myrthen* (2) ó los *Albumblätter* (3), todas aquellas significaciones misteriosas me son incomprendibles; la emoción y las visiones son bastante diversas, y es un placer muy delicado el de poder parangonar el sentimiento presente con el pasado, la nueva imagen con la antigua. Es un placer semejante al que se experimenta cuando una vuelve á leer su propio diario, pero es quizá más melancó-

(1) Danza muy viva y alegre.

(2) Mirtos.

(3) Hojas de Album.

lico y más intenso. El diario, por lo general, es la descripción de los acontecimientos reales, la crónica de los días felices y de los días tristes, la huella gris ó rósea dejada por la vida que huye; las notas puestas al margen de un libro de música, en la juventud, son á veces los fragmentos del poema secreto de un alma que se escapa, son las efusiones líricas de nuestra idealidad intacta, son la historia de nuestros sueños. ¡Qué lenguaje! ¡Qué palabras! ¿Te acuerdas, Francisca?

Ella hablaba con plena confianza, quizás con una ligera exaltación espiritual, como una mujer que, largamente oprimida por el trato forzado con gentes inferiores, ó por un espectáculo de vulgaridades, sienta la necesidad irresistible de abrir su inteligencia y su corazón á un soplo de vida más pura y elevada.

Andrés la escuchaba, experimentando por ella un sentimiento dulce que semejaba á la gratitud. Le parecía que ella, hablando de tales cosas delante de él y con él, le diese una prueba gentil de benevolencia y casi le consintiera aproximarse á ella.

Creía entrever fragmentos de aquel mundo interior, no tanto por el significado de las palabras que ella decía, cuanto por los sonidos y por las modulaciones de su voz. De nuevo reconocía los acentos de la obra.

Era una voz ambigua, casi podríamos decir bisexual, doble, andrógina, de dos timbres. El timbre masculino, bajo y un poco velado, se suavizaba, se aclaraba, se afeminaba á veces con pasajes casi armoniosos que al oído del oyente causaba sorpre-

sa y deleite, á la par que perplejidad. Así como cuando una música pasa del tono menor al tono mayor, ó como cuando una música, tras de recorrer en disonancias dolorosas, torna después de muchos compases al tono fundamental, así aquella voz hacía el cambio á intervalos desiguales. Y el timbre femenino precisamente le recordaba la *otra*.

El fenómeno era tan singular, que bastaba por sí solo á ocupar el ánimo del oyente, independientemente del sentido de las palabras, las cuales, cuanto más adquieren, por un ritmo ó por una modulación, su valor musical, tanto más pierden su valor simbólico. El alma, en efecto, después de algunos minutos de atención, se entregaba á la fascinación misteriosa y permanecía suspendida esperando y deseando la cadencia suave como por una melodía ejecutada por un instrumento.

—¿Cantáis?—preguntó Andrés á doña María, casi con timidez.

—Un poco—contestó ella.

—Canta alguna cosa—la rogó doña Francisca.

—Cantaré—asintió ella;—pero apenas indicando, porque desde hace un año he perdido toda fuerza.

En la estancia contigua, don Manuel jugaba con el marqués de Ateleta, sin rumor, sin movimiento.

En el salón la luz se difundía á través de un gran transparente japonés, como tamizada y roja. Entre las alumnas del vestibulo pasaba la brisa marina y movía de vez en cuando las altas cortinas de Karamanieh, llevando el perfume de los jardines cercitos. Por entre las columnas guarecían las cimas de los cipreses negros, macizos, como de ébano,

sobre un cielo diáfano, todo palpitante de estrellas.

Doña María se puso al piano, diciendo:

—Ya que estamos por lo antiguo, indicaré una melodía de Paisiello en la *Nina pazza*, una cosa divina.

Ella cantaba, acompañándose. En el fuego del canto, los dos timbres de su voz se fundían como dos metales preciosos, componiendo un solo metal sonoro, cálido, flexible, vibrante. La melodía de Paisiello, sencilla, pura, espontánea, llena de suavidad, pesadosa y de tristeza alada, sobre un acompañamiento clarísimo, fluyendo de aquella boca doliente y affigida, se elevaba con tal llama de pasión, que el convaleciente, turbado hasta en lo más profundo de su ser, sentía pasar por sus venas una á una las notas, como si en el cuerpo se le hubiese paralizado la sangre para escuchar también. Un frío sutil le penetraba las raíces de sus cabellos, sombras rápidas y densas le caían sobre los ojos; el ansia le privaba la respiración. Y la intensidad de la sensación en sus nervios sobreexcitados y todavía enfermos era tanta, que tuvo que hacer un esfuerzo para contener una explosión de lágrimas.

—¡Oh, María querida!—exclamó doña Francisca, besando amorosamente en los cabellos á la cantora, cuando calló.

Andrés no pudo hablar; permaneció sentado en la poltrona, de espaldas á la luz, y con el rostro en la sombra.

—¡Canta otra cosa!—rogó doña Francisca.

Y María cantó una *Arietta* de Antonio Salieri. Después ejecutó una *Tocatta* de Leonardo Leo, una

Garotte de Rameau y una *Giga* de Sebastián Bach. Revivía maravillosamente bajo sus dedos la música del siglo XVIII, tan melancólica en los aires de danza, que parecían compuestos para ser bailados en una lánguida tarde del estío de San Martín, dentro de un parque abandonado, entre fuentes enmudecidas y pedestales sin estatua, sobre un tapiz de rosas muertas, por parejas de amantes próximos á no amar más.

VIII

—Echadme una trenza, para ayudarme á subir,— gritó Andrés, riendo, desde el primer rellano de la escalera, á doña María, que estaba en la terraza contigua á sus habitaciones, de pie entre dos columnas.

Era de mañana. Ella estaba al sol para hacerse secar los cabellos húmedos que la cubrían por completo, como un terciopelo de un bello violeta obscuro, entre el cual aparecía la palidez mate de sus facciones. La cortina de tela, levantada por mitad, de un vivo color naranja, le enviaba sobre la cabeza el bello ribete negro de su borde, al estilo de los frisos que orlan los antiguos vasos griegos de la Campania; y si ella hubiese tenido en torno de sus sienes una corona de narcisos y cerca una de esas grandes liras de nueve cuerdas, que tienen pintada

Garotte de Rameau y una *Giga* de Sebastián Bach. Revivía maravillosamente bajo sus dedos la música del siglo XVIII, tan melancólica en los aires de danza, que parecían compuestos para ser bailados en una lánguida tarde del estío de San Martín, dentro de un parque abandonado, entre fuentes enmudecidas y pedestales sin estatua, sobre un tapiz de rosas muertas, por parejas de amantes próximos á no amar más.

VIII

—Echadme una trenza, para ayudarme á subir,— gritó Andrés, riendo, desde el primer rellano de la escalera, á doña María, que estaba en la terraza contigua á sus habitaciones, de pie entre dos columnas.

Era de mañana. Ella estaba al sol para hacerse secar los cabellos húmedos que la cubrían por completo, como un terciopelo de un bello violeta obscuro, entre el cual aparecía la palidez mate de sus facciones. La cortina de tela, levantada por mitad, de un vivo color naranja, le enviaba sobre la cabeza el bello ribete negro de su borde, al estilo de los frisos que orlan los antiguos vasos griegos de la Campania; y si ella hubiese tenido en torno de sus sienes una corona de narcisos y cerca una de esas grandes liras de nueve cuerdas, que tienen pintada

al encáustico las efigies de Apolo y de un lebrel, seguramente que hubiera parecido una alumna de las escuelas de Mitileno, una lirista lesbica en el acto de reposar, y aún alguien hubiera podido imaginarla una pre-rafaelista.

—¿Queréis echarme un madrigal?— respondió ella, en tono de chanza, retirándose un poco.

—Voy á escribirlo sobre el mármol de un balustre, en la última terraza, en vuestro honor. Venid á leerlo después, cuando estéis dispuesta.

Y continuó bajando lentamente los escalones que conducían á la última terraza.

En aquella mañana de Septiembre, el alma de Andrés se dilataba al unísono con sus pulmones. El día tenía una especie de santidad; el mar parecía resplandecer de luz propia, como si en su fondo ocultase mágicos surtidores: todas las casas estaban penetradas de sol.

Andrés bajaba deteniéndose de vez en cuando. El pensamiento que doña María hubiese quedado en la azotea para mirarlo, le daba una turbación indefinida, se sentía en el pecho una violenta palpación que casi le intimidaba, como si fuese un jovencillo en su primer amor. Experimentaba una beatitud inefable en respirar aquella cálida y limpia atmósfera donde respiraba también ella, donde sumergíase también su cuerpo. Una onda inmensa de ternura le emanaba del corazón, esparciéndose sobre los árboles, sobre las piedras, sobre el mar, como sobre seres amigos y sonrientes. Sentíase impulsado como por una necesidad de adoración sumisa, humilde, pura; como por una nece-

sidad de orar de rodillas y de unir las manos y de ofrecer aquel afecto vago y mudo que él no sabía cuál fuese. Creía sentir venir á sí la bondad de los astros y mezclarse á su bondad y rebasar:—¿Con qué la amo?—se preguntó; pero no se atrevió á mirar dentro de su alma y reflexionar, porque temía que aquel encanto delicado se desvaneciese y se dispersase como un sueño del alba.

—¿La amo? ¿Y ella qué piensa? Y si viene sola, ¿le diré que la amo?—Gozaba con interrogarse á sí mismo y no responder é interrumpir la respuesta del corazón con una nueva pregunta, y complacíase en prolongar aquella fluctuación tormentosa y deliciosa al mismo tiempo.—No, no; no la diré que la amo. Ella está sobre todas las otras.

Se volvió á mirar, y vió todavía, en lo alto, en la azotea, en pleno sol, la forma de ella, indistinta. Quizás ella le había seguido con los ojos y con el pensamiento hasta allí abajo, asiduamente.

Por una curiosidad infantil, pronunció en voz clara su nombre, sobre la terraza solitaria, y lo repitió dos ó tres veces escuchándose á sí mismo.—¡María! ¡María!—Jamás palabra alguna, jamás ningún nombre habíale parecido más suave, más melodioso, más dulce ni más cariñoso. Y pensó que sería feliz si ella le permitiese llamarla simplemente María, como una hermana.

Aquella criatura tan espiritual y elegida le inspiraba un sentimiento de devoción y de sumisión, altísimo. Si se le hubiese preguntado cuál sería para él, la más dulce de las cosas, habría contestado con sinceridad:—Obedecerla.—Nada le hubiera

causado tanto dolor como el ser juzgado por ella un hombre vulgar. De ninguna otra mujer, como de ella, hubiera querido ser admirado, alabado, comprendido en las obras de su inteligencia, en el gusto, en sus deseos, en sus aspiraciones de arte, en sus ideales, en sus sueños, en la parte más noble de su espíritu y de su vida. Y su más ardiente ambición era la de llevarle el corazón.

Desde hacía diez días que ella vivía en Schifanoja, y en estos diez días ¡cómo lo había conquistado enteramente! Sus conversaciones sobre las terrazas ó sobre los bancos esparcidos á la sombra ó á lo largo de los senderos bordeados de rosales, duraban á veces horas y horas, mientras Delfina corría como una gacela entre el dédalo de naranjos y hortalizas. Ella tenía en sus conversaciones una fluidez admirable; disipaba un tesoro de observaciones delicadas y penetrantes; revelábase á veces con un candor lleno de gracia; á propósito de sus viajes, á veces, con una sola frase pintoresca suscitaba en Andrés, largas visiones de países y de mares lejanos. Y él ponía un asiduo cuidado en demostrarla sus vastos conocimientos, la amplitud de su cultura, la refinación de su educación, la exquisitez de su sensibilidad, y un orgullo enorme sublevó todo su sér, cuando ella le dijo, con acento de verdad, después de la lectura de su *Fábula de Hermafrodito*.

—Ninguna música me ha embriagado como este poema, y ninguna estatua me ha dado una impresión más harmónica de la belleza. Algunos de sus versos me persiguen sin tregua y me perseguirán

por larguísimo tiempo quizás: ¡tan intensos y profundos son!

Á la sazón, sentado sobre la balaustrada de la azotea, recordaba aquellas dulces palabras. Doña María no estaba ya en la terraza, y la cortina cubría todo el intervalo entre las columnas. Iria quizás á bajar dentro de poco. ¿Debia escribirla el madrigal, según su promesa? El pequeño suplicio de versificar sin ganas y á la fuerza le pareció insufrible; en medio de aquel grandioso y alegre jardín donde el sol de Septiembre hacía renacer una especie de primavera sobrenatural. ¿Por qué, pues, disipar esta rara emoción en un juego apresurado de rimas? ¿Por qué empequeñecer aquel vasto sentimiento en un breve suspiro métrico? Resolvió faltar á su promesa, y quedó sentado mirando las velas sobre el extremo límite de las aguas, que flameaban á semejanza de antorchas eclipsando el sol.

Mas, una mortal ansiedad lo atormentada, á medida que el tiempo huía, y á cada minuto volviase á mirar si en lo alto de la escalera, entre las columnas del vestíbulo, aparecía una forma femenina.— ¿Era quizás aquello una cita de amor? ¿Acudía, acaso, á aquel sitio, la señora Ferres, á un coloquio amoroso y secreto? ¿Imaginaba ella la ansiedad del joven?

—¡Ahí viene!—dijole, de pronto, el corazón. Y, en efecto, ella era.

Iba sola. Descendía lentamente. Sobre la primera terraza, cerca de una de las fuentes, se detuvo. Andrés la siguió con los ojos, en suspenso, como exta-

siado, experimentando á cada uno de sus movimientos, á cada uno de sus pasos, á cada una de sus actitudes, una palpitación, como si el movimiento, el paso, la actitud tuviesen para él un significado, fuesen un lenguaje.

Ella avanzó por aquella sucesión de escaleras y de terrazas entrecortadas de árboles y de céspedes. Su figura aparecía y desaparecía, ora toda entera, ora de la cintura arriba, ó bien emergía su linda cabeza por encima de un rosal. A veces el follaje de las ramas la ocultaba durante algunos segundos: solamente se veía en los espacios más claros pasar su vestido oscuro ó brillar la paja clara de su sombrero. Cuanto más se aproximaba, más lenta era su marcha, retardándose por las malezas, deteniéndose á mirar los cipreces, inclinándose á recoger un puñado de hojas caídas.

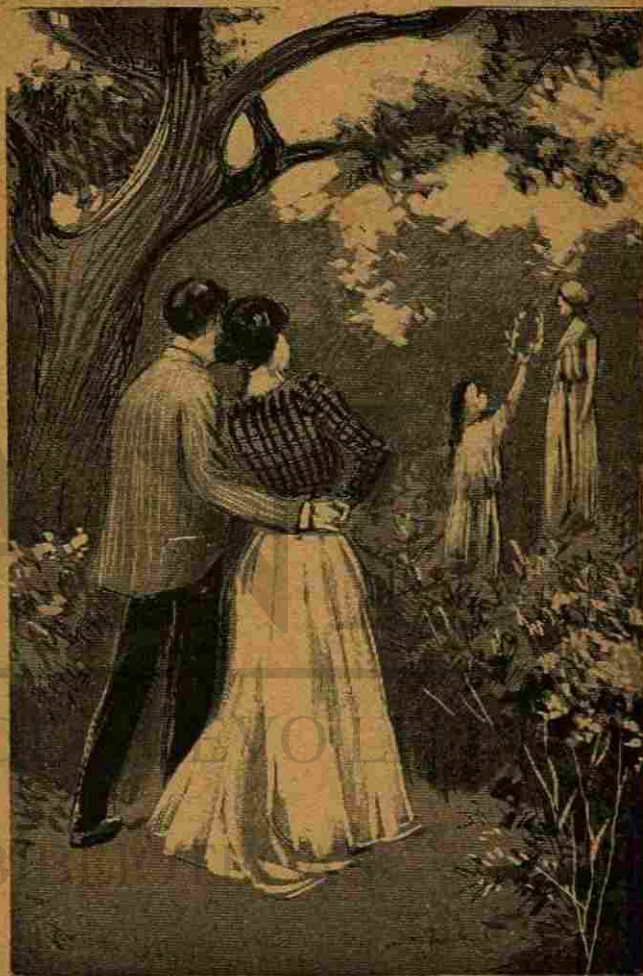
Desde la penúltima terraza saludó con la mano á Andrés, que esperaba de pie sobre el último peldaño, y le arrojó las hojas recogidas que se desparmaron como un enjambre de mariposas y, tremolando, flotando cual más cual menos en el aire, se posaron, al fin, sobre la piedra, con la suavidad y blandura de la nieve.

—¡Y bien!—dijo ella, deteniéndose á mitad del tramo.

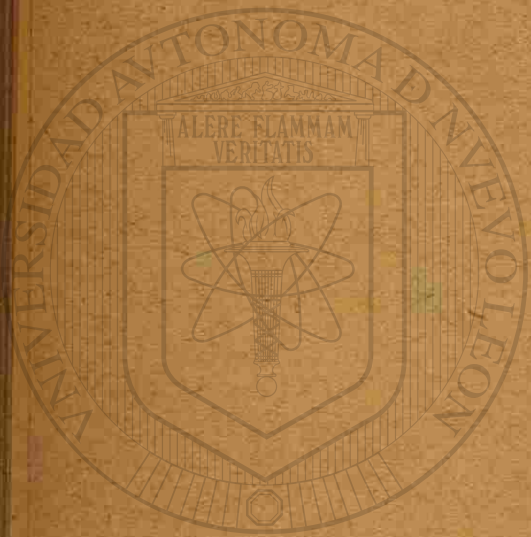
Andrés dobló las rodillas sobre la grada, elevando al cielo las manos.

—¡Nada!—confesó.—Pido perdón; pero vos y el sol llenáis, esta mañana, los cielos y la tierra de demasiada dulzura. *Adoremus.*

La confesión era sincera, y también la adoración,



Quería adornar con ella la divinidad...



magüer la apariencia festiva y de juego, dada á la una y á la otra. Y ciertamente que doña María comprendió aquella sinceridad, porqué ruborizóse un poco, diciendo con singular vivacidad:

—¡Alzáos! ¡Alzáos!

Andrés se levantó. Ella le tendió la mano, agregando:

—Os perdono, porque estáis aún convaleciente.

Llevaba un vestido de un extraño color de moho, de un color de azafrán pasado, indefinible; de uno de esos colores llamados estéticos, que se encuentran en los cuadros del divino Autunno, en los de los Primitivos y en los de Dante Gabriel Rosetti. La blusa componíase de muchos pliegues, rectos y regulares, que partían de debajo de los brazos. Un ancho lazo verde mar, de la palidez de una turquesa enferma, formaba la cintura y caía con un solo grande nudo abajo por el costado. Las mangas anchas, flojas, con numerosos pliegues en la unión, se estrechaban en las muñecas. Otro lazo verde mar, pero estrecho y sutil, ceñía su cuello, anudado á la izquierda por un pequeño nudo. Otro lazo igual ataba la extremidad de la prodigiosa trenza colgante á un sombrero de paja, coronado por una corona de jacinto semejante á la de la Pandora de Alma Tadema. Una gruesa turquesa de la Persia, única joya, en forma de escarabajo, grabada de caracteres como un talismán, cerraba el cuello bajo la barba.

—Esperemos á Delfina,—dijo ella.—Después iremos hasta el cancel de la Cibele. ¿Queréis?

Ella tenía para el convaleciente miradas muy

carinosas. Andrés estaba todavía muy pálido y muy demacrado, y sus ojos se le habían extraordinariamente agrandado con aquella magrez, y la expresión sensual de la boca un poco tímica hacía un extraño y atrayente contraste con la parte superior de su rostro.

—Sí,—contestó.—Y aún os quedo reconocido.

Después, tras una corta excitación:

—¿Me permitiréis que esta mañana guarde algún silencio?

—¿Por qué me preguntáis esto?

—Porque me parece haber perdido la palabra, y que no voy á saber qué decir. Pero, á veces los silencios pueden ser pesados y fastidiar, y hasta turbar si se prolongan. Por esto os pregunto si me permitiréis callar durante el camino, y limitarme á escucharos.

—Entonces, callaremos los dos,—dijo ella con tenue sonrisa.

Y miró á lo alto, hacia la *villa*, con visible impaciencia.

—¡Cuánto tarda Delfina!

—¿Se había levantado ya Francisca, cuando habéis bajado?—preguntó Andrés.

—¡Oh! no. Es una perezosa increíble... Ahí viene Delfina. ¿La veis?

La niña bajaba rápidamente seguida de su aya. Invisible al bajar la escalera, reaparecía sobre las terrazas, que atravesaba corriendo. Sus cabellos sueltos le ondulaban por la espalda, impulsados por el viento de la carrera, bajo las anchas alas de un sombrero de paja coronado de amapolas. Cuando

llegó hasta el último escalón abrió los brazos hacia su madre y la besó repetidas veces en las mejillas. Después, dijo:

—Buenos días, Andrés.

Y le presentó la frente, con un gesto infantil de adorable gracia.

Era una criatura frágil y vibrante como un instrumento formado de materias sensibles. Sus miembros eran tan delicados, que parecía no poder casi ocultar, ni aún velar el esplendor del espíritu que, como una llama de una lámpara preciosa, vivía dentro de ella una vida íntima y dulce.

—¡Amor mío!—susurró la madre, mirándola con una mirada indescriptible, en la cual exhalábase toda la ternura de un alma ocupada por aquella única afección.

Y Andrés tuvo celos de la palabra, de la mirada, de la expresión, de la caricia, sintióse invadido de una especie de desaliento, como si el alma de aquella mujer se alejase de él, huyera para siempre, se le hiciera inaccesible.

El aya pidió permiso para retirarse, y ellos se dirigieron hacia el sendero de los naranjos. Delfina corría delante, empujando su aro, y sus piernas rectas, encerradas en sus medias negras, un poco largas, de esa largura afilada de un dibujo efébo, se movían con rítmica agilidad.

—Me parece que estáis un poco triste, ahora,—dijo doña María al silencioso joven,—mientras antes, al bajar, estábais alegre. ¿Os atormenta algún pensamiento? ¿O no os sentís bien?

Ella preguntó esto de una manera casi fraternal, grave y suave, que invitaba á la confianza. Un

deseo tímido, casi una vaga tentación tuvo el convaleciente de cogerse del brazo de aquella mujer y dejarse conducir por ella en silencio á través de las sombras y de los perfumes, sobre aquel suelo sembrado de azahar, sobre aquel sendero que conducía á los antiguos términos, vestidos de musgo. Le parecía haber vuelto á los primeros días, después de la enfermedad, á aquellos días inolvidables de languidez, de felicidad, de inconsciencia, y sentía la necesidad de un apoyo amigo, de una guía afectuosa, de un brazo familiar. Este deseo lo sintió con tal vehemencia, que las palabras le subían espontáneamente á los labios para expresarlo. Pero, en vez de esto, contestó:

—No, doña María; me siento bien. Gracias. Es el mes de Septiembre que me aturde un poco...

Ella lo miró como si dudase de la verdad de la respuesta. Y, en seguida, para evitar el silencio tras la frase evasiva, preguntó:

—Entre los meses neutros, ¿cuál preferís, el Abril ó el Septiembre?

—El Septiembre. Es más femenino, más discreto, más misterioso. Parece una primavera vista en un sueño. Todas las plantas, perdiendo lentamente su fuerza, pierden también alguna parte de su realidad. Mirad el mar, allá abajo. ¿No dá imagen de una atmósfera más bien que de una masa de agua? Jamás, como en Septiembre, las alianzas del cielo y del mar son tan místicas y profundas. ¿Y la tierra? No sé por qué, mirando un paisaje, en este tiempo pienso siempre en una hermosa mujer que haya dado á luz, y que repose en un lecho blanco, son-

riendo con una sonrisa atónita, pálida, inextinguible. ¿Es una impresión justa? Hay alguna cosa del estupor y de la beatitud puerperal, en una campaña de Septiembre.

Habían llegado casi al final del sendero. ¿Por qué Andrés fué asaltado de una inquietud y de una ansiedad imprevista al aproximarse al sitio donde, dos semanas antes, había escrito los sonetos de su liberación?

¿Por qué luchó entre el temor y la esperanza de que ella los descubriese y los leyera.

¿Por qué algunos de aquellos versos le volvieron á la memoria, separados de los otros, como representando su sentimiento presente, su aspiración de momento, el nuevo sueño que encerraba en su corazón?

«¡Oh! ¡vos que perfumáis todos los vientos,—que tenéis en señorío todas las puertas,—yo pongo á vuestros pies mi destino:—¡Señora, me lo queréis consentir!»

¡Era verdad! ¡Era verdad! El la amaba; él ponía á sus pies toda su alma; él tenía un solo deseo, humilde é inmenso:—ser la tierra bajo sus plantas.

—¡Qué hermoso es esto!—exclamó doña María, entrando en el dominio de la Herma de cuatro caras, en el paraíso de los acantos.—¡Qué olor más extraño!

Se esparcía, en efecto, en el aire un olor de almizcle, como por la presencia de un insecto ó de un reptil almizclado. La sombra era misteriosa, y las líneas de luz atravesando el follaje ya tocado por el mal de otoño, eran como rayos lunares que

atravesasen los vidrios historiados de una catedral. Un sentimiento mixto, pagano y cristiano, emanaba de aquel lugar, como de una pintura mitológica de un pintor piadoso del siglo XV.

—Mira, mira Delfina!—añadió, con la voz emocionada de quien se halla ante un espectáculo de belleza.

Delfina había trenzado ingeniosamente con ramitas de naranjo en flor una guirnalda, y por una imprevista fantasía infantil, quería adornar con oblea la divinidad de piedra. Pero, como no llegaba á lo alto, se esforzaba en realizar su propósito, poniéndose de puntillas, levantando el brazo, alargándose cuanto podía; y su forma graciosa, elegante y viva, contrastaba con la forma rígida, cuadrada y solemne de la estatua, como un tallo de lirio al pie de una encina. Todos sus esfuerzos eran vanos.

Entonces, sonriendo, acudió la madre en su ayuda. Cogió de sus manos la guirnalda y la pasó sobre las cuatro frentes penosas de la rígida Herma.

Entonces, su mirada cayó involuntariamente sobre las inscripciones.

—¿Quién ha escrito estos versos? ¿Vos, eh?—preguntó á Andrés, sorprendida y alegre.—Sí; es vuestra escritura.

Y, súbito, se puso de rodillas sobre la hierba á leer, curiosa, casi ávida. Por imitación, Delfina se inclinó detrás de su madre, ciñéndola el cuello con sus bracitos y avanzando el rostro contra una de sus mejillas y casi cubriéndosela.

La madre murmuraba las rimas. Y aquellas dos

figuras femeninas, inclinadas al pie de la alta piedra enguarnaldada en la dudosa luz, entre los simbólicos acantos, formaban un grupo tan armonioso de líneas y de colores que el poeta, durante algunos segundos, quedó bajo el dominio único del goce estético y de la pura admiración.

Pero, bien pronto, el aspid de los celos tornó á morderle iracundo y persistente. Aquella criatura frágil y sutil, tan estrechamente enlazada á la madre, tan íntimamente confundida con el alma de la que le diera el sér, le pareció una enemiga; parecióle un insuperable obstáculo que se levantase contra su amor, contra su deseo, contra su esperanza. El no estaba celoso del marido, y estaba celoso de la hija. Quería poseer no el cuerpo, sino el alma de aquella mujer; y poseer el alma entera, con todas sus ternuras, con todas sus alegrías, con todos sus temores, con todas sus angustias, con todos sus sueños; en suma, con toda la vida del alma, para poder decir:—Yo soy la vida de su vida.

La hija, en cambio, tenía aquella posesión incontrastable, absoluta, continua. Cuando la adorada criatura estaba ausente durante algunos momentos, parecía que faltase á la madre un elemento esencial de su existencia. Una transformación súbita se operaba en sus facciones, visibilísima, cuando tras una breve ausencia oía á lo lejos su voz infantil. A veces, involuntariamente, por una secreta correspondencia, casi diríase que, por ley de un común ritmo vital, ella repetía el gesto de su hija, su sonrisa, sus actitudes, su movimiento de la cabeza. Tenía, á veces, durante el reposo ó el sue-

ño filial, momentos de contemplación tan intensa, que parecía haber perdido la conciencia de toda otra cosa para hacerse semejante al sér que ella contemplaba. Cuando dirigía la palabra á su adorada, sus palabras eran una caricia y su boca perdía toda huella del dolor. Cuando recibía sus besos, un temblor le agitaba los labios, y los ojos se le llenaban de un goce indescriptible entre sus palpitantes pestañas, como los ojos de una beata en éxtasis. Cuando conversaba con otros ó escuchaba, parecía sufrir de vez en cuando como una suspensión imprevista del pensamiento, como una momentánea ausencia del espíritu, y era por su hija, para ella, siempre para ella.

—¿Quién podría romper jamás aquella cadena? ¿Quién podría conquistar parte de aquel corazón, aunque mínima?—Andrés sufría como por una pérdida irreparable, como por una renuncia necesaria, como por una esperanza extinguida.—¿Acaso, en aquellos momentos mismos, no le quitaba la hija alguna cosa?

Esta, en efecto, por juego, quería obligar á la madre á que continuase de rodillas. Se le echaba encima y la estrechaba con sus brazos alrededor del cuello, gritando entre alegres risas.

—¡No, no, no; no te levantarás!

Y, cuando la madre abría la boca para hablar, le ponía sobre la boca sus manitas para impedir que articulase palabra alguna, y la hacía reír, y después la vendaba los ojos con las trenzas, y no quería poner fin á sus juegos, embriagada y encendida por la alegría y por el goce que le causaban.

Andrés, al mirarla, recibía la impresión como si ella, con sus actos, tratara de alejarle de la madre y destruyera y disipara todo lo que en el espíritu de ésta había, quizá, hecho florecer la lectura de los versos.

Cuando, por fin, doña María consiguió librarse de su dulce tiranuela y leyó en el rostro de Andrés su contrariedad, le dijo:

—Perdonadme, Andrés. Algunas veces mi Delfina tiene estas locuras.

Después, con mano ligera recompuso los pliegues de su blusa. Una tenue llama aparecía en sus ojos y su respiración era un poco jadeante. Y sonriendo, con una sonrisa que en aquella insólita animación de la sangre fué de una luminosidad singular, añadió:

—Y perdonadla á ella también, en compensación de su inconsciente presagio, ya que ha tenido la inspiración de poner una corona nupcial sobre vuestra poesía que canta una comunión nupcial. El símbolo es el sello de la alianza.

—Y á Delfina y á vos, gracias,—contestó Andrés, al sentirse llamar por la primera vez por su simple nombre, y no por el título gentilicio.

Aquella familiaridad inesperada y las bondadosas palabras de doña María, devolvieron á su espíritu la confianza.

Delfina se había alejado por uno de los senderos, corriendo tras de una mariposa.

—Estos versos son un documento espiritual,—prosiguió doña María.—Me los daréis para que los guarde.

—El quiso decirla:—Vienen hoy á vos, naturalmente. Vuestros son: hablan de vos, y á vos imploran.—Pero, constringióse á decir simplemente:

—Os los daré.

Continuaron su paseo hacia la Cibele. Antes de salir del dominio, doña María se volvió á la Herma, como si hubiese oído que alguien la llamaba. Su frente aparecía llena de pensamientos. Andrés, la preguntó con humildad:

—¿En qué pensáis?

—Pienso en vos,—contestó ella.

—¿Y qué pensáis de mí?

—Pienso en vuestra vida pasada, que no conozco. ¿Habéis sufrido mucho?

—He pecado mucho.

—¿Y amado mucho, también?

—No sé. Quizás el amor no es cual yo lo he sentido. Quizás he de amar todavía. Verdaderamente no lo sé.

Ella calló. Durante un rato, caminaron el uno junto al otro. A la derecha del sendero se elevaban altos laureles, interrumpidos á intervalos iguales por un ciprés; y el mar, á intervalos también, reía en el fondo, entre ligerísimos follajes, azul como la flor del lino. A la izquierda se levantaba una especie de pared, semejante al espaldar de un larguísimo asiento de piedra que tenía encima, repetido en toda su extensión, el escudo de los Ateleta y una águila, alternados. A cada escudo y á cada águila correspondía, más abajo, una máscara esculpida, de cuya boca salía un caño de agua que versaba en los vasos y tiestos sopuestos, que tenían forma

de sarcófagos puestos uno junto al otro, adornados de bajo relieves mitológicos. Las bocas debían ser ciento, porque el sendero se llama de las «Cien fuentes»; pero algunas, obstruidas por el tiempo, no manaban ya, y otras corrían apenas. Muchos de los escudos estaban rotos, y el musgo había cubierto las armas y los emblemas; muchas águilas estaban decapitadas; las figuras de los bajo relieves aparecían entre el musgo como piezas de plata mal ocultas bajo un viejo terciopelo raído y hecho un harapo. En los vasos, sobre el agua más limpia y más verde que una esmeralda, corrían los mosquitos, ó flotaba alguna hoja de rosa caída de los céspedes de encima; y las fuentes supervivientes murmuraban un canto ronco y suave, que corría sobre el rumor del mar, como una melodía sobre el acompañamiento.

—¿Oís?—preguntó doña María, deteniéndose y prestando oídos al rumor, presa del encanto de aquellos sonidos.—La música del agua amarga y la música del agua dulce.

Ella estaba en medio del sendero, un poco inclinada hacia las fuentes, atraída y seducida por la melodía, con el índice levantado hacia la boca en la actitud involuntaria de quien teme que sea turbada su atención.

Andrés, que estaba más cerca de los vasos, la veía surgir sobre un fondo de verdura graciosa y gentil cual un pintor místico hubiera podido representar una Anunciación ó una Natividad.

—¡María!—murmuró el convaleciente que se sentía el corazón pletórico de ternura,—¡María! ¡María!.....

Experimentaba una indecible voluptuosidad en mezclar el nombre de ella con la música de las aguas.

Ella llevó el índice á sus labios para indicarle que callara; sin mirarlo.

—Perdonadme,—dijo él, trastornado por la emoción,—pero no he podido contenerme. ¡Es mi alma la que os llama!

Una extraña excitación sentimental se había apoderado de él; todos los más elevados lirismos de su espíritu se habían encendido y flameaban; la hora, la luz, el lugar, todas las cosas que le circundaban le sugerían el amor; desde los extremos límites del mar hasta los humildes mosquitos de las fuentes se dibujaban para él en un sólo círculo mágico, cuyo centro era aquella mujer.

—Vos, no sabréis jamás,—añadió en voz baja, casi temiendo ofenderla,—no podréis llegar á imaginaros nunca, hasta en qué punto mi alma es vuestra.

Ella se puso también muy pálida, como si toda la sangre de sus venas hubiese refluido sobre su corazón. Nada dijo y evitó mirarle; y en seguida, con la voz un poco alterada, llamó:

—¡Delfina!

La niña no respondió, porque se había internado quizá, entre los árboles hasta el extremo del sendero.

—¡Delfina!—repitió más fuerte con una especie de sobresalto.

Durante el lapso que siguió al grito, se oían las dos aguas cantar en medio de un silencio que parecía ensancharse.

—¡Delfina!

Un ligero ruido salió de entre el follaje, como el paso de una cabra, y la niña asomó por entre la espesura de los laureles, ágilmente, llevando en sus manos el sombrero colmado de pequeños frutos rojos que había cogido de un arbusto. La fatiga y la carrera purpureaban su lindo rostro: muchas zarzas se le habían pegado á la lana de sus vestidos, y alguna hoja se le había enredado entre sus rebeldes cabellos.

—¡Oh, mamá, ven, ven conmigo!

Ella quería arrastrar á la madre á coger los otros frutos.

—Allí abajo hay un bosque; y en él muchas, muchas flores y muchos frutos. Ven conmigo, mamá, ven.

—No, amor mio; te lo ruego. Es tarde.

—Ven.

—Pero, si es tarde.

—¡Ven! ¡ven!

Doña María, ante la insistencia de la niña, vióse obligada á ceder y á dejarse conducir por la mano.

—Hay un camino para ir al bosque de los madroños, sin pasar por la espesura,—dijo Andrés.

—¡Has oído, Delfina! Hay un camino mejor.

—No, mamá. Ven conmigo.

Delfina la arrastró hacia los laureles salvajes por la parte del mar.

Andrés las seguía, y era feliz con poder mirar libremente delante de él la figura de su amada y poderla beber con los ojos y poder sorprender todos sus diversos movimientos y los ritmos interrumpi-

dos de sus pasos sobre la desigual pendiente, entre los obstáculos de los troncos, entre los estorbos de las malezas, entre las resistencias de las ramas. Y mientras sus ojos se saciaban de aquellas cosas, su alma retenía sobre todas las demás una actitud, una expresión.—¡Oh! la palidez, aquella palidez de poco antes, cuando él había pronunciado en voz baja aquellas palabras; y el sorido indefinible de aquella voz que llamaba á Delfina!

—¿Está lejos, todavía?—preguntó doña María.

—No, no, mamá: Está ahí mismo, ya llegamos.

Una especie de timidez invadió al joven, al término del camino. Después de sus palabras, no se habían encontrado sus ojos con los ojos de María. ¿Qué pensaba ésta? ¿Qué sentía? ¿Con qué mirada le miraría?

—Aquí es,—gritó la niña.

Los laureles, en efecto, iban aclarándose y el mar aparecía más libre; de pronto el bosque de los madroños enrojeció como una selva de corales terrestres, que á la extremidad de sus ramas, tuvieran anchos racimos de flores.

—¡Qué maravilla!—murmuró doña María.

El hermoso bosque florecía y fructificaba dentro de una especie de ensenada curvado como un hipódromo, profundo y soleado, donde todas las dulzuras de aquella ribera se recogían deliciosamente. Los troncos de los arbustos, bermejos en su mayoría, algunos amarillos, surgían esbeltos, ostentando grandes hojas lucientes, verdes por encima y blancas per debajo, inmóviles en el aire tranquilo. Los racimos floridos, semejantes á ramillete de lirios,

blancos y róseos é innumerables, colgaban de las puntas de las ramas jóvenes; las bayas rojas y anaranjadas colgaban de los extremos de las ramas viejas. Cada planta tenía una carga; y la magnífica pompa de las flores, de los frutos, de las hojas y de los tallos desplegábase contra el vivo azul marino, con la intensidad y la inverosimilitud de un sueño, como el resto de su jardín fabuloso.

—¡Qué maravilla!

Doña María penetraba lentamente, no arrastrada ya por la mano de Delfina, que corría loca de alegría con un deseo único: el de despojar todo el bosque.

FIN DEL TOMO PRIMERO

